



UNA DAMA
PARA EL DUQUE

Rothfel

Un terrible secreto. Una leyenda. Una amor imposible.

MIMI
FERRER

UNA DAMA
PARA EL DUQUE



Un terrible secreto. Una leyenda. Una amor imposible.

**MIMI
FERRER**

Copyright ©2020 MIMI FERRER

Una dama para el duque Rothsay

©2020 de la presente edición en castellano.

Primer Edición: Febrero de 2020

Diseño de portada/Maquetación: María Pérez.

www.mariaperezdiseños@hotmail.com

Corrección: Pablo Medina.

www.pablomedinaediciones@outlook.es

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

UNA DAMA
PARA EL DUQUE



Un terrible secreto. Una leyenda. Una amor imposible.

Copyright ©2020 MIMI FERRER

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Epílogo

¡Hola, mis precios@s corazones de melocotón!

¡No os podéis perder mi próximo libro!



Escocia, 1838.

Lady Katherine

El carruaje se agitó bruscamente por lo inhóspito que era el camino. Las ruedas de madera crujieron endemoniadamente como amenazando con partirse en dos en cualquier segundo, mis manos, que aunque estaban frías y recubiertas de seda, fueron víctimas de un indeseado sudor; ni siquiera debería estar haciendo esto.

Soy una mujer invidente, por el amor a Dios.

Pero, así como era consciente de mi ceguera, también comprendía que mi padre, Vladimir III, duque de Beaufort, que hacía unas semanas atrás sufrió un quebranto en su salud, necesitaba un heredero. Pronto. He ahí el motivo del que me encontrara viajando desde hacía siete horas en un carruaje, que no le pertenecía a mi familia, con destino a Lanarkshire. Tierras del clan Douglas. Sí, en Escocia, nada menos.

Dios, pudiendo usar el maldito ferrocarril...

Un pesado suspiro escapó de mis labios, cuando las manos desnudas y cálidas de mi doncella estrecharon mis manos.

—Mi lady, no os preocupéis. —Quería creer en sus palabras, pero el pozo sin fondo que se había abierto en mi estómago desde que mi padre me había dado la noticia no me permitía regocijarme en la aparente serenidad de su suave voz—. Ya verá como todo irá bien. Usted es la

mujer más hermosa de todo Londres y el duque de Rothsay quedará maravillado cuando la vea. Nadie puede resistirse a su belleza. Ni siquiera él.

Cuánto me hubiese gustado creer en sus palabras, pero al no contar con mis ojos para ver la falacia en su mirada, mi sentido de la audición se había agudizado a tal punto de que era capaz de notar los ligeros cambios en la voz de las personas que me rodeaban. Y por más imperceptible que fuese, Luisa, mi doncella y mejor amiga, tenía un resquicio de duda en su voz que le arrebatava toda seguridad y ahuyentaba mi calma.

—No entiendo por qué mi padre ha accedido a esto. —No pude evitar decir en voz alta la duda que me carcomía mientras estrechaba con más fuerza sus manos descubiertas—. Hacía mucho de mi última temporada. Creí que él cedería el ducado a mi primo Gerald Cuffe, Barón de Longford. Era de conocimiento público que hacía poco se convirtió en padre de un hermoso niño. ¡Un niño! Y, aunque ese no fuese el caso de que mi primo hubiese contraído nupcias, recuerda que él lo prometió. Fuiste testigo—le recordé con el corazón a punto de abandonar mi garganta—. Y ahora no sé qué le dio por romper su promesa y exigirme que cumpla con su última voluntad: Quiere un heredero. ¡Un heredero! Por Dios, como si me estuviese pidiendo preparar su tarta preferida —me lamenté sintiendo disgustada con mi padre.

Quizá el motivo de su cambio de parecer se debía porque mi primo vivía en Irlanda y no mostraba deseos de querer dejar sus amplios bosques por venir a vivir a esta ciudad monopolizada por idiotas. Bajos esas circunstancias seguro que nadie podría culparlo.

—Me gustaría explicarle las cosas—y ahí estaba la duda en el trasfondo de sus palabras, Habitando en silencio y amenazando con romperme el corazón—, pero tenemos que confiar en el duque, mi lady. Si su padre ha considerado al duque de Rothsay por encima de otros, ¿no cree que es justo darle una oportunidad y le conozca? Quién sabe, y el duque de Dorian la enamore con solo pronunciar su nombre.

Negué con la cabeza y me sentí desecha; aunque entendía perfectamente a que se refería

Luisa. Como en mi caso no se podía aplicar el *amor a primera vista*, tiene que ser «amor a primera oída». Vaya ocurrencia la de mi mejor amiga, sino estuviese tan asustada y a punto de vomitar, podría reírme de su intento de relajar el ambiente.

El largo viaje que venía soportando (desde mi mansión ubicada en la zona más glamurosa del centro de Londres) ameritaba que lo hiciese en un carruaje destinado a recorrer grandes distancias, por lo que mi futuro esposo, Dorian Elliot Douglas IV, duque de Rothsay, envió su *sofisticado* transporte para realizar esta insufrible travesía.

Quizás os estaréis preguntado... ¿por qué no vino personalmente el gran duque de Rothsay a recogerme si faltaba si estaba a días de convertirme en su flamante esposa? Pues no tenía idea, pero sí un montón de teorías locas. Como por ejemplo: talvez era un idiota estirado que poca gracia le hacía casarse con una mujer ciega.

Aunque solo era una desafortunada suposición; los escoceses (al igual que la sociedad londinense), no tenían muy buena reputación que digamos.

En todo caso, no necesitaba gozar de una perfecta visual para sentir recelo e impotencia hacia la sociedad hipócrita, exacerbada de diciplina, moralismos y estúpidos prejuicios en la que fui criada. Y de la que actualmente era una infeliz miembro, *no dispuesta*, a regirse por sus absurdas idiosincrasias.

La reputación lo era todo. Luego de un matrimonio bien acaudalado, por supuesto. ¡Cómo olvidar aquello, válgame, señor!

Tuve un momento muy difícil controlando mi temperamento y la idea de saltar del carruaje era un aliciente perfecto para...

¡No!

¡*Tranquilízate, Katherine!*, recuerda que has aceptado hacer esto por el amor inmensurable que sientes hacia tu viejo padre!, razoné sin éxito conmigo misma y no me sorprendí cuando no obtuve el resultado deseado; saltar del carruaje en movimiento me seguía

pareciendo una idea maravillosa.

Respiré profundamente tratando de alejar los pensamientos suicidas. Es hora de que detuviese el tren de mis tormentos y pensara en cosas positivas; si es que existían. Porque en cuanto continué con esa línea de pensamientos negativos los nervios me comerían viva. Y no existía nada más penoso que ser una novia nerviosa y desdichada.

Sentía suficiente amor hacia mi moribundo padre como para cerrar la boca y casarme con un hombre que no me quería.

«Podía ser peor», pensé con arrogancia.

La reina Victoria, que hacía poco había ascendido al trono con apenas dieciocho años, ocasionó de manera indirecta, que las mujeres de la sociedad aristocrática lidiáramos con una presión sin precedente.

Los escándalos estaban fuera de discusión.

Los matrimonios más ventajosos se estaban llevando a cabo por todo el país y yo... Bueno, yo estaba a punto de manchar el elegante interior de este carruaje con mis jugos gástricos.

«*Cuánta clase, lady Katherine. Cuánta clase. No podría esperar menos de usted.*», se burlaría airoso y sin piedad mi tío Edward, si dejase escapar estos pensamientos frente a él.

Por suerte, el insufrible barón de Windsor, hermano menor de mi padre y cuarto en la línea de sucesión del ducado, no había podido unirse a nosotros y hacer este largo viaje como representante de mi padre por algunos asuntos sin resolver que lo retuvieron en Berkshire.

Gracias, Dios, por lo pequeños milagros.

Mi padre, un hombre de setenta años, que enviudó muy joven, hizo lo que pudo para retrasar este nefasto día, no obstante, mis deberes irrenunciables me habían alcanzado.

Digo que «hizo lo que pudo» porque tenía conocimiento de que varios duques, condes y algunos marqueses habían cortejado mi mano mucho antes de que fuese mi primera temporada,

pero que, por alguna razón, que mi padre se rehusó a compartir conmigo, rechazó sin miramientos a cada uno de ellos.

¡Dios bendiga a ese hombre!

Penosamente tenía que confesaros que, con veinticinco años de edad, la situación de cortejo empeoró. No podría decir un día en que a la mansión no hubiese llegado un lacayo acompañado de una misiva de algún duque o conde con claras intenciones de pretender mi mano. Eran como molestas y sucias moscas rondando vuestro té.

Como la interacción directa y privada estaba prohibida, las jóvenes, que estaban «disfrutando» de las temporadas, se encargaban de usar el famoso *código morse de la alta sociedad*. Sí, me estaba refiriendo al bendito abanico y sus significados. Un dolor de cabeza más que innecesario. Y me enorgullece decir que me esforcé por aprender a usarlo de manera correcta pese haber nacido ciega. Todo lo que pudiera usar a mi favor para hacer saber mi descontento era más que bien recibido.

Mientras que otras jóvenes portaban sus abanicos cerrados y en la mano derecha, una clara señal de que se encontraban abiertas al cortejo, yo procuraba de manera deliberada llevar mi abanico guardado en mi bolsillo, dejando en claro que no me encontraba interesada en ser cortejada.

Y a no ser que quisiese expresar sin palabras a mi padre que ya me sentía lista para abandonar la habitación, fiesta o reunión, sacaba brevemente el artilugio de mi bolsillo y lo golpeaba disimuladamente contra mi mano, lo que significaba que me sentía impaciente. Gracias a mis movimientos mi padre se había vuelto experto en entender el dichoso lenguaje morse. Sin embargo, pese a todo eso, existieron algunos que no se amedrentaron por mi falta de entusiasmo. Aquellos fueron, francamente, los peores.

Según mi tía Eliza, marquesa de Luxemburgo, que no era tan déspota como mi tío Edward, afirmaba que las dotes de aquellos *buenos hombres* que pretendían mi mano sin dar tregua, eran

extraordinarios, por lo que malpensaba que mi padre sufría de algún tipo de demencia al rechazar tales ofertas. Pero yo sabía que no era verdad; mi padre, un hombre amoroso y que contrajo matrimonio por amor, deseaba para mí lo mismo que él disfrutó: «Un amor verdadero que solo creció con el pasar de los años».

Incluso después de la muerte de mi madre, Virginia de Vere, duquesa de Beaufort, podías experimentar el gran amor que todavía mi padre sentía por ella.

No obstante (aunque me gustaría pensar que yo correría con la misma suerte que mis padres), comprendí hacía mucho tiempo atrás que por mi lamentable condición, no podría aspirar a casarme con el amor de mi vida.

Me conformé con la idea de que podría casarme con un hombre al que tolerara lo suficiente como para no desear asfixiarlo con la almohada mientras dormía.

Mi padre sabía perfectamente que ninguno de ellos (por muy ricos que fuesen) me había cautivado al grado de querer compartir una vida. *Mi vida.*

No iba a fingir y decir que no me sentí agradecida de que lo hubiese hecho; aquellos caballeros nobles solo me prometían un matrimonio gris y lleno de infidelidades. Y no. Gracias.

En esta vida había que tener dignidad. Preferiría morir solterona y vistiendo santos, que cuernuda e imbécil.

En consecuencia, al repentino cambio de parecer a mi padre, las dudas azotaron mi cabeza. Martillando sin cesar, exigiendo que saciara la sed de información.

¿Qué poseía el duque de Rothsay para qué, después de tanto tiempo y tanta oposición, mi testarudo padre accediese a prometer mi mano?

Probablemente, la respuesta no sería de mi agrado. Pero estaba dispuesta a llevarme el disgusto con tal de obtener respuestas y silenciar las dudas que no me dejan conciliar el sueño.

Todo esto era tan ridículo porque ni siquiera conocía al dichoso duque de Rothsay. Es

decir, en el contexto estricto de la palabra. Lo cierto es que no habíamos sido presentados oficialmente, aunque si había escuchado muchas cosas sobre él. Cosas que no eran precisamente buenas.

Ciertamente, me gustaba creer que era muy buena juzgando el carácter de las personas. Podías aprender mucho sobre la verdadera personalidad de una personas por la ondulación de su voz o por cómo se dirigía a las personas que le servían, por lo que, al no haber hablado con el duque de Rothsay, poco sabía con qué tipo de *noble* caballero compartiría toda mi vida.

Pero no os engaños. Entendí perfectamente los rumores. Mi futuro marido no era un hombre fácil de llevar o complacer. Mi padre, antes de despedirse y darme su bendición, me alentó a que desechara tales comentarios. Según él, aquellas habladurías estaban lejos de la verdad.

—Paz a tu alma, mi dulce Katherine. A pesar de lo que dicen sobre su temperamento, debéis saber que no es tan malo como lo pintan. Él es bueno. El único hombre sobre la faz de esta pequeña e insignificante tierra al cual le entregaría con gusto mi bien máspreciado...—su débil y arrugada mano acarició tiernamente mi mejilla—, Tú. Mi hermosa Katherine, Mi adorada hija... —sentí en lo más hondo de mi alma su toque y quise poder acurrucarme a su lado como cuando era pequeña. Que me contará una y otra vez como conoció a mi madre. Como se enamoraron y lo felices que fueron cuando me sostuvieron por primera vez. Quería que el tiempo retrocediera para tenerla a nuestro lado, quizá si ella estuviese aquí yo no me sentiría tan mal. Tan perdida. O desesperada.

Y aunque no quería dejarlo en esa delicada situación, así como tampoco quería casarme, tenía obligaciones que cumplir por ser su única hija.

—Además, dadme algo de crédito. No os pediríais que os casaras con él si creyese lo contrario, ¿verdad? —prosiguió, ajeno a mis divagaciones y tormentos—. Debes confiar en mí —suplicó con voz queda.

Como no tenía el valor suficiente para expresar en voz alta mi descontento por miedo de que pudiera afectar su frágil salud ya de por sí comprometida,forcé una sonrisa y me concentré en la calma que desprendía su presencia y calentaba mi alma. Era hora de dejar de comportarme como una cría y enfrentar a mi destino.

«Infeliz destino...».

—Él es el único que puede protegerte. —Aquella afirmación me confundió. Abrí la boca para preguntarle a qué se refería pero la tos seca, que se había convertido en la compañera fiel de su débil cuerpo, impidió que diera rienda suelta a mis preguntas. Cuando la tos cesó, mi viejo padre continuó con su consejo. No me atreví a interrumpir—. No temáis, mi dulce niña, él cuidará de ti. Os juro por la memoria de vuestra madre. Cuando llegéis a su casa, él sabrá qué hacer. Solo dale la oportunidad de hacerlo. No se lo hagáis más complicado de lo que ya es.

Bueno, como veis, al menos, y sus palabras me dejaron en claro que desestimara aquello que decían que mi futuro esposo era un hombre desalmado y peligroso. Aunque aquello de que su atractivo físico era capaz de volver estúpida hasta la mujer más casta, era otra cosa. Y para andarse con cuidado, eso sí.

Una suerte de que fuese ciega; un punto a mi favor que no dudaría en explotar al máximo para demostrarle a mi futuro esposo que yo, de estúpida, no tenía ni un pelo.

«Ya me irá conociendo», pensé con altivez. Le dejaré entrever desde nuestra primera presentación que por carecer de visual no iba a permitir que pensase que me estaba haciendo un favor al casarse conmigo. No, no señor. Este matrimonio sería en iguales condiciones.

Ignoraba si el duque de Rothsay me había echado una miradita en algún baile de temporada, aunque tenía la indeseada certeza de que sí, lo hizo, si no entonces, ¿por qué aceptaría casarse conmigo?

Podría ser invidente, pero era consciente que la leyenda de mi belleza trascendía regiones. Pueblos y ciudades.

Yo era Katherine Virginia II, hija del duque de Beaufort, nacida ciega pero con una belleza especial y muy envidiada.

«Vaya regalo que me fue concedido. Lástima que no pudiese ver ni una maldita cosa».

Aquel era otro rasgo de esta sociedad tan mezquina que erizaba mi piel. La maldita belleza física representaba un gran atributo a la hora de ser considerada una *buena* esposa.

Es como si entre más bella fueses, más derecho tenían los hombres de cortejar tu mano. De poner un precio a tu persona.

Debería ser un delito que la alta estima sea merecida por el color de tus ojos o el largo de tu cabello. Por el contorno de tus pechos, lo amplias que eran tus caderas o la curvatura de tu trasero. Siempre que alababan mi belleza me sentía como un cordero a punto de ser degollado. Tristemente crecí escuchando hablar de mi belleza como si fuese un cuento de hadas. Un mito.

En ocasiones, pensé seriamente que exageraban. Que solo trataban de ser amables con la hija ciega del duque de Beaufort, pero con el pasar del tiempo comprendí que las personas podían ser todo, menos consideradas o amables. Imagino que si fuese fea a la vista, el cantar sería otro.

Era como si por ser tan hermosa opacaba el hecho de que sobresalía en otras cosas.

Por ejemplo, podía tocar a la perfección el piano o el violonchelo. También poseía un amplio conocimiento de la historia, política y religión. Al crecer siendo invidente tuve a los mejores maestros leyéndome gran variedad de libros, lo que me ayudó a desarrollar un gran conocimiento y poder de razonamiento. Disfrutaba sostener conversaciones con caballeros que deseaban postularse a puestos políticos y que visitaban con regularidad a mi padre en busca de consejo. Sin embargo, nada de eso era rescatable, pues mi belleza monopolizaba todo. Opacaba todo. Entorpecía relaciones.

Cuando cumplí los quince años mi padre me explicó que me parecía mucho a mi madre. Que tenía su cabello castaño y sus hermosos ojos grises que resaltaban mi delicada piel, que era tan blanca como la nieve. También me confesó que si se diera la oportunidad, él intercambiaría mi

ceguera por su visual para que yo pudiese admirar esa belleza que muy pocas veces poseía una mujer de la alta sociedad...

Gracias al cielo había venido con Luisa.

Luisa era la hija menor de Oralia, la ama de llave de mi padre. Sobrina de Stuart, nuestro fiel mayordomo. Su familia había estado al servicio de la nuestra por generaciones. Luisa, quien era mayor por dos años, se había ganado mi entera confianza. A tal punto, que desde que era pequeña la había considerado como mi hermana mayor.

Conmovida por el gran y profundo cariño y admiración por la paciencia innata que me mostró desde que éramos muy niñas, solicité a mi padre que le concediese un permiso especial para acompañarme en esta nueva vida. Esperaba y el duque de Rothsay no se opusiera a que conservara a mi doncella.

Comprendía perfectamente que los duques tenían a su servidumbre bien jerarquizada en sus casas, por lo que no era bien recibido o visto que una extraña, por mucho que fuese a convertirme en su esposa, impusiera nuevos colaboradores. Y menos si era una recién llegada.

Los escoceses se tomaban muy en serio la lealtad de su servidumbre. Pero ya sabía yo que Luisa encajaría. De creer lo contrario, no la hubiese traído conmigo y hubiera aceptado de buen agrado a la doncella que me envió mi futuro esposo: Daria, era su nombre.

Y no, Daria no había pronunciado palabra alguna desde que habíamos emprendido viaje. Si no fuese por su pausada respiración y ocasionales movimientos creería que viajábamos solas. No sabía con certeza que le habían dicho sobre mí, o mi familia, pero su silencio demostraba que no eran cosas buenas. O al menos, a mi parecer. Tal vez solo era tímida y yo estaba tergiversando su comportamiento. Estos nervios le iban a pasar factura a mi cordura.

Fuera de que mi relación con Daria fuese como viento en popa, no podía imaginarme una vida sin Luisa. Y aunque esta siempre alentó y procuró que sea independiente, no me creía capaz de vivir mi nueva vida de casada sin conversar con ella y escuchar su sarcástico sentido del

humor.

¿Cómo olvidar que fue gracias a Luisa que podía caminar sin ayuda de terceros por toda la mansión de mi padre?

Gracias a que Luisa, quien me enseñó la manera correcta de colocar mis manos y la postura perfecta para sentarme, no titubeaba cuando estaba en presencia de duques, condes o terratenientes. Asimismo, se encargó personalmente de instruir a las nuevas doncellas para que estas no movieran ningún objeto de mi habitación. Todo debía estar en el mismo lugar para que así yo no chocase con algún sillón y me hiciese daño. Del resto de la casa se encargaba Stuart, para que así mismo nadie moviese las cosas y yo pudiese ser lo más autosuficiente que podría considerando mi discapacidad.

Sí, la vida injustamente pudo haberme arrebatado a mi madre y me había dejado sin poder admirar la belleza que me rodeaba, pero ciertamente me había recompensado con tres personas que darían su vida por verme feliz. Y yo no podía sentirme más agradecida.

Oralia fue quién me crio, y aunque acataba sin rechistar las ordenes de mi padre, estaba segura que a ella tampoco le cayó de perlas el repentino cambio de parecer.

Después de todo, yo era una víctima. Sí. Una joven desdichada que tenía que soportar el peso de un ducado y los constantes prejuicios por mi discapacidad. Nadie merecía ser casado por la fuerza. Y menos yo.

Recuerdo como hacía unos cuatro años atrás, cuando los pretendientes se hicieron más cuantiosos y la presión de mis parientes lejanos para qué consiguiese un marido no dio tregua, mi padre me prometió que únicamente me casaría con el hombre que eligiese. Algo muy difícil de hacer considerando que no asistía a ningún evento de la alta sociedad, por lo que el conocer al caballero que podría robarme el aliento con solo pronunciar mi nombre eran extremadamente escasas.

Nulas.

Pero allí me encontraba yo, viajando hacia los brazos de un duque que tenía una reputación no tan halagadora. Era un idiota. Al menos, y no era mujeriego. O un cazafortunas, porque si fuese...

Un profundo grito irrumpió el aire, cortando mis pensamientos; las manos de Luisa se apretaron con nerviosismo.

—Prepárese, mi lady, el cochero ha dado la señal. Estamos a minutos de llegar a nuestro destino.

Había llegado la hora. El nefasto momento de conocer al famoso conde Dorian Elliot, ahora duque de Rothsay.

Tragué audiblemente y elevé una plegaria al cielo: «Dios, que mi futuro esposo no sea un completo imbécil».

*Qryus*

Tení a que ser una maldita broma. El destino burlándose cruelmente de mí. El karma regresando a morderme el trasero. Aun no estaba listo.

Y me sentí violento.

Cuando la mansión, que estaba rodeada de una mística luz naranja, entró en mi visual, aceleré mis pasos.

La inquietud, el odio y el terror que emanaba mi cuerpo hizo silenciar a los insectos que roían los árboles o deambulaban cerca de mí.

Hice el camino dando largas zancadas mientras luchaba contra las pesadas ráfagas de aire que bramaban y golpeaban con violencia contra mi cuerpo. Una advertencia de los dioses de que permaneciera lejos de mi mansión. Lejos de... *ella*.

Pero no podía.

El lacayo, que estaba dando de comer a los caballos que lucían fatigados (imaginaba que por el largo viaje a los que se habían visto obligados a recorrer), palideció cuando me vio emerger de entre la oscuridad. El miedo que irradió de sus oscuros ojos solo incrementó mi rabia. Mi colera. Mi temor.

—*Milord...*

Gruñí ferozmente y arremetí contra él con fuerza; su delgado cuerpo crujió asquerosamente cuando chocó contra el pilar de la caballeriza. Heno y briznas salpicaron rudamente a nuestro alrededor y una densa capa de polvo empezó a caer sobre nosotros.

—¿Quién demonios ordenó que la trajesen? —pregunté amargamente, mis dientes rechinando.

Abrió la boca para responder, pero el oxígeno no llegaba lo suficiente a sus pulmones. Su rostro, antes fantasmal, empezó a volverse de un tono morado verdusco; me obligué a aligerar un poco mi agarre de alrededor de su cuello, justo cuando sus uñas empezaron a arañar mis antebrazos, visiblemente desesperado por respirar; por huir de mi presencia como lo hacía todo ser vivo. De las heridas provocadas riachuelos de sangre mancharon mi camisa blanca de lino pero no me importó. Necesitaba una respuesta.

De inmediato.

—La-la —aspiró aire por la boca, sus ojos un poco salidos de su órbita, le daban un aspecto de muerte y desesperación—...la con-con-desaaa..., mi lord.

Sentí mi corazón romperse. Al menos, lo que quedaba de éste en mi pecho. Solté bruscamente al lacayo como si sus palabras me hubiesen quemado la mano. Su cuerpo cayó en un golpe sordo sobre un bloque de heno. Su pecho se agitó dolorosamente y tosió salvajemente. No me quedé el tiempo suficiente para ver cómo se arrastraba lejos de mí. Aunque su siguiente, doloroso y muy ronco susurro, hizo que mis dientes por poco se rompieran. Archi, como se llamaba el lacayo, sabía que lo escucharía a pesar de la sangre corriendo precipitadamente en mis oídos.

—Envió a Daria para que custodiase a lady Katherine... Pero no ha venido sola.

Una lucha diferente y más poderosa emergió dentro de mi cabeza y mi pecho, mientras pisoteaba hasta la mansión. No podía ser verdad; pero lo era. Mi madre me había traicionado.

—¡Largo! —vociferé mientras me encontraba más cerca de la mansión. Odiaba como cada

zancada me llevaba más cerca del lugar al que no quería entrar—. ¡Os quiero a todos lejos de mi propiedad! ¡Marchaos!

Me obligué a seguir caminando con dirección a mi sentencia de muerte rugiendo órdenes a la servidumbre que se encontraba aledaña a la casa atendiendo sus labores. Si querían sobrevivir esta noche debían alejarse y buscar protección. Ellos ya sabían hacia dónde tenían que huir; esta no era la primera vez que pasaba algo así.

Los malditas Qhymeras no tardarían en estar aquí. Y esto se convertiría en una horrible masacre. Corred y escondeos. Que la noche se ahogara en sangre si no la saco lo más pronto de aquí.

No es que me preocupara la seguridad de esos hombres y mujeres, pero la mujer que amaba estaba en su interior y tenía que alejarla de todo ese desastre antes de que la situación se complicara más.

Los refugios habían sido construidos a finales del siglo V por el tatarabuelo de la familia Douglas, el Conde Bartolomeo Douglas, para preservar la vida de sus más fieles colaboradores cuando éstas tierras sufrían continuos ataques de los Vikingos. Una peste que tomó cerca de doce siglos desaparecer. Aunque no me engañaba. Sabía perfectamente que existían algunos Vikingos por allí, escondidos, esperando el momento oportuno para atacar. Los malditos eran fuertes y feroces. Y no era un secreto que estaban aguardando la oportunidad perfecta para vengar de la manera más despiadada la sangre derramada de sus hombres. De sus familias.

Los hombres y mujeres que por años habían servido a mi clan huyeron rápidamente. En el camino tomaron provisiones y desaparecieron bajo la espesa oscuridad del bosque que nos rodeaba. Oscuridad que sin desearlo les otorgaba el camuflaje perfecto para que ningún enemigo descubriera el mecanismo que abría las compuertas y los alejaba del peligro mortal.

Cuando la puerta principal se abrió, gracias a Ludovic, el mayordomo, mis rodillas se sintieron frágiles. Como si fuesen de cristal y estuvieran agrietadas; a segundos de desmoronarse.

Pero me obligué a continuar, pese a la luz cegadora que se proyectaba en las paredes tapizadas.

Su fulgor era más hermoso de lo que recordaba. *¿O me había obligado a olvidar?*

La enorme estancia, que estaba engalanada con preciosos muebles y retratos antiguos de todos los antepasados, estaba bañada de la insoportable y poderosa luminiscencia que solo un ser era capaz de proyectar. Brillo tan potente que sabía y yo no era el único que podía verlo brillar a kilómetros de distancia.

El tiempo era un lujo que no podía permitirme.

Tenía que hacer a un lado la rabia y sacarla de estas tierras lo más pronto posible. El encantamiento, o lo que diablos qué fuese que mi madre había puesto sobre Daria para que Katherine hiciese el largo recorrido sin sufrir algún ataque, se había desvanecido.

Su presencia en estas tierras atraería desgracia y desolación. No tenía una maldita idea de lo que hacía aquí, pero tenía que sacarla antes de que el velo y el sello que protegía su subconsciente fuese roto. Porque entonces, y solo entonces...la oportunidad de seguir con mi plan se marchitaría.



Lady Katherine

La tranquilidad de la noche fue succionada de manera abrupta cuando un coro de alaridos, gritos y algo que escuchaba como una estampida de elefantes perforó mis tímpanos.

«Dios,...».

Iba algo desorientada del tiempo, pero si mi intuición no estaba tan perturbada por el largo viaje que había soportado, apenas y había pasado unos quince minutos de mi llegada. Y tan infeliz como me sentía por casarme con el duque de Rothsay, no pude evitar sentirme agradecida por abandonar el carruaje y estirar las piernas.

Por consiguiente, no me hubiera sentido tan emocionada de bajarme del carruaje y hubiera pedido que me llevaran de vuelta a mi casa, si cierto duque no hubiera ordenado que el viaje se tenía que hacer sin paradas.

¡Por los clavos de cristo!, si antes tenía alguna duda de su perverso ser, aquella orden tan nefasta me dio una idea bastante cercana de cómo era el temperamento de mi futuro marido.

Menos mal y mi padre había asegurado que todo era una vil calumnia y que el duque era un buen hombre.

Luisa, que se encontraba extrañamente alterada, me había ayudado a subir las escaleras que me parecieron infinitas. Ya dentro de la mansión me ayudó a desplazarme sin problema por la enorme estancia. El mayordomo, de quien no recordaba el nombre, guardó silencio cuando abrió

la puerta y, aunque no necesité verle el rostro para saber que no me esperaba, fue su respiración dificultosa que lo delató. El mayordomo era los ojos y oídos de una casa y si él, no sabía de mi llegada, ¿quién más no me esperaba?

Un escalofrío atormentó mi cuerpo, Luisa, presintiendo que estaba a punto de interrogar al mayordomo, empezó a describir el lugar con voz queda. Sus familiares susurros alejaron de poco la inquietud que se levantó con el raro comportamiento del mayordomo del clan Douglas. Podía sentir el nerviosismo de mi doncella; ella tampoco estaba feliz de estar aquí. La interrogante era, ¿su nerviosismo era gobernado por los mismos motivos que debilitaban mi resolución de darle un heredero al ducado de mi familia o tenía que ver con la tensión que se respiraba en el aire y de la que no era indiferente?

Luisa prosiguió con su descripción y traté de imaginar el que sería mi nuevo hogar. Describió la propiedad como una enorme y antigua mansión. Dos veces más grande que nuestro hogar.

No esperaba menos.

Luisa hizo énfasis al decir que era una propiedad hermosa, aunque algo lúgubre. Distinguida, pero sin vida. Muchas ventanas. Al menos, unos cuatro pisos. Aunque no hizo partícipe de sus pensamientos, supe por el ligero cambio en su tono de voz que le preocupaba la infinidad de escaleras que implicaba tener una mansión tan grande. Era un hecho que me tomaría toda una vida familiarizarme con mi nuevo entorno y mi fiel amiga estaba sin ideas de cómo ayudarme.

Y no era la única. *Yo tampoco sabía cómo ayudarme.*

Me despedí de la idea de ser autosuficiente. Ya podía imaginar los enfrentamientos que tendría con el duque. Peleas que serían muchas, pero que por mucho que esforzara jamás podría tener la última palabra. A no ser que quisiese terminar besando torpemente la puerta. Con lo patosa que era, sin duda me familiarizaría con la pesada madera que dividía cada rincón de este

lugar.

Recordé con nostalgia las veces que lastimé mi cabeza cuando estaba aprendiendo a desplazarme sin ayuda dentro de mi hogar. Los golpes que soporté no fueron suaves, todo lo contrario. Pero lo conseguí. Logré caminar sin necesitar a un compañero constante.

Cuando el pequeño recorrido terminó, me senté en un cómodo sillón esperando a que el duque, o su madre, la condesa del clan Douglas, bajara a recibirme. Pero para mí total asombro, ninguno apareció y Daria no abandonó el salón. Es más, se sentó a mi lado derecho. Fruncí un poco el ceño a su extraña cercanía; era como si no quisiese separarse de mí.

¿Tal vez le habían ordenado espíarme? ¿O evitar que me marchase?

Lo cierto es que había imaginado que ella abandonaría nuestra compañía en cuanto pisara su tierra. No es como si fuera su deber cuidarme, pero aquí estaba, sentada a mi derecha, en completo silencio, mientras que Luisa, que no había soltado mi mano, ocupaba su habitual lugar a mi izquierda.

Antes de que los gritos y el inferno explotara fuera, había percibido en el aire un olor familiar. Un aroma vertiginoso y placentero. No sabía cómo explicaros, pero era un olor que, con el pasar de los minutos, se volvió más intenso. Si es que acaso eso era posible. Olisqueé disimuladamente a mi lado derecho para saber si el olor tan distintivo provenía de Daria, aunque en el carruaje no percibí aquella esencia, pero no. No era ella. Fue entonces cuando el ruido ensordecedor explotó fuera de la mansión y la primera en levantarse como si fuera un resorte fue Daria. Seguida por nosotras.

Me sorprendió una vez más cuando no se alejó, en todo caso su mano envolvió la mía tomándome por sorpresa.

—Mi lady, me temo que el duque de Roth...

—¡¡Daria!! —un rugido violento reverberó frente a nosotras interrumpiendo la primera muestra de que Daria hablaba. Su inglés, perfecto.

—¿Milord?

Aunque me encontraba más que desorientada en esta enorme casa y los gritos me habían dejado algo perturbada, me erguí en toda mi altura (no sabía qué tan intimidante podría lucir cuando media solo cinco pies de alto) y me coloqué frente a mis doncellas. Daría no podría ser estrictamente mi doncella, aún, pero era lógico que le habían encargado mi seguridad. Y yo le protegería. No sabía que había hecho de malo, pero lo que sea que fuese, no ameritaba que el energúmeno que era mi futuro esposo llegara pagando gritos y golpeando paredes. ¡Por Dios!, éramos personas civilizadas. Estaban demás aquella escena tan violenta.

—¡Qué manera tan cálida de recibir a vuestra futura esposa, mi lord! —proferí con retintín mientras ordenaba mentalmente a mis piernas que no temblara.

¡Venga, que no le teníamos miedo!

Solo esperaba y no le estuviese hablando a la pared. Vaya casco que me llevaría de ser así.

Antes de si quisiera registrar lo que el duque respondió con tono acerado que hizo que Daria soltara mi mano, me distrajo el pensamiento de que el olor que tenía minutos volviéndome posesa se intensificó con su llegada.

Os juro, que aunque no quisiese parecer una mujer loca olisqueando el aire, estaba segura que el enloquecedor olor, que hacía picar mis manos y palpitar cada poro de mi cuerpo, provenía de él. Sí, no existía duda.

Y de una manera perturbadora reconocí ese olor. Sí, lo hice. Casi como si hubiese inhalado con fuerza directamente de la fuente. Como si hubiera rastrillado con firmeza mis labios contra su vertiente sin sentirme satisfecha. Pero por mi vida que no tenía lógica todo aquello. Yo nunca había estado cerca del duque de Rothsay, hasta ese día.

El aroma era tan intenso como familiar que mi cuerpo lo reconoció sin problema.

Quizás era una nueva fragancia importada de las tierras altas; tenía que ser.

Era de conocimiento público que los duques tenían la ventaja de ser los primeros en disfrutar de las nuevas creaciones de las perfumerías. Ellos eran los principales consumidores; de alguna manera lograban tener tan felices a sus amantes.

Hice una mueca cuando el pensamiento de encontrar al duque de Rothsay retozando con otra mujer me hizo sentir enferma: *Dios, ¿qué me pasaba?* Allí estaba yo, acompañada del animal salvaje de los celos, frente a un hombre que a todas luces no me quería y jamás lo haría.

«Ten misericordia de mi alma, padre...».

El olor pareció incrementarse y me obligué a no cerrar los ojos cuando imágenes de madera recién cortada, mezclada con el olor que desprendía la tierra por el rocío de la lluvia, almizclada por lo que solo podría ser considerado el aroma que tendría el sol (si es que acaso este tuviese uno), me hizo sentir mareada. Me apoyé contra Luisa, perdiendo la atención a las voces que me rodeaban.

Quizá fue el hecho de que no hubiera probado bocado alguno durante el largo viaje el causante de mi desorientación y pronto desmayo.

Pero sí, yo, lady Katherine Virginia de Beaufort, me desmayé así, sin más, frente al caballero que había pedido mi mano pero que no parecía feliz de tenerme en su casa.

*Qryus*

Pasé dos siglos imaginando cómo sería verla otra vez. Cómo sería respirar su aire y acariciar su piel.

Estúpidamente me dediqué a añorar poder besar esos carnosos labios, que olvidé que la voluntad y la templanza de la que carecía nos ponía en serio peligro. Un peligro latente que se vertía sobre mi cabeza con el pasar de los segundos.

«Largo de mi propiedad...», quise gritarle cuando entré en la estancia y la vi de pie, custodiada de Luisa y Daria. Mis dientes rechinaron: No tenía una maldita idea de que hacían las traidoras aquí. Pero ella lucía tan perfecta. *Tan mía...*

Me maldije mil veces.

Quise golpear con mi cabeza las paredes, o clavar un puñal en mi pecho. Encontrar la manera de viajar en el tiempo y corregir todos mis errores. Pero sabía bien que jamás podría hacer tal cosa.

Ella me amaba, por supuesto que sí, pero también le había dado motivos para odiarme.

«*Ryox ya debe saber que está aquí*».

Tan consumido estaba en mis remordimientos que no me di cuenta que su cuerpo empezó a caer hacia adelante. Luisa y Daria, tan perturbadas que estaban por mi abrupta aparición, tampoco habían registrado el desvanecimiento de Katherine. Me moví lo más rápido que pude y llegué a

tiempo para evitar que su cabeza golpeará el borde de la mesa, pero cuando mis dedos entraron en contacto con su delicada piel su cuerpo empezó a convulsionar, la punta de la mesa convirtiéndose en el menor de los problemas.

El maldito hechizo seguía tan latente como hace doscientos años así que regañadientes permití que Luisa la arrebatara de entre mis brazos. Sentí la pérdida una vez más. La conexión que antes era fuerte ahora estaba pendiendo de un hilo.

El hermoso rostro de Katherine se retorció por varios segundos, pero luego volvió a relajarse.

Tan hermosa. Tan perfecta. *Tan mía...* Sí, no había duda. Ella era mía y siempre lo sería sin importar qué.

Ahora solo tenía que lidiar con las malditas doncellas.

*Ryox*

El aire olía a ella. Cerré los ojos y respiré profundamente...*Katherine*.

—Milord, la mansión está destrozada. Hay cuerpos esparcidos por toda la sala. Sin duda, Qryus se tomó el tiempo de dejar un buen espectáculo para nosotros —anunció Benjamín, mi fiel acompañante, sacándome de mis profundos pensamientos y recuerdos. La ira apenas contenida en su voz—. Luisa está siendo atendida por sus innumerables heridas y aún no recobra el conocimiento, pero Daria... —tragó audiblemente—, siento informarle que no está por ningún lado. Sospechamos que la tomó como rehén y huyó hacia el bosque.

No me sorprendía. El maldito de Qryus con el paso de los milenios me había demostrado la clase de bestia que era. Pero también sabía que Daria se encontraba bien; si había alguien que podría ayudarme a destruir a ese maldito bastardo de una vez por todas esa era ella.

Nadie más.

Dejaría que ella hiciese su parte cuando se presentara la oportunidad. No existía otra manera. Mientras tanto yo, empezaría atar cabos que me mantenían insoportablemente despierto por las noches.

Mis hombres se acercaron y tiraron a mis pies a la mujer que estaba detrás de todo esto. La que había puesto en peligro no solo mi casa, sino a todo mi legado.

Era cuestión de minutos para que toda la propiedad se llenara de *Qhymeras* y todo era gracias a *ella*. Sin mencionar que el bastardo de su hijo se había llevado algo que ciertamente no le pertenecía y que jamás lo haría.

—Te advertí que si volvías acercarte a mi propiedad te asesinaría. Y no solo hiciste aquello, sino que trajiste a vuestro hijo y este volvió a *robar* lo que me pertenece.

—Yo... —tragó dolorosamente mientras me enfrentaba. Intentó ponerse de pie pero su caro y pesado vestido le complicó la misión. Solo pude sentir asco mientras observaba impávido sus escuetos y penosos intentos—. Tú...tú querías verla y yo, yo solo te la traje. Era hora. *Vuestra hora*. —Sus ojos brillaron poseídos—. Desconozco, mi excelencia, cómo Qryus descubrió que ella vendría, pero yo... yo... —Tuvo la audacia de sonreír mientras lágrimas de orgullo malsano acariciaban sus maquilladas mejillas—, quise servi...

Antes de que la última palabra abandonara su garganta me moví rápido, más allá de lo que era humanamente posible, y la agarré de su delicado cuello y la sostuve en el aire. El pesado vestido convirtiéndose en el último de sus problemas; sus pies trataron en vano de alcanzar alguna superficie para apoyarse mientras sus manos golpeaban mi antebrazo.

—Te lo advertí —mi voz salió carente de emoción y sus ojos se hicieron enormes cuando la realidad de lo que estaba a punto de hacer se estrelló contra ella. Empezó ahogarse con su lengua, quizá tratando de suplicar o pedir clemencia, pero yo ya había tenido suficiente—. Y para mala suerte de toda tu progenie, yo, Dorian Elliot Douglas V, duque de Rothsay, siempre cumplo mis promesas.

Con un ligero apretón de mi mano rompí su cuello, el ronco y potente crujido sacudió el silencio que nos rodeaba y los gritos enloquecedores de los pocos sirvientes que quedaban en la mansión rugieron en la oscuridad. Solté el cuerpo inerte y este cayó sin gracia sobre la grava. Polvo levantándose a mis pies. Pero la ira seguía ahí. Hirviendo bajo la superficie.

—Encuéntrenlas —ordené sin mirar a alguien en especial—, Y traigan ante mí, al maldito

de *Qryus*. Lo quiero vivo, porque seré yo, quien termine con su vida.

Mientras mis hombres acataban mi orden y corrían hacia el bosque un resplandor rojo cayó sobre la mansión y supe que los monstruos, otros iguales a mí, habían llegado para satisfacer su sed de sangre.

—¿Qué hacemos con las *Qhymeras*? —preguntó Benjamín montando su pura sangre. La nube roja se aproximaba cada vez más.

Me despojé de mi saco, este cayendo duramente sobre la grava a lado del cuerpo que muy pronto devorarían esas bestias y empecé a desabotonar lentamente mi camisa de lino. Las *Qhymeras* rugieron llenas de ira hacia nosotros. Calculaba que estaban a menos de cinco minutos de llegar y destrozar todo a su paso.

Sería una larga noche, pero disfrutaría cada segundo de la misma.

—Estoy de ánimo para hacer un poco de ejercicio, ¿y tú?

Su sonrisa siniestra fue mi respuesta. Todo era exactamente igual a como en los viejos tiempos.



Lady Katherine

Me desperté con el corazón latiendo de manera acelerada y con la lengua pesada y la boca seca.

¿Qué diantres me había pasado?

Por el suave material que me rodeaba y soportaba mi peso supe de inmediato que me encontraba sobre una cama. El pánico no tardó en abrir sus alas, me aclaré varias veces la garganta en un intento inútil por mojar mis cuerdas vocales y que mi voz saliera sin causar daño. Necesitaba saber dónde exactamente me encontraba y qué había sucedido.

—¿Lu-Lui...Luisa? —hice una mueca de dolor y acaricié mi garganta tratando de aliviar el dolor que sentía al tratar de hablar. Era como si tuviera fragmentos de vidrio astillado en la lengua. Esperé un par de segundos pero mi doncella no contestó.

Volví a mojar mis labios y tragué el bulto alojado en mi garganta y me esforcé por elevar mi voz una vez más. Quizá también se encontraba dormida. Solo Dios sabía cuántas horas había permanecido inconsciente.

—¿Lui...?

—Deténgase, por favor, lady Katherine —ordenó una profunda voz a mi derecha, sobresaltándome—. Si sigue hablando solo lastimara sus cuerdas vocales.

¡Por los clavos de cristo! Aquella era la voz del duque. Mi futuro marido.

Doble mis rodillas bajo de mí y arremoliné mi vestido a mi alrededor tratando de sentirme protegida, pues la paz que supuse vendría al saber que estaba con él nunca me sobrevino.

Por una vez lamenté con todo mi corazón ser ciega. Al menos, y si tuviera mi sentido de la vista me ahorraría el hacer un espectáculo bochornoso tratando de formar una barricada con mi vestido. Era seguro imaginar que me encontraba en alguna de las habitaciones de la mansión del duque y Luisa había salido para darnos privacidad. O estaba dormida.

Empecé a rezar para que fuese la primera y no la última. Y a pesar de que pronto se convertiría en mi marido, no me sentí cómoda estando con él sola en una habitación. No es como si el duque me forzara a tener intimidad con él pero, lo cierto era, que yo no le conocía de nada por lo que era mejor mantener siempre a una persona a nuestro alrededor. Al menos, hasta que fuésemos declarados legalmente marido y mujer. Luego ya podía pensar en algunas ideas para mantener lejos de él.

—Aquí. Por favor, estire vuestra mano lentamente —instruyó suavemente. Mi vientre dio una voltereta y con reticencia hice lo que me pidió; el alivio me inundó cuando mis dedos tocaron una copa—. Le he traído agua fresca.

No necesité que me lo repitiera dos veces. Sin dudarlo, acerqué la copa a mis labios y bebí todo su contenido. Cerré los ojos y lágrimas de alivio saltaron a mis ojos; mi garganta dejó de arder pero seguí bebiendo atolondradamente. Me sentía extremadamente sedienta.

—Más despacio —su voz cálida envió un hormiguo directo a mi pecho. ¿En el nombre de nuestro señor qué era todo esto que estaba sintiendo? El duque prosiguió ajeno a mi desconcierto —, no queremos ahogarnos, ¿verdad? —preguntó con un toque de humor.

La comisura de mi labio tembló y mis hombros se relajaron un poco. Su voz era tranquilizadora, se lo concedía. Podría acostumbrarme a este hombre si su comportamiento sería siempre así: gentil y dulce. Considerado y atento.

Por otro lado y para ser sincera, no veía como podría mantener mis paredes erguidas y

firmermente cementadas cuando sentía que se preocupada realmente por mí. Era extraño pero reconfortante. Como mi padre había dicho, no era tan idiota como afirmaban.

Tal vez tendría suerte y me enamoraría de él y este matrimonio no sería tan mala idea después de todo. Y si los dioses eran más generosos, él también se enamoraría de mí y podríamos tener una unión llena de amor y respeto. El cielo era testigo de que aquello era lo que más deseaba.

No quería vivir una eternidad a lado de un hombre al que despreciaba y viceversa.

—Yo... —me aclaré la garganta y me sentí agradecida cuando esta no ardió ni causo molestia—, siento mucho haberme desmayado —mis mejillas ardieron—. No sé qué ocurrió. No os miento cuando digo que esta es la primera vez que me sucede algo así. Soy una mujer saludable y si le parece bien, su excelencia, podría pedir a su médico personal me visite más tarde para corroborar mi palabra.

Y era enserio. No mentía. Jamás había sufrido de desmayos, pero todo podría ser atribuido a la alta presión a la que me había visto sometida estos días. Sin mencionar que me estresaba la idea de no ser capaz de darle un heredero a mi padre.

Me puse rígida cuando la mayor de mis duda se abrió paso en mi cabeza: ¿Y si la madre naturaleza me había privado no solo de la vista sino también de dar vida?

¿Qué sería de mi padre?

¿Cómo podría mi padre, el duque de Beaufort, vivir con el corazón roto de no poder pasar su ducado a su nieto?

¿Cómo podría vivir yo?

—No os atormentéis, y conceda la tan ansiada calma a vuestros pensamientos —me sonrojé—. Le creo con todo el corazón, lady Katherine.

Mi estomago se encogió, había certeza en sus palabras. Él realmente quería decir aquello.

—Gra...Gracias —tartamudeé un poco. Sorprendida por todas las facetas que me estaba mostrando el duque de Rothsay.

Mi padre había tenido razón, quizá todas esas especulaciones y esos rumores de que él era un hombre sombrío y temido eran falsos. Sin fundamentos. Ahora podía ver por qué mi padre pensó que con él sería feliz. Yo ahora también lo podía ver y eso resquebrajó mis paredes.

—Necesito que descanse, mi lady, porque tenemos mucho de qué hablar.

Asentí sabiendo perfectamente a que se refería. Antes de que el valor alimentado por su cortesía y buen trato me abandonara decidí hacerle una petición.

—Su excelencia, podría por favor pedirle a mi doncella que venga a verme. Como comprenderá, no me voy a sentir cómoda vagando por su propiedad sin mi acompañante. Luisa también es como mi familia.

Los segundos pasaron y él no contestó; mis hombros se pusieron rígidos. Una idea cruzando mi mente: El duque no se habría atrevido a enviar a Luisa de regreso a Londres sin primero consultármelo, ¿verdad?

—Ella... —dejó escapar un suspiro y su tonó cambió a un uno que devoró por completo la poca calma que me había embargado minutos antes— Su doncella está descansado, mi lady. Ya es tarde, pero veré qué puedo hacer.

Cuando la puerta se cerró firmemente tras de él, un torrente de malos pensamientos y sentimientos se abrieron paso en mi compungido pecho: me había mentido.

Lo que me preocupó fue que no supe con certeza en que parte radicaba su mentira. Luisa estaba realmente descansando, o si era tan tarde como aseguraba.

Una tercera posibilidad se abrió paso en mi ofuscado cerebro: ¿y si todo lo que había dicho era mentira?

Con solo esa posibilidad de pronto ya no me sentí tan segura en este lugar. Pero gracias a

mi condición solo me restaba sentarme y esperar a descubrir donde radicaba su gran mentira.

Pero de algo estaba segura, no me gustaría la respuesta.



Qryus

No me podía dar el lujo de tocar otra vez a lady Katherine, y para que comprendáis el motivo por el que lady Katherine tuvo esa reacción tan violenta hacia mi toque debo empezar por el desafortunado inicio. Un inicio plagado de mentiras y manchado de sangre. Acosado por la traición y embellecido por la inocencia.

Pero acaso, ¿el amor verdadero no es así?

Debo advertiros que después de abrir mi alma y deambulen en mis más oscuros recuerdos jamás veréis a las leyendas igual. O al amor. En especial éste amor, que empezó como producto de una venganza.

Existen leyendas. Fábulas de hombre lobos y hadas. De brujas y Vikingos. De dioses y semidioses. Pero nadie habla de los *Hiyhuany*. De los peligrosos que podríamos ser para la raza humana.

Quizás es por la destrucción que dejó nuestro paso en la historia lo que provocó que nadie hablase de nosotros. Porque de hecho, es gracias a nosotros que existiesen tales cosas como hombres lobos, brujas o hadas. *Qhymeras* como las llamamos nosotros.

En algunas culturas fuimos dioses. En otras, simplemente el implacable e inminente castigo por sus excesos.

Somos los responsables de los avances tecnológicos que existen y existirán en este mundo.

Los grandes inventores son *Hiyuany*, sino ¿de dónde creéis que vienen sus grandes ideas?

Desde Egipto, donde construimos sus enormes y hermosas pirámides que equipamos con sofisticado equipo de seguridad para volverlas impenetrables. Ellos nos agradecieron retratando en sus paredes nuestros regalos, pero los arqueólogos poco comprenden los grabados.

Nosotros somos como el sol que aparecen en muchos de sus escritos. Porque sí, venimos de las estrellas. Del espacio que tiene tan enamorados a una gran parte de la población mundial.

He ahí su referencia a las estrellas y al sol. A la luna y al mar. Nosotros somos sus verdaderos dioses. Nosotros somos *RA*; El dador de vida. El juez de los pueblos egipcios. Era a nosotros a quienes temían enfurecer.

Claro, solo bastó que asoláramos algunos pueblos para que ellos entendiesen que habíamos venido para quedarnos, aunque jamás nos comprenderían.

Pero me estoy adelantando un poco a los hechos. Antes de venir a vuestro planeta, la Tierra, nosotros vivíamos felizmente en un planeta que se encuentra en otra galaxia y se llama *Hyru*. Y no es muy distinto a la sociedad aristocrática que viven estas tierras, aunque allí no existe la contaminación ni mansiones construidas con madera. Ni siquiera carruajes ni trenes.

Los avances tecnológicos están a la orden del día. No tenemos coches para trasportarnos porque solo basta con visualizar el lugar en el que te gustaría estar y listo. La teletransportación es una realidad. Aunque para vosotros suene algo descabellado.

En *Hyru* también hay gobernantes y mujeres de alta estima. Poseemos un único gobierno que rige con mano de hierro precedido de muchas leyes. Por qué, a consciencia, ¿qué seríamos sin las leyes?

Estás están para obedecer.

Para controlar.

Para apaciguar.

Sin ellas seríamos bestias.

Y yo, *Qryus*, hijo legítimo del máximo gobernante de mi planeta, me enamoré de la única mujer que estaba prohibida para mí: Mills, mi hermanastra.

Nuestra unión fue ilícita y nuestro padre nos repudió por ello. Pero como las leyes eximían aquel pecado él no pudo desterrarme del planeta. El consejo decidió así que era mejor que viviese en *Drycaz*, un pequeño planeta de nuestro sistema solar que se encontraba a tan solo 1 000 años luz de distancia.

Y sí, como lo habéis ya adivinado, lady Katherine Virginia, hija única del duque de Beaufort, en realidad era... *Mills*. Y esta sería ya su octava reencarnación desde que habíamos llegado a la tierra. Allá por el año III A.C.

Sé qué podéis pensar que es una historia larga (porque así es) pero trataré de contaros las partes más importantes para que comprendáis porqué Mills tenía que desaparecer.

Porque así como a mí me cautivó su belleza, también lo hizo con otro hombre que no debió codiciarla como lo hice yo. Nuestro tío, *Ryox*.

Ryox es uno de los hombres más poderosos de nuestra raza porque también era un cambia-formas. Y se obsesionó con Mills. Además, él era el líder de los *Murdockhy*, bestias alteradas genéticamente para convertirse en tus peores pesadillas. *Qhymeras*, como las llamamos nosotros.

Éste trató de hacerla su *Jeykha* engañando a nuestro padre. Fue entonces que tomando una de sus naves y huimos hacia otra galaxia. Fue así que nos topándonos de casualidad con vuestro planeta. Y nos gustó.

La tranquilidad que nos rodeo fue inmediata y supimos que éste sería nuestro nuevo hogar. Solo que no contábamos con que *Ryox* no se quedaría de brazos cruzados y utilizaría el localizador de nuestra nave para perseguirnos. Había traído con él un gran número de inventos y criaturas genéticamente alteradas. Y fue gracias a él, que ahora ustedes tenían leyendas de hombre lobos y hadas. De dragones y videntes. Porque en su afán de destruirme las liberó en vuestro

planeta.

La vi morir siete veces. Por sus propias manos.

La última reencarnación de Mills había sucedido hacia doscientos años atrás, tiempo en que, con la ayuda de un poderoso hechicero, colocó un sello en la memoria de Mills antes de asesinarla con sus propias manos. El que naciese ciega solo era parte del ritual que se había llevado a cabo con el fin de hacer más fácil la tarea de engañarla. Confundirla. De atraerla.

Si Mills no podía ver, ella jamás me reconocería. No sabría la verdad.

Pero ardería en el infierno con gusto, pues no permitiré que ponga sus manos sobre ella.
Mi mujer.

Y aunque la perdí siete veces antes, me rehúso a perderla esta vez. Mills y yo tendríamos el final que merecíamos desde hacía muchos siglos atrás.

O moríamos en el intento. Y esta vez ya no habría más reencarnación.



Hyru, millones de años atrás.

Qryus

Tení a quince años cuando la vi por primera vez. Incluso en ese entonces, reconozco que me sentí atraído hacia ella. Mills tenía trece años pero su belleza era innegable. Era preciosa. Exquisita. Y solo me tomó algo de tiempo darme cuenta que de hecho no solo era una atracción física, sino que me había enamorado de ella. Mi hermanastra.

Los rumores de que mi padre, el Rey *Woyls*, futuro sucesor del gobierno, no solo había tenido una aventura con una *Vuary*, (hijas prohibidas del consejo superior) sino que éstos habían concebido una hija, se regó como pólvora por todo Hyru.

Debéis comprender algunas cosas antes de proseguir con la historia. Los *Vuarys* eran poderosos videntes. Testigos de lo oculto. Portadores de grandes poderes. Por lo que se los consideraban sagrados. Y la madre de Mills, era una de las más antiguas *Vuarys* de nuestro planeta.

Las más adultas, entiéndase las que sobrepasaban los treinta años, eran enviadas a expediciones a otras galaxias con el fin de alertarnos de posibles amenazas.

Todo sea por la supervivencia de nuestra raza.

Mi madre había llorado amargamente cuando mi padre, el amor de su vida, envió un

comunicado anunciando la veracidad de esa información. Y aunque aquella revelación fue bien recibida por mi abuelo y parte del consejo, quien ya se encontraba cansado de desmentir falacias que hacían más daño que bien, éste lo había hecho principalmente porque *Fiorhly*, la madre de Mills, murió esa misma mañana víctima de una extraña enfermedad contraída en una galaxia lejana dejándola huérfana.

Su muerte desbastó a mi padre, pues le amaba. Y aquel sentimiento era lo que más le dolía a mi madre. La reina podía vivir con la traición, pero no con el conocimiento de saber que el amor de su vida se había enamorado de otra mujer.

Raza superior o no, los sentimientos que gobernaban a los Hyhuany eran peores que las emociones que carcomían a ustedes, los humanos. En eso se podría decir que nos parecíamos muchos. Nos atraían las relaciones prohibidas. Y los celos eran peor que cualquier droga inventada por el hombre o los Hyhuany.

Zhyn, mi madre, era la hija de un alto comandante. Ella se había casado enamorada con mi padre hacía más de veinte años atrás. Y fruto de aquel matrimonio tuvieron tres hijos varones. Yo era el mayor. Seguido por mis dos hermanos menores que eran gemelos llamados Shurtx y Ghild. Lo que hacía que Mills fuese la única hija mujer de nuestro padre y la menor de todos. Cosa que aumentó los celos de mi madre que siempre había deseado tener una hija.

Para preservar la pureza de los dones que poseían los Vuarys, éstas no podían contraer matrimonio con cualquiera, pues su don se comprometía gravemente.

La ley establecía, sin excepción, que se podían casar con otro Vuary, pero jamás pensar en hacerlo con otros diferentes a su clase. Y esa era nuestra máxima ley.

Los Vuarys eran hijos legítimos del consejo supremo que estaba conformado por la raza más desarrollada de nuestra especie: cuatro diosas y cuatro dioses. Parejas casadas que vivían en *Zhoryxl*, el tribunal superior, lugar en el que se llevaban a cabo los juicios y se elaboraban las leyes. Nadie podía entrar a allí, a no ser de que fuese convocado por el mismo tribunal. O por mi

abuelo.

Un total de ocho líderes mundiales que junto con mi abuelo decidían el futuro de todas las galaxias. Incluida la vuestra.

—Dejad ya de mirarla.

—Es mi hermana.

—Sí. Pero también es una *Jeykha* —refutó Bryls, mi mejor amigo—, conoces muy bien las reglas.

Cuando un Hiyhuany quebrantaba las leyes y profanaba a una Vuary los hijos de esa relación clandestina se los llamaban *Jeykhas*. Que significaba «dioses de la perdición».

—Eres tú quién parece pensar que lo he olvidado.

Mills estaba paseando en los jardines de la casa en compañía de Lyrs, su protectora. Una *Murdockhy* que había sido creada especialmente para ella. Pero que no te engañe la dulce y frágil apariencia de Lyrs; debajo de esa fachada de tímida jovencita se escondía una de las *Qhymeras* más terroríficas que había visto en mi vida.

Y era gracias a esa maldita bestia que en gran parte me mantenía alejado de mi hermanastra. Creedme, nadie deseaba morir siendo desollado vivo por un *Murdockhy*.

—Claro. Y yo soy el novio de Lyrs —puso los ojos en blanco y esquivó mi golpe. Nos encontrábamos entrenando dentro de la casa. Mi habitación tenía vista perfecta del jardín principal y desde que Mills se había mudado con nosotros, para total martirio de mi madre, me sentí más que agradecido de aquello.

Ella disfrutaba de la flore y fauna que nos rodeaba. Del lago natural donde le gustaba tomar baños. Y yo adoraba verla disfrutar de aquellos placeres.

Perdí la concentración cuando su largo y espeso cabello rubio onduló preso de la suave brisa dejando al descubierto su largo y grácil cuello. Su perfil era perfecto. Como sintiendo mi

atenta mirada sus hermosos ojos grises se encontraron con los míos y juro que me sonrió. La felicidad que experimenté me duro poco porque una patada en las costillas me hizo aullar de dolor.

«Maldito seas, Bryls».

Luego de eso, nos tomó cerca de treinta años romper las reglas y mandar todo al infierno. La primera vez que la hice mía, supe inmediatamente que antes de ella, jamás había hecho el amor.

Y, aunque había estado con innumerables mujeres. Incluso tenía una hermosa prometida, con la que pasaba la mayor parte del tiempo metido entre sus sabanas tratando de apaciguar sus estúpidos celos (no tan) enfermizos hacia Mills; como dije, no éramos tan diferentes a ustedes. Nada antes, ni remotamente, se había sentido igual o mejor que hundirme entre la tierna y caliente carne de Mills.

—*Oryus*...—gimió, presa de la euforia. Mis caderas ondularon salvajemente. Cada estocada se sentía como la primera y no podría parar aunque me amenazaran con lanzarme a una habitación llena de Murdockhys.

—¡Oh, Mills...! —arrastré su nombre—, te sientes tan bien. Perfecta —besé su cuello antes de susurrarle al oído—. Tus paredes me constriñen. Así. Sí. Sigue haciendo aquello —alabé amorosamente cuando su núcleo caliente se contrajo alrededor de mi polla—. Justo así. Vuelve hacer eso, hermosa —profundicé las estocadas. Rodeé su cintura e hice palanca para levantar su trasero lo suficiente del colchón para penetrarla con mayor ímpetu. Me sentí poseído por el millón de emociones que estallaban una y otra vez dentro de mi cuerpo.

No quería que se acabara. Mi cuerpo se sentía electrificado. Quería encontrar la dulce muerte mientras me encontraba en su interior.

Su piel cremosa, recubierta de una fina capa de sudor, brilló seductoramente en la oscuridad gracias a la luminiscencia que se colaba a la habitación por la pequeña abertura de la

ventana de mi habitación. Sus pesados y hermosos senos se balancearon sensualmente regalándome una visión que se quedaría grabada con fuego en mi memoria.

Eché la cabeza hacia atrás y un largo y gutural gemido escapó de su garganta, enviando astillas de placer a mi columna vertebral. Estaba muy cerca de explotar. A segundos de impregnar su sedoso interior con mi simiente prohibida. Fue entonces cuando la comprensión me golpeó como un rayo; era este mar de sensaciones lo que provocó que mi padre se enamorara tanto de la madre de Mills.

Las Vuarys eran especiales. En más de un sentido. Ellas podían poseer no solo vuestro cuerpo, sino también vuestra mente mientras te doblegaban con el millón de sensaciones que despertaba su toque.

Aceleré mis embestidas y perdí la cabeza cuando succioné con abandono su pequeño pezón rosado provocando la explosión de mi éxtasis.

Aquella noche dormí a pierna suelta, con Mills acurrucada a mi lado. Y me sentí feliz. Pero no aquella felicidad mundana o efímera que se lograba cuando se consigue mucho dinero o el éxito laboral. No. Aquella era una felicidad más profunda. Un gozo que jamás antes había experimentado.

Y mientras acariciaba con mis labios sus tiernos pliegues y chupaba y lamia con abandono su clítoris le pedí al destino poder repetir las veces que fueran necesarias. Que obrara un tipo de milagro para que me pudiese permitir amar a Mills sin consecuencias lamentables, pero lo que recibí no fue ni por asomo lo que pedí.

Luego de dos años de disfrutar en secreto de las delicias de su cuerpo, escuché una conversación que no estaba destinada a que fuese oída por otro que no fuese mi padre.

Mi tío Ryox, uno de los Hyhuany más poderosos de toda la galaxia, decía con poder de convencimiento a mi angustiado padre:

—Si permites que me case con Mills, no tendrás que sufrir con la nefasta idea de que ella se enamore de algún otro Vuary y este se la lleve a vivir a Zhoryl —el muy maldito estaba jugando con la devoción que sentía su medio hermano por su hija—. Te doy mi palabra que ella se quedará aquí. Sabes que por mis obligaciones no podría marcharme tranquilo sabiendo que queda desprotegida en mi casa. Prefiero que vivamos aquí, en vuestra casa, así yo me marcharé tranquilo y podré hacer mis misiones y regresaré con paz en mi corazón porque nuestra Mills sigue protegida y feliz.

Ryox, era hijo ilegítimo de mi abuelo. Fruto concebido de una relación extramarital que mantuvo con una sirvienta de su casa. Pocos sabían que la madre de Ryox era una antigua Murdockhy.

La madre de Ryox fue ejecutada, como mandaba la ley, (pues la Murdockhy no tienen permitido reproducirse sin el consentimiento del tribunal) pero mi abuelo logró conservar a su hijo. He ahí el motivo de su total apoyo hacia mi padre. Pero las cosas habían cambiado, mi abuelo había cedido el trono a mi padre hacía menos de cinco años, y las responsabilidades que recaían sobre sus hombros eran más grandes y pesadas.

Mis hermanos menores ya se habían casado. Y Mills y yo éramos los únicos que quedamos solteros.

Yo aún mantenía mi compromiso con Plyusr, mi hermosa prometida desde hacía más de tres décadas. Una tapadera ventajosa para desviar cualquier observación curiosa sobre mi relación con mi hermanastra. Y Mills se mantenía ocupada aprendiendo sus futuras obligaciones.

Nadie sospechaba.

Me alejé sin molestarme en esperar la respuesta de mi padre. Sabía que el profundo amor que sentía por Mills comprometía seriamente su juicio.

Por supuesto que existía una manera de que Mills pudiera ser considerada pura, pero la opción la alejaría para siempre de esta casa. Y esa era cansándose con un Vuary.

Porque en algo tenía mucha razón mi tío, si Mills se casaba con un Vuary, que era la opción más inteligente, dejaría de ser considerada una *Jeykha* y se convertiría legalmente en una Vuary sagrada y la perderíamos para siempre en el interior del Tribunal.

Una pérdida que nos consumiría.

Los videntes no tenían más familias que los de su misma especie, y mi tío estaba jugando con esa privilegiada información para lograr que mi padre hiciese lo que él quería.

El maldito bastardo.

Tenía que encontrar a Mills y contarle los planes que tenía Ryox; quería creer que mi padre era un hombre más inteligente y vería la artimaña que escondía su promesa, pero él se encontraba igual o más desesperado que yo por no perder a su única hija.

Era solo cuestión de tiempo para que el consejo supremo presionara a mi padre para que hiciese lo correcto; consagrar a Mills como un verdadera Vuary.

No me engañaba, sabía que los poderes de mi hermanastra eran muy codiciados. Ella, al igual que otras de su especie, tenía el maravilloso don para sanar. Y no solo eso, Mills también poseía una visión muy clara del futuro. Sus premoniciones nos habían salvado en más de una ocasión de los ataques de los *Griyus*.

Los Griyus era un temido grupo armado de Hyhuanys que se oponían a ser dirigidos por el consejo supremo. Su guerra era la más antigua de nuestro planeta y he de decir que en parte hasta entendía por qué se rebelaban contra las leyes que nos regían. Pero como dije antes de empezar a contaros la triste historia que acecha nuestras cabezas, ¿qué sería de nosotros si no existiesen las leyes?

Encontré a Mills en el jardín. Su completa atención en Lyrs, que lo que sea que le estuviese contando hacía que sus regordetes labios, esos que me encantaba besar por horas, o que estuvieran alrededor de mi polla, dibujaran una sonrisa y sus ojos brillaran.

Desde una distancia prudente, y de la manera más disimulada, me esforcé por llamar su atención. Lyrs se percató de mi presencia mucho antes que Mills y puso los ojos en blanco; sabía que no le agradaba, pero por alguna razón no me había delatado. Aunque imaginaba que tenía que ver directamente con el cariño que sentía hacia Mills.

Estaba seguro de que esa Murdockhy prefería morir antes de lastimar a su protegida.

Mills empezó a alejarse de su protectora cuando el indeseado de mi tío la interceptó en el camino. Me sentí violento cuando la mujer que amaba le sonrió ampliamente y se arrojó a sus brazos.

No me quedé a ver el intercambio. Ryox tenía una clara ventaja: Mills, la mujer que sentía que se me escurría entre los dedos, confiaba plenamente en él. Y cómo no hacerlo, nadie había visto la verdadera cara de ese monstruo.

Excepto yo.

Antes de continuar, debo aclararos algunas cosas que siento que he dejado sueltas. Como, por ejemplo, el tiempo.

En mi planeta el tiempo es relativamente lento. Para que comprendáis mejor, un año en Hyru serían como veinte años en la tierra.

Tampoco envejecíamos. Cuando un Hyhuany alcanzaba su máxima edad que era los treinta y cinco años, literalmente, el tiempo se detenía. Podíamos seguir cumpliendo años pero nuestro cuerpo no los aparentaba. De ahí que cuando llegamos a vuestra planeta se difundió la leyenda de una fuente que otorgaba una juventud eterna. Por supuesto que jamás existió tal cosa, pero a los terrícolas les gustaba tener leyenda místicas para adorar.

Mi padre, que ya tenía cuatro mil años, lucía como yo, joven y fuerte. Su cabello era como el mío, rubio. Teníamos el mismo color de ojos, azules y nuestra piel era blanca como la nieve. Y

así ocurría con todas las personas de Hyru.

Mi tío Ryox era otra historia. Su cabello era oscuro. Poseía unos ojos de color dorados que causaban escalofríos. Color peculiar que había heredado de su madre. Era un poco más alto que yo, y tenía la piel bronceada. Nada extraordinario.

En lo que a mí me concernía, era un hombre insípido. Pero por alguna razón, las mujeres se volvían loca por él.

Hay que ver que las mujeres tienen gustos muy peculiares.

Los Hiyhuany éramos inmortales. Congelados en el espacio tiempo.

Por esa razón, cuando llegamos a la Tierra, nos costó un poco comprender por qué vosotros temían a la muerte. Lo fue hasta que ante nuestros ojos, los vimos envejecer y morir. Dejando atrás a sus seres queridos.

En definitiva, esa será una de las cosas que menos me agradaba de la naturaleza humana.

Por otro lado, nuestro planeta era rico en minerales, lo que ayudó seriamente a que no existieran clases sociales; todos éramos ricos, por así decirlo. La jerarquía que realmente importaba era la del gobierno.

Las casas, que eran rascacielos que flotaban en el aire, eran construidos de un material muy parecido al cristal. Mineral resistente y liviano que fue creado en los laboratorios y que se llamaba *Crost*.

El *Crost* aparte de ser duro como una roca y liviano como una pluma, tenía la característica de adquirir el color que ordenaras.

A pesar de ser como el cristal, en ciertas zonas de la casa, como lo eran las habitaciones, cuartos de baño o estudios o bibliotecas podían permanecer con un color oscuro que imposibilitaba ver el interior.

Hasta ese entonces, el *Crost*, era uno de los mejores inventos de los Hiyhuany.

*Lady Katherine*

Me desperté desorientada. La garganta seguía seca y adolorida. La única diferencia era que ahora la cabeza me palpitaba como si hubiese sido sacudida por una corriente eléctrica y mi cuerpo no se sentía mejor. Con mi mano derecha acaricié concienzudamente mi cara, *¿qué me pasó?*

Pronto la casta conversación que había tenido con el duque sacudió mi cabeza.

—¿Luisa? —nada.

Me levanté lentamente, mis piernas temblaron un poco, pero logré mantenerme en pie; tenía que salir y encontrar respuestas. Tanteando torpemente con mis manos a mi alrededor me apoyé contra lo que supuse era un velador.

La copa que había colocado ahí horas atrás había desaparecido; era posible que Luisa hubiera venido a mi llamado pero al encontrarme dormida decidió retirarse a su alcoba. Pronto lo averiguaría.

Seguí con nerviosismo el patrón irregular de la habitación. Las paredes eran rústicas, no había papel tapiz que cubriera sus imperfectos. Fruncí el ceño cuando llegué a la puerta y tiré de la manija para tratar de abrirla pero fue imposible: estaba cerrada.

—¿Hola? —golpeé dos veces y volví a llamar a mi doncella—. ¿Luisa? ¿Me oyes? ¿Hola?

No podía estar segura el tiempo que estuve golpeando sin cesar la puerta, pero debió ser

horas porque las piernas me apremiaban a que me sentara y mi garganta se sentía árida.

¿Dónde diantres se había metido el duque? ¿O dónde estaba Luisa? ¿Por qué no acudía a mi llamado? No podía recordar un solo día en que la hubiese necesitado y ella no hubiera acudido inmediatamente a mí. Era un eufemismo decir que toda esta situación me daba un mal presentimiento. Aunque aún era demasiado pronto para perder la cabeza y enloquecer.

Me giré lo suficiente como para apoyar mi cuerpo contra la puerta. *Piensa, Katherine. Piensa.* No obstante no se me ocurrió nada. Estaba encerrada y a no ser que de pronto tuviese la habilidad de traspasar paredes no veía forma de salir de esa habitación y buscar a mi doncella.

—¿Dónde estás, Luisa?—una lágrima desbordada de tristeza acarició mi mejilla—. Te necesito.



Ryox

Me detuve frente a la inmensa ventana que me otorgaba una vista preciosa del bosque. La misma que me había regalado la dicha de ver muchos amaneceres que siempre perduran en mi memoria. La tierra era hermosa. Mucho más de lo que un día lo será Hyru.

Podríamos poseer la tecnología de punta que muchos matarían por tener y manejar, pero jamás seríamos capaz de replicar la sensación y el verdadero esplendor de vuestra naturaleza.

—Capitán... —Anabella, nuestra experta en medina, irrumpió en la habitación—La Murdockhy que responde al nombre de Lyrs sufrió dos paros cardíacos y ahora la están reanimando. Siento decirle, que es una posibilidad que no soporte las siguiente veinticuatro horas. Las doce primeras serán críticas y extenuantes. Quiero que sepa que estamos haciendo todo lo que podemos para preservar su vida.

Apreté los dientes; Mills debía estar sufriendo. No había más explicación para el comportamiento físico de Lyrs. La profunda conexión que mantenía con su ama era lo que hacía peligrar su vida. Me tomó una eternidad gobernar mis impulsos para no empezar a golpear las paredes.

Tenía que mantener la mente abierta; por otro lado, quizás esto era señal de que Mills se encontraba cerca.

—Gracias, Anabella. —Asintió y se retiró de la habitación cerrando suavemente la puerta tras de ella.

—Hay una vieja cabaña abandonada cerca del lago Imperial —me informó Benjamín apareciendo a mi lado. Su ropa todavía estaba teñida de sangre. Imaginé que se sentía más a gusto así, sucio y polvoriento, que vistiendo la cara ropa que le ordenaba lucir.

—Que nuestros hombres vayan a revisar. Si está allí necesito que lo neutralicen evitando poner en peligro a Mills. No sabemos de lo que es capaz y hasta ese entonces, prefiero ir dos pasos delante de él.

Asintió.

—He traído a una amiga.

Enarqué una ceja con curiosidad; Benjamín no tenía amigos. Mucho menos amigas. Yo, en todo caso, era lo más cercano a un amigo o parentela que tenía. Y eso que había querido asesinarle en dos ocasiones.

—No me mires así —puso los ojos en blanco y cruzó sus brazos. La camisa negra amoldándose contra sus solidos músculos—. Se llama Mabel y es una hechicera. La mejor de todo Escocia. Me ha confesado que cree saber cómo romper el maleficio que fue colocado sobre Mills.

Mis manos dolieron cuando las apreté a mis costados.

—Traedla ante mí. Aquella hechicera y yo tenemos mucho de qué hablar.

—Está esperando en la sala a que la honres con tu presencia —dijo con sarcasmo. Lo miré de soslayo mientras me encaminaba hacia la salida—. Pero debo advertirte, mi estimado amigo, que probablemente la cura, que tan ansiosamente esperas, sea peor que la enfermedad.

Me congelé en mi sitio; los músculos de mi espalda sintiéndose pesados y agarrotados. Su mirada se volvió crítica; esto no era bueno.

—Expílicate —exigí dándole toda mi atención. Suspiró y arrastró una pesada mano contra

su cabello rubio.

—Solo te advierto esto porque vi lo que le hiciste a los otros hechiceros y bueno, yo...

—¿Tú, qué? —apremié impaciente. El tiempo estaba corriendo y necesitaba tener una solución antes de hallar a Mills y traerla a casa.

—Mabel... *me gusta*. Como de gustar, gustar. Para algo más que follar como dos descocidos, como para que os deis una idea.

Ladeé incrédulamente la cabeza; los golpes que recibí por parte de algunas Qhymeras pudieron hacer daño a mi audición.

—Ahora es momento para que manifestéis algo.

—Estoy tratando de averiguar si estás diciendo la verdad o es un nuevo sentido del humor que has aprendido de tus buenos amigos los Vikingos.

Frunció el ceño.

—Mabel es humana y sé que yo, siendo quien soy, es probable que la lastime pero os juro que cuando estoy a su alrededor me siento...

—¿Diferente? ¿Mejor? —ofrecí con la intención de terminar con este incómodo momento.

Benjamín era un *Gryhus* reformado. Su familia era la cúspide de la realeza entre ellos, y aunque él amaba a sus padres, tanto como yo amaba a mi hermano mayor, habían ciertas cosas con su forma de vivir que no eran de su total agrado. Y al igual que yo, no sentía que encajaba en Hyru. He ahí por qué se ofreció acompañarme a venir a recuperar a Mills a esta lejana galaxia. Necesitaba un tiempo lejos para descubrir qué quería ser. O la interrogante más importante: *Quién quería ser*.

Nos habíamos conocido cuando lo encontré atrapado en una batalla contra los Ghallyards. Mis hombres lo habían acorralado y estaban listos para quitarle la vida, pero lo que me sorprendió fue cuando vi que no estaba luchando por su sobrevivencia, sino por la de una

Hyhuany. Al parecer, la mujer era una desertora que se había querido unir a los Gryhus porque se había enamorado de uno de ellos. Una lástima que el joven Gryhus no le hubiese dicho que él ya tenía una familia.

Cuando Benjamín, cuyo nombre real era Xhryoz, se había enterado de todo el problema trató de regresar a la joven enamorada y cuyo corazón estaba roto a la zona segura de Hyru, momento en que fue sorprendido por mis hombres. Cuando me notificaron de que el príncipe de los Gryhus había sido capturado tuve que ir y verlo con mis propios ojos. Y efectivamente, allí se encontraba él; tan altivo y fuerte. Sin una pizca de miedo, mientras más de una centena de mis hombres lo rodeaban, sin contar a los Murdockhys que estaban listos para arrojarse contra él y alimentarse de sus entrañas.

Cuando hice obvia mi presencia éste solo sonrió y preguntó con sorna.

—¿Tendré que besar tu trasero para que me mates más rápido? Pregunto, porque tengo que estar en un lugar a la medianoche y si no llego más vale que esté muerto.

Ordené a mis hombre liberarlo y regresar a la fortaleza.

—Escucha, sé que la chica se equivocó, pero contestadme una pequeña pregunta, ¿quién por amor no ha hecho cosas imprudentes? Por supuesto que yo no —bromeó tronando su cuello—, yo no creo en esas tonterías, pero hablando hipotéticamente y fuese un creyente, estoy seguro que también hubiera tomado algunas malas decisiones. Digo, yo sé que con este rostro es imposible pensar que...

Hice mi retirada y lo dejé hablando solo. Desde ese entonces no recuerdo hemos estado juntos. Confiaba plenamente en él. Y ahora, verlo aquí, parado frente a mí, diciendo que había encontrado a ese alguien *especial* me sentí simplemente... extraño.

—Mabel te ayudará, pero con una condición.

Regresé de golpe a la realidad y lo miré concienzudamente. Después de un par de segundo asentí.

—Ella quiere ser quien mate a Qryus.

Negué inmediatamente y le lancé una mirada furiosa. El maldito engendró era mío. *Solo mío*. Yo tomaría su vida y me bañaría con su sangre.

—Tienes que ver el lado positivo de las cosas...

—Está fuera de discusión. Yo seré quien mate al infeliz. —Di cinco pasos amenazadores hacia él—. Solo yo.

Yo no perdía. Y jamás lo haría frente al maldito que robó a mi mujer. No importaba el maleficio que el bastardo había impuesto sobre Mills, encontraría la manera de hacerle ver las cosas a mi modo.

Ella me pertenecía. Era nuestro destino permaneces juntos. Y si tenía que arrasar con medio planeta para que el maldito lo entendiera, pues que así sea.

*Lady Katherine*

Posiblemente habían pasado horas hasta que escuché las bisagras de la puerta crujir. Alguien había llegado. Mi corazón voló lleno de esperanza cuando imaginé que podría ser mi mejor amiga.

—¿Luisa, eres tú? —me levanté con cuidado de la cama. Me había costado mucho regresar aquí. Era como si las cosas de la habitación se movieran por voluntad propia.

Donde estaba segura y había estado el pequeño velador, éste ya no se encontraba ahí, sino que ahora había un espejo. *Un espejo gigante*. Había acariciado su estructura con miedo de estar volviéndome loca. E incluso lo más extraño era que ahora las paredes estaban revestidas de papel tapiz y eso solo me confundió más. Había algo malo ocurriendo en este lugar. Tal vez, ¿magia negra? Quise reírme a todo pulmón de la desfachatez de mis pensamientos. Yo no creía en nada de eso. No existía.

Solo era el cansancio que le estaba pasando factura a mi atribulada cabeza. Todo aquello debió haber estado ahí pero tan agobiada como me sentía era posible que mi mente estuviera jugando conmigo. Sí, eso era. Siempre había una explicación lógica para todo.

—No —mi columna sufrió un latigazo con la voz suave del duque—. Tenemos que hablar.

—¿Dónde está Luisa? ¿Por qué la habitación permanece cerrada con llave?—pregunté en su lugar.

—Lady Katherine...

—Necesito saber dónde está mi doncella, estimado duque, o me temo que no se llevará a cabo ningún matrimonio. —Contuve el aliento. Era un farol arriesgado el que estaba lanzando pero no tenía otra opción.

—De eso, precisamente, era de lo que quería hablar con usted —Me arrastré como pude hacia el borde de la cama. Mi pesado vestido complicando mucho la tarea—, me temo que su doncella ha partido hacia Londres para ver a vuestro padre, el duque de Beaufort.

—¿Qué? —Mi corazón amenazó con salirse de mi pecho—, ¿acaso mi padre ha empeorado?

Por favor, todo poderoso, no permitáis que mi padre fallezca ante de cumplir con mi promesa.

—No. Nada de eso mi Lady —su voz reconfortante aligeró un poco el nudo que se había formado en mi estómago—. Todo lo contrario. Él ya se encuentra mejor y desea asistir a nuestro matrimonio. ¿Acaso no os emocionaría caminar del brazo de vuestro padre hacia el altar? ¿Qué sea vuestro padre quien personalmente la entregue?

Mis ojos se anegaron de lágrimas y asentí.

—Sí, es lo que más deseo. Pero —algo definitivamente no se sentía bien con lo que decía —, pero Luisa no se iría sin decirme. Ella no me dejaría aquí. —Lamenté enseguida mis palabras —No se ofenda, su excelencia, pero comprenderá que por mi condición no me gustaría ocasionar problemas.

—Todo ello es culpa mía. La convencí de marcharse. Le di mi palabra de que usted se encontraría a salvo y ella accedió. —Guardó silencio unos segundos antes de proseguir—. Antes de marcharse su doncella vino a informar sobre la misiva que nos llegó hace pocas horas, pero usted se encontraba descansado. No quiso molestarla. No después de que sufrió el desmayo.

Mis manos temblaron y meforcé por tranquilizar mi respiración. Tenía que parar con estar saltando a fatales conclusiones. Nada bueno ocurriría si entraba en pánico.

—Por otro lado, hay cosas de las que podríamos hablar durante su ausencia.

—¿Cosas?

—Sí —sentí su cuerpo acercarse al mío, pero sorprendentemente, el aroma a tierra húmeda y a sol que expedía su cuerpo me relajó. Era reconfortante. Aunque noté con desilusión que la casa ya no olía a él.

O quizá si olía pero tanto estrés me estaba pasando factura. Era una posibilidad.

—Antes de casarnos, hay cosas que necesita saber... —su aliento acarició mi mejilla y me eché hacia atrás. Nerviosa. Asustada. Desbordada de anticipación. El duque estaba seriamente invadiendo mi espacio personal y me tuteaba. Aunque para sorpresa no me molestaba que lo hiciese. Cuando comprendí que no debería estar sintiendo estas emociones me sonroje y traté de alejarme otro poco de él, pero su mano recubierta con un guante tomó suavemente mi brazo.

—Por favor, no. No se aleje de mí, lady... *Katherine*. —Su voz era hipnotizante que sentí perder la batalla cuando su distintivo aroma se intensificó. Aquel olor me hacía sentir cálida y protegida. Y aunque no podía explicarme por qué de mi reacción, descubrí con deleite que me proporcionada calma y serenidad. Dos cosas que definitivamente necesitaba con urgencia que gobernaran mi cabeza.

Estaba tan perdida en las nuevas sensaciones que acechaban mi cuerpo que por otro lado el pudor y la idea de que todo esto era algo inapropiado salió volando de la habitación.

—¿Qué-qué hace, su excelencia? —pregunté y cerré fuertemente los ojos cuando su aliento acarició mis labios.

—Un experimento.

—¿Experimento?

—Sí. —Mis pezones se endurecieron y me sentí como una extraña dentro de mi propio cuerpo—. Deseo saber si vuestros labios se sienten tan suave como se ven... —mi siguiente pregunta se ahogó en un mar de placer cuando selló su cálida boca sobre la mía.

Burbujas invadieron mi pecho cuando sus manos sujetaron con firmeza mi cuello y profundizo el beso. Jamás me habían besado y no sé por qué tenía esta idea loca de que besar era asqueroso, pero ahora podía ver lo errada que estaba.

Besar era exquisito.

Mágico.

Inmenso.

—¡Oh, Dios...! —gemí dentro de su boca cuando su lengua salió y sin mesura saludó a la mía. Me aferré a su gruesa camisa y gemimos al unísono cuando mis duros pezones rastrillaron contra su pecho.

—Dime que lo sientes también... —exigió antes de profundizar más el beso.

Asentí —Sí, lo siento. No sé qué es, pero me gusta cómo me hace sentir —me las arreglé para contestar aunque prácticamente mi voz quedó ahogada en las profundidades exquisitas de su boca. Luego de varios minutos rompió el beso y gruñó:

—Sigues siendo tan hermosa, Katherine.

Sonreí cohibida.—Me gustaría decir lo mismo pero como es de conocimiento, su excelencia, no puedo ver. Nací ciega—bajé la cabeza avergonzada por mi discapacidad—Me apena mucho jamás ser capaz de admirar vuestro atractivo, milord.

—Nunca te escondas de mí —su dedo índice se colocó debajo de mi barbilla y levantó suavemente mi rostro—. Confía en mí cuando digo que me gusta todo de ti. Tus ojos. Tu cabello. Estas pequeñas y delicadas manos —ciñó sus fuertes manos contra las mías y las acercó a sus labios y besó con devoción mis muñecas. Aquellos íntimos besos los sentí en mi vientre—. Y no

miento cuando digo que me siento el hombre más afortunado de toda la galaxia de que aceptaras ser mi esposa.

—¿Galaxia, eh?

—Como dije, hay cosas de las que tenemos que hablar. —Su cuerpo se volvió rígido contra el mío—. Cosas que quizás cuando las escuches la primera vez te sonaran descabelladas, pero jamás dudes de mi palabra. —Había una ferocidad en sus palabras—. Cuando se trata de ti, mi dulce Katherine, no hay bromas de mal gusto involucradas, ni mentiras a medias.

Mi curiosidad fue despertada pero tenía el presentimiento de que habían cosas que podrían a prueba esta pasión recién descubierta hacia el duque. Quería ser una buena esposa, y me gustaba saber que al menos y la lujuria nos afectaba a ambos de igual magnitud, pero para que un matrimonio funcionara no bastaba solo la química bajo las sabanas; necesitábamos confiar el uno en el otro. Y eso solo se conseguía al no guardar secretos.

—No sabré darle una respuesta sincera si no me dice aquello que le atormenta...

Un suspiro reverberó en su pecho y lo sentí en mis huesos.

—¿Crees que hay vida en otros planetas?

Su pregunta me sorprendió. Podría ser posible que el duque de Rothsay estuviese demente; bueno, podría estarlo, sino ¿por qué aceptaría casarse con una mujer invidente?

—Responde a mi pregunta, Katherine—apremió, sus manos apretaron suavemente las mías y me di cuenta que era muy importante mi respuesta para él.

—Yo, sinceramente no sabría decirle. Creo que existe Dios, pero más allá de eso, me temo que no, no creo que exista vida en otros planetas.

—Bueno, yo te probaré que de hecho sí hay vida en otros planetas...

Me reí dulcemente porque me pareció gracioso y algo infantil que siendo el hombre respetado que era creyese en esas cosas.

—No te rías. Hay vida en otros planetas.

—¿Y cómo está tan seguro de eso, mi lord?

Sus manos acunaron mi rostro y a pesar de no poder ver pude sentir su intensa mirada quemando mi rostro. Mi corazón se sintió borracho de placer.

—Porque, tú y yo... *somos la prueba de que lo hay.*

Una vez más ahogó el torrente de preguntas sellando su caliente boca sobre la mía. Mi pecho se apretó cuando el significado de sus palabras se hundieron más en mi conciencia. ¿De qué hablaba el duque? ¿A qué se refería?

Su beso cambió de cálido a vertiginoso en cuestión de segundos mientras su lengua saqueaba mi boca. Gemí dolorosamente cuando nos levantó de la cama y acercó nuestros cuerpos. Podía sentir los ángulos atractivos que marcaban su cuerpo.

—Puede que te suene a locura, pero tú y yo no somos de esta tierra —Me horroricé con la idea. ¿Cómo podía decir aquellas cosas?—. Esta no es nuestra galaxia—susurró sus palabras mientras dejaba un camino de besos húmedos y cálidos sobre mi cuello. Mis mejillas explotaron de calor, pero por mi vida que no pude encontrar manera de que las palabras salieran de mi boca. En algún punto esta demostración de afecto estaba mal vista. ¡Por los calvos de nuestro señor!, aun no nos habíamos casado pero aquí estábamos, en la intimidad de una de sus habitaciones, a punto de consumir una unión que no había sido bendecida por Dios y hablando de que proveníamos de otra galaxia.

Cosas de locos, por supuesto.

Cuando su dureza, caliente y viril, me apuntaló el vientre con fuerza me alejé de él. Por muy placenteros que fuesen sus besos, yo tenía que guardar la compostura. Además estaban todas las cosas que había dicho.

—Un momento... —respiré entrecortadamente mientras pasaba mis manos por mi rostro

—, dice usted, ¿qué somos alienígenas?

Era una idea ridícula. Absurda. Me dejé caer sobre la cama y guie mi rostro hacia abajo, porque a pesar de saber que era estúpido, una parte de mí... *le creía*. Y fue lo que más me asustó.

Negué cuando un agudo dolor de cabeza me sacudió. Acaricié mi frente tratando de aligerar la molestia pero este solo incrementó.

¿Era por aquel motivo el que su olor me resultaba tan familiar? ¿Era por ello que a veces podía sentir cuando dormía que viajaba a otro plano y veía gente que nunca había conocido o visto?

Desde que era una niña había tenido estas especies de alucinaciones *o sueños* donde me veía rodeada de un hermoso jardín. Pero en mis sueños estaba acompañada de Luisa. La mujer nunca me había dicho su nombre, por alguna extraña razón sabía que era Luisa.

Sí, así de loco eran mis sueños.

En otras ocasiones, me podía ver en compañía de un hombre que no era mi padre, pero que despertaba en mí el mismo amor que sentía por él.

—Sé que es mucho para procesar, pero ambos somos de un planeta que se llama Hyru...

—¿Hyru? —*¿Porque ese nombre me sonaba familiar?*

—Sí. —Se volvió a sentar a mi lado y me sentí agradecida cuando no trató de sostener mis manos. Estaba a segundo de esparcir mis jugos gástricos por todo el lugar—. Somos Hyhuanys. Una raza superior que vive a trecientos mil años luz de aquí. Y tú eres una Jeycka.

Me levanté sintiendo compungida. Todo me dio vuelta y cerré los ojos tratando de enfocar mi mente.

¿Hyru?

¿Hyhuanys?

Mi pecho se sintió pesado. Retazos de lo que supuse y era mi vida pasada inundaron mi

cabeza. Me sentí a punto de ahogarme mientras más imágenes pasaban con rapidez en mi cabeza.

¡Esto no podía ser verdad!

Un dolor intenso se abrió paso en mi pecho provocando que me doblara por la cintura y gimiera. El duque me tomó entre sus brazos justo en el momento en que mis piernas fallaron.

—Ven, tienes que recostarte —me colocó sobre la cama—. Necesitas beber esto para que los recuerdos no te lastimen.

Acercó una copa a mis labios y obedecí; bebí lentamente aquel líquido que tenía un sabor dulce. No tenía idea de que me había dado pero el dolor mitigó a los pocos minutos. Bebí un poco más deseando poder sentirme mejor.

—No-no lo enti-entiendo —me esforcé por decir y empecé a llorar. El dolor agónico de mi cabeza había cesado pero otro dolor aún más intenso se había despertado en mi pecho. Un dolor que ningún brebaje aliviaría—, quieres decir que —tuve un agobiante miedo de preguntar. Ahogué un sollozo pero tenía que saber. ¿Quién era el hombre que siempre aparecía en mis sueños? Las personas que me rodeaban—, ¿el duque de Beaufort no es mi padre?

Sus manos recubierta de algodón acariciaron suavemente mi rostro.

—No es tan fácil de explicar cómo parece. Pero si te sientes lo suficiente mejor, puedo contarte todo lo que ha pasado. Son muchas cosas, pero contestaré a tus preguntas...

Me arme de coraje. No me iba a ocultar de esto aunque pareciese una locura.

—Deseo saber. Cuénteme todo lo que ha pasado.

No había marcha atrás. El destino había sido sellado sobre nuestras cabezas. Solo que jamás imaginé que la verdad sería aún más dolorosa que vivir en la ignorancia.

Para cuando el duque, que ahora sabía y se llamaba Qryus y que también era mi hermanastro, terminó de narrar nuestra trágica historia de amor vomité a sus pies. Y un sentimiento diferente reemplazó al dolor; miedo.

Miedo hacia el hombre que nos había perseguido hasta aquí, la tierra.

Ryox.

Tanta guerra y odio. Las innumerables muerte de personas inocentes. Personas que solo quisieron ayudarnos.

Sabía que Ryox no se detendría ante nada para vengar su orgullo herido y aunque todavía mis recuerdos no se ponían al día, pude recordar fragmentos de mi pasada intimidad con Qryus. He ahí por qué su olor me era familiar y me tranquilizaba.

Aquel era su olor distintivo.

Un olor que había amado cuando vivíamos en Hyru. Un olor que ahora me reafirmaba que lo amaba. Que me recordaba a nuestro hogar.

Él era mi hogar.

Podía recordar sus grandes manos amasando mis pechos. Besando mi intimidad. Volverme loca de placer con su boca y dedos. *Dios*, y aunque su rostro era aún un poco borroso en mis recuerdos, lo poco que podía vislumbrar era que era mucho más que atractivo.

Era perfecto.

Las siguientes horas la pasamos enredados sobre la cama. El acariciaba mi cabello y susurraba cada pocos minutos lo mucho que me amaba. Me pidió que dejara de llamarlo mi excelencia o mi lord. Me confesó que de todas las épocas en las que habíamos vivido ésta era la que menos le gustaba. Tanto protocolo lo enfermaba. Por lo que me pidió que lo llamara Qryus. Y eso hice.

Ahora solo tocaba esperar con el corazón en la mano que Ryox se olvidara de mí. Y a pesar de que Qryus me prometió que estábamos a salvo en esta cabaña perdida en el bosque, los nervios no me abandonaron.

Según mi amante esta era mi octava reencarnación y en todas las anteriores Ryox nos había

encontrado y me había asesinado a sangre fría.

Solo esperaba que esta vez fuese distinto. No quería decirle adiós al amor de mi vida.

Los recuerdos de aquellas vidas que habíamos compartido aun rehuían de mí, pero sabía que pronto sería capaz de recordarlo todo.

—Tienes que descansar.

Asentí y cerré los ojos y me apreté más contra su cuerpo. Temerosa de perderlo.

—No tienes que temer. Te protegeré. —Besó con reverencia la coronilla de mi cabeza—. Esta vez tengo un plan que él jamás podrá desentrañar y al fin podremos vivir en paz. Lejos de aquí. En un lugar donde él jamás nos encontrará.

Y le creí.

Todo estaría bien.

Porque cuando estás tan enamorada como lo estaba yo, te engañas. Te mientes. Ignoras la pequeña voz que te susurra que talvez esa será la última vez que dormiría entre los brazos del hombre que amas. Y me llené de temor.

Pero asimismo, mientras la voz se hacía más difícil de ignorar, me hice una promesa: lucharía con todo. Y contra todo.

Esta vez le haría difícil el asesinarme. No sabía cómo lo lograría considerando que en esta reencarnación había nacido ciega, pero encontraría la manera.

Era hora de que yo también luchara por permanecer a lado de Qryus. Él había hecho tanto por mí, que la hora de demostrarle que lo amaba se avecinaba.

Podía sentirlo.



Qryus

Debí sentir cargo de conciencia pero no lo hice. Ella estaba destinada a mí y por eso le había contado todo. Sin reservas. Sin guardarme nada. Tenía que ver a Ryox por lo que realmente era. Un asesino a sangre fría.

Cuando se quedó dormida, miré hacia la madera y recordé que tenía que traerle más del brebaje que me había preparado aquel hechicero.

Era consciente de que el tiempo se nos estaba escurriendo de las manos, pero confiaba en la buena fortuna que hasta ahora me había sonreído para ser capaz de sacarla de aquí sin que nos descubrieran.

Mills, tenía que seguir bebiendo del rebaje para así eliminar su aura y sea incapaz de ser detectada por el maldito de Ryox. Sin mencionar las Qhymeras. O los Murdockhy.

Suavemente salí de la cama y la miré dormir un par de segundos más antes de salir de la habitación y cerrarla con llave.

Era por su bien.

—Eres un maldito. Engañando a esa pobre mujer —siseó el hechicero. La cadena que rodeaba su tobillo derecho y lo mantenía sujeto a la varilla de cobre tintineó. Sonreí.

—Necesito que prepares más del brebaje. Todavía su aura puede ser detectada.

—Cuando mi sobrina te encuentre os juro que lamentara haberme secuestrado y matado a su madre.

Dejé escapar una gran carcajada.

—De verdad piensas que ella podrá localizarme con sus maldita piedras mágicas y conjuros. En serio, no creerás que soy tan idiota, ¿verdad?

Boqueó un par de minutos. La confusión inundando sus rasgos.

Me abrí la camisa y le mostré mi mayor tesoro.

—¿Cómo diablos lo...?

—El cómo, no importa. —Abotoné mi camisa, ocultando de su incrédula mirada los tatuajes que me marcaban todo el pecho. Un pequeño sacrificio que había hecho con el fin de poder tocar a Mills sin provocarle un ataque o convulsión. No podía volver a arriesgarme. Además los tatuajes impedían que me pudiesen encontrar. Sin importar que método utilizaran. Yo era indetectable.

—Ella descubrirá la verdad. Verá el monstruo que eres y te matará.

Negué sintiéndome aburrido de esta conversación.

—Tienes hasta el medio día para preparar más brebaje, de lo contrario...

—¿De lo contrario qué...?

Me encogí de hombros.

—De lo contrario, tu pequeña hechicera, a esa que llamas sobrina, será atraída a una trampa.

Su cuerpo empezó a temblar, no sabía decir si de rabia o miedo. Pero no importaba. Me gustaba verlo afectado.

Le di la espalda con la intención de marcharme a mi habitación y disfrutar de un baño pero

sus siguientes palabras me detuvieron e hicieron apretar mis puños.

—Las *pedras de Zhilus* no mienten. Ella será tu perdición. Debes dejarla ir ahora antes de que sea demasiado tarde y *la bestia* te encuentre.

Me moví rápidamente y me detuve frente a él. Fue gracioso ver su rostro contraído de sorpresa.

—Ella es mía —arrastré las palabras, mis manos picaban por infringirle daño a su desgastado cuerpo. Aún lo necesitaba—. Y no la dejaré ir sin dar pelea. Y no solo eso, sino que seré la maldita prueba de que sus maldita piedras mienten.

Me desvanecí en el momento en que abrió su boca para hablar. Era arriesgado usar mis habilidades considerando que me habían aconsejado no usarlas para no afectar la eficacia de los tatuajes, pero valió la pena ver el miedo emerger en sus oscuras piscinas.

Yo ganaría.

Mills era mía.

Yo era suyo.

Y nuestra maldita historia de amor tendría por fin su final feliz. Y si no era así, me encargaría personalmente de que mi amada mujer ya no reencarnase más.

Si no podía ser mía en esta tierra, tampoco sería de ese maldito.

Era una promesa.

*Ryox*

Lyrs está estable —asentí. Llevé el vaso de cristal lleno de vino a mis labios y le di la bienvenida al amargo sabor.

—Ella es fuerte. —Sonreí con orgullo—. Se necesita más que algunos disparos y cortadas para derribarla. La mejor maldita Murdockhy que he creado.

Benjamín asintió.

—Lamento insistir, pero has pensado sobre reunirte con Mabel. ¿Realmente vas a dejar pasar la oportunidad de recuperar a Mills?

Lo miré fijamente.

—Creo que estoy siendo generoso al dejarla esconderse en la mansión.

—Tienes razón, y no sabes lo agradecido que estoy de ello —suspiró y se levantó del sillón—, pero creo que sería bueno de que hablaras con ella. El maldito de Qryus asesinó a su madre. Luego de usarla. Simplemente le arrebató la vida. Mabel es tu mejor ventaja sobre ese hijo de puta.

Había pasado veinticuatro horas desde que tenía como una no-invitada a aquella hechicera y aunque esas personas no eran de mi agrado, lo había hecho principalmente porque vi cuán importante era para mi fiel amigo.

—Ella quiere asesinar a Qryus, y creo que puedes entender por qué no me siento cómodo con esa idea.

Asintió y deambuló hacia su bolso de cuero que reposaba en la mesa del centro. Lo abrió y sacó una piedras; puse los ojos en blanco. Podría jurar que las malditas *piedras de Zhilus* me perseguían a donde quiera que iba.

—¿No me digas que ahora crees en ellas? —pregunté sin intentar ocultar mi humor y lo ridículo que encontraba la idea de que aquellas piedras pudieran predecir el futuro.

—Nosotros tenemos a los Vuarys. Los terrícolas tienen a las *piedras de Zhilus* y una que otra vidente o hada. Por lo que creo yo, que deberíamos darle una oportunidad.

—Esas malditas piedras no me ayudaran a recuperar a Mills, ni a acabar con el engendro ese.

—Ah, pero yo pienso que sí. —Las colocó sobre la mesa formando una estrella y colocó una última piedra en el centro de la misma. —Mabel me mostró lo que predijeron las *piedras de Zhilus* y yo... Bueno —se rascó la cabeza—, no veo la conexión de una cosa con otra, pero puede que tú si le encuentres sentidos.

Enarqué una mirada y pensé sobre su ofrecimiento. Una remota posibilidad surgió: ¿sería posible que la respuesta a cómo destruir a Qryus estaban en estas piedras? Sin duda, valía la pena el costo. Estaba listo para renunciar a mi venganza con tal de descubrir cómo acabar con esa escoria y recuperar a Mills.

Luego de unos minutos donde Benjamín sostuvo el aliento porque al parecer las piedras no funcionaban con él, pedí:

—Llévame con ella.

Mi mejor amigo sonrió satisfecho. De verdad amaba a esa humana.

—Pero os juro que si ella miente...—nuestros ojos se encontraron—, bueno, ya sabes lo

que le he hecho a los de su tipo. Y por mucho que te guste para algo más que follar, yo no le mostraré piedad.

Benjamín tragó audiblemente y asintió. Él más que nadie sabía que siempre cumplía con mis promesas.

*Lady Katherine*

Estaba corriendo bajo la lluvia. Mis piernas dolían por el esfuerzo de correr entre el lodo. Miré hacia abajo y vi que el vestido que cubría mi cuerpo era muy diferente al que usábamos normalmente las mujeres en Londres. Me sorprendí al ver que mi cabello estaba suelto y era de color oscuro.

Esto era un recuerdo. No había duda. Pero a cuál de mis vidas pasadas pertenecía. Tristemente no sabía con exactitud.

El material se sentía como algodón contra mi piel y era tan sobrecogedor mirar a mi alrededor y poder apreciar las formas y colores que me rodeaban. Podía ver. Y ahora recordaba cómo lucía un bosque.

—¡Zora!

Me giré hacia donde provenía la voz. Mi pecho trastabilló, y aunque su voz sonaba diferente en este recuerdo, supe de inmediato que el hombre que corría a toda velocidad hacia mí era el hombre que amaba.

Qryus.

El alivio arropó mi tembloroso cuerpo.

Me sorprendí ver que Qryus era muy atractivo. Su cabello era oscuro y tenía la piel bronceada. Sus ojos eran preciosos y dorados como el sol. Y esos labios... ¡Dios!, eran

simplemente exquisitos. Me dejó sin respiración. Pero mi emoción duró poco cuando vi que estaba cubierto de sangre. Me horroricé al verlo en ese estado y me acerqué hacia su cuerpo. Tratando de aliviar en algo su dolor. Su pecho, cubierto parcialmente de sangre, subía y caía con fuerza. Había más sangre manchando sus pectorales y antebrazos.

—Sigue corriendo, por favor —sujetó mi mano y fui invadida inmediatamente por su peculiar aroma. Era él. No había duda. Me concentré en sus carnosos labios—. Vamos. No te detengas. Él ya está aquí. Nos ha encontrado.

No necesité más incentivo y corrí con todas mis fuerzas. Cogida de su enorme mano. Su fría sangre cubrió mi mano pero no me importó. Solo quería que este recuerdo terminara bien.

Por favor, Dios, que no sea el recuerdo de mi muerte... Una gran explosión a nuestras espaldas nos hizo volar y aterrizar con un duro golpe contra el lodo que cubría cada centímetro de este lugar.

Mis oídos pitaron dolorosamente y me giré tratando de calma el dolor que se había embargado mi cuerpo. Cuando mi visión se aclaró lo suficiente vi que un hombre alto emergió de entre los enormes árboles que nos rodeaba.

Ryox.

No tenían que presentármelo para saber que era él. Tenía una mirada siniestra en su rostro. También era atractivo, con su cabello rubio y ojos azules, pero no podía jamás comparársele a mi hermoso Qryus.

—¡Zora! ¡Zora! ¡Corre y no mires atrás! Yo trataré de...

Un grito rasgó mi garganta cuando unas criaturas horribles, que sin duda acompañaban a Ryox, se lanzaron hacia él.

Me levanté sobresaltada y cubierta de sudor.

—¡¿Qryus?! ¡¿Qryus?! —lo llamé desesperada, deseando tocarlo. Necesitando sentirle

entre mis brazos.

—Shhh... estoy aquí. Estoy aquí, Mills —me relajé cuando sus cálidas manos acunaron mi rostro. Suspiré cautivada cuando sus labios rozaron los míos.

—Creo que recordé algo. Yo... Tú...

Su cuerpo se puso rígido, pero preguntó:

—¿Es eso cierto?

Asentí y busqué su boca. Necesitaba probar su calidez para tranquilizar mi corazón.

Sus manos ahuecaron mis mejillas y conectó su boca con la mía. Me subí a su regazo. Quería arrancarme el vestido. Necesitaba sentir su suave piel contra la mía.

—Estábamos corriendo bajo una intensa lluvia —dije cuando me alejé para respirar.

—¿Qué más?

—Él nos había encontrado y creo, creo que tratábamos de huir... —me estremecí—, pero tú...

—Está bien. No continúes —su mano sujetó mi cuello. Luego deambuló hacia mi cabello y lo tomó con fuerza; gemí—No digas más. Sé a qué día te refieres.

—Él me...

—Me temo que sí, mi amada Mills. Me temo que sí.

Mi corazón se hundió y mis manos se aferraron a sus hombros. Busqué con desenfreno su boca y susurré/supliqué:

—Hazme el amor —Un gemido reverberó en su pecho—. Quiero que reemplaces los malos sentimientos que me provocó aquel mal recuerdo con las emociones que sé que eres capaz de hacerme sentir.

Sus manos tiraron de la costura superior de mi vestido, destrozándolo en el acto. Un

pequeño grito abandonó mi garganta cuando la fría y empapada sabana tocó mi piel desnuda.

Estaba ansiosa por experimentar la pasión que rondaba mi cabeza. Pasión que me había enamorado.

—Eres perfecta.

—Tú también.

Sonrió contra la piel de mi pecho antes de tomar entre sus labios uno de mis pezones y chuparlo con fuerza. Gemí y dejé caer mi cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

¡Dios, todo poderoso!

Por los siguientes minutos se dedicó a atormentar mis pezones. Despertando una ola creciente de emoción que electrificó mi cuerpo. Me sentí lista para volar. Para abrir mis brazos y caer hacia el paraíso placentero que me provocaba su boca.

—Necesito sentir tus paredes abrazar mi polla —se alejó lo suficiente, el silbido suave de su ropa fue mi única advertencia antes de sentir su circunferencia empujar contra mi tierna carne.

—*Qryus*... —supliqué, cuando la presión que ejerció contra mi pequeña entrada empezó a ser dolorosa.

—Relájate, Mills... —pidió con los dientes apretados—. Piensa en lo delicioso que se sentirá cuando reclame al fin tu cuerpo. Tu alma. Te aseguro que una vez hecho esto, él jamás podrá separarnos. Te lo prometo.

Me obligué a relajarme. Su gruesa longitud entró de golpe y me tensé mientras liberaba un agudo chillido. Su boca de inmediato acalló el sonido, sus caderas no perdieron tiempo esperando a que me ajustara a su grosor sino que empujó con más fuerza.

—Sabía que sería así... Hermoso y perfecto.

Mis gritos fueron ahogados una vez más por su poderosa boca. Luego de un par de empujes más mis paredes se habían dilatado lo suficiente para que solo sintiera un pequeño pinchazo cada

vez que su dureza se clavaba sin piedad en mi interior. Pinchazos que a los pocos segundos se volvieron placenteros.

Mi piel se calentó, mientras el manojo de nervios que golpeaba y rozaba Qryus con sus dedos expertos, me llevaban cautiva a un lugar que pensé que jamás podría visitar otra vez.

Fue exquisito.

Fue hermoso.

Toqué las estrellas del firmamento y quise quedarme a vivir allí. Pero, entonces, a pesar de todo eso... *¿por qué cuando todo terminó se sintió muy diferente a como en mis recuerdos?*



Lady Katherine

Una fría y pequeña mano acarició mi mejilla y me levanté llena de pánico.

—¿Quién...?

—Le ruego mi señora que no grite... —conocía esa voz.

—¿Daria? —pregunté con incredulidad.

—Mi lady, tiene que beber esto —dijo, impaciente, mientras acercaba un recipiente frío a mis labios. Giré de inmediato la cabeza y negué.

—¿Por qué debo...?

—Por favor mi lady, es por su bien... —no me pasó desapercibida la urgencia en su voz—. Hay tanto que explicar pero me temo que el tiempo no está de nuestro lado —dicho eso, giró suavemente mi cabeza y acercó el pequeño cuenco en mi boca—Beba. Beba todo el líquido si quiere saber la verdad. Y solamente la verdad.

Y entonces recordé mi sueño y bebí.

Era amargo y olía nauseabundo, pero quería recordar. Quería saberlo todo. Quería recuperar mi vida porque quizás así pudiera encontrar una manera de asesinar a Ryox y salvarnos de una muerte segura.

—Debo irme, pero no se resista a los recuerdos, mi lady. Dolerán al principio, pero

acéptelos. Dele la bienvenida y el dolor será recompensado con libertad.

—¿Te vas?

—Me temo que sí. Si *él* me encuentra aquí, me matará.

—¿Quién? ¿Quién te va a matar?... —Un ardor se formó en mis ojos—Yo, yo no entiendo nada. Los cerré tratando de aliviar la molestia y me esforcé porque mi voz saliera normal. Me acerqué un poco hacia ella, pero Daria se levantó de la cama y se alejó de mí—. Por favor no te vayas, Qryus dijo...

Ignoró mis palabras y dijo en su lugar:

—Solo la verdad —caí sobre mis rodillas, la voz de Daria volviéndose cada vez más lejana—, *os hará libre de toda oscuridad.*

—¡Dios...! —llevé mis temblorosas mano a la cabeza cuando el agudo dolor que crepitó la primera vez y que provocó que me desmayase se disparó enfurecido en mi cabeza. Empecé a ver luces blancas en la oscuridad de la que era víctima a causa de Ryox.

Eran demasiadas luces blancas.

Me hice un ovillo sobre la madera y lloré. El dolor se hizo insoportable y las ganas súbitas de vomitar atormentó mi garganta.

—¿Mills?

Pude oír a Qryus llamándome a la distancia. El miedo y el desconcierto acobijando su voz. Yo quería hablarle, explicarle que Daria me había dado de beber algo para recordar, pero mi voz no salió.

—*¿Me escuchas?!*

Abrí la boca, o al menos, creo que lo hice, pero fallé otra vez en mi intento de hablar. Cerré los ojos cuando todo empezó a girar, como si aquello sirviera para algo. Una serie de imágenes comenzaron a formar un mosaico intermitente.

Y aunque me hubiese gustado haber estado mejor preparada para descubrir la verdad, el momento simplemente fue... el correcto.

Devastadoramente el correcto aunque algo tarde.



Hace millones de años atrás.

Hyru

Galaxia Driuxz.

300 000 años luz de distancia de la tierra.

Mills

La fiesta por el cumpleaños de mi padre no podría ser más aburrida aunque se lo propusieran. Me esforcé por ser discreta y educada pero ya había terminado con eso de fingir ser como todos los que me rodeaban; podía quemarse entero el consejo, para lo que me importaba.

Me di vuelta, recogí la larga cola de mi vestido azul, y desaparecí por el amplio pasillo. El único acceso hacia el interior de la casa. Subí los tres tramos que conducían hacia mi habitación y mis hombros se relajaron cuando visualicé mi puerta. Estando a casi dos metros de llegar a mi feliz destino me llevé el susto de mi vida: Lyrs, mi Murdockhy, se materializó frente a mí y preguntó con retintín:

—¿Vuestro padre sabe que abandona la fiesta, ama?

—Por todos los soles de Hyru, casi me matas de un susto —llevé mi mano derecha a mi pecho y me alejé varios pasos de ella mientras trataba de controlar mi respiración. Si sufriese alguna complicación cardíaca su inesperada aparición hubiese acabado conmigo.

—Lo siento —desvió la mirada avergonzada. Su largo y abundante cabello blanco

recogido en un elegante moño alto afilaba sus rasgos. El traje negro de combate, que se ajustaba a la perfección a su curvilíneo cuerpo y que usaban todos los de su especie, estaba impecable. Su rostro limpio de cualquier pintura o maquillaje reafirmaban su apariencia de una frágil jovencita de quince años.

Lyrs era hermosa.

Eran esos momentos en que me costaba trabajo asimilar que pese a su dócil y angelical figura e imagen se escondía un infierno capaz de reducir a cenizas no solo esta fortaleza, sino el planeta entero.

Me preguntaba constantemente si los Murdockhys eran conscientes del aterrador caos que eran capaz de generar. Esperaba nunca saber lo que era enfrentarse a una rebelión de su especie. Porque francamente estaríamos jodidos.

—Lo sé—me relajé cuando noté que se sentía realmente terrible por mi sobresalto. No era culpa de ella que su naturaleza fuera brusca—. Y contestando a vuestra pregunta, él sabrá adonde encontrarme. Claro, en caso de requerirme pero, cómo sé que no será así...—solté un fingido bostezo—. En todo caso, me duelen los pies y solo quiero recostarme. Estoy segura que mi padre lo comprenderá.

Asintió cómo si realmente comprendiera a qué me refería, aunque sabía que no era así; los Murdockhys, además de ser nuestra máxima máquina de defensa y ataque, también fueron alterados genéticamente para jamás sentir fatiga, hambre o sueño. No comprendían de emociones. De apegos o sensaciones.

Eran máquinas para asesinar.

Sin remordimientos o consciencia.

Eran despiadados e incluso se podría decir que hasta disfrutaban en despedazar a sus presas. Amaban la guerra. El caos. Los gritos y el dolor. Pero Lyrs, ella era diferente. Lo podía sentir en mi cuerpo. En la manera en la que miraba o se expresaba. Era cierto que quizás estaba

lejos de comprender a la perfección sobre nuestras interacciones y el verdadero peso de las relaciones o el amor; sin embargo, ella se encontraba peligrosamente cerca de abrir un gran misterio: «Los Murdockhys podían empatizar. Y Lyrs era la prueba fehaciente de ello. Como lo fue la madre de Ryox. Y eso me recuerda...

—Buenas noches, Lyrs.

—Buenas noches, ama.

Tomé su mano y le di un amistoso y fuerte apretón antes de desaparecer dentro de la oscura habitación; mañana la vería en el mismo lugar donde la dejé. Lyrs era más que mi protectora, ella era mi única y mejor amiga.

Me desvestí en silencio. Cuando quedé completamente desnuda y me dispuse a dirigirme hacia el cuarto de baño una fuertes manos rodearon mi cintura, intenté gritar pero una tosca mano abandonó mi cintura y cubrió mi boca, sentí pánico por unos segundos hasta que el intenso olor a sol y lluvia inundó mis fosas nasales.

—Te extraña, Mills... —mi asaltante arrastró pesadamente las palabras. Mi cuerpo se sacudió de anticipación y deseo. Mis pezones se levantaron suplicando atención y mi centro se humedeció exigiendo que sea llenado. Había pasado ya varios días y lo echaba en falta.

Inspiré profundamente, deseando que aquel exquisito olor quedara impregnado para siempre en mis pulmones; restregué descaradamente el trasero contra el bulto que me apuntaba con intención.

Podía oler mi necesidad en el aire. La misma que se había fusionado con su distintivo olor.

—Ha sido mucho tiempo, mi niña, que yo de ti no haría eso —gruñó contra la concha de mi oreja.

Liberó mi boca y me giró bruscamente para a continuación levantarme en un fluido movimiento, colocar mis piernas alrededor de su cintura y empotrarme contra la puerta del cuarto

del baño. Mi espalda iba a necesitar un duro soporte y la puerta tendría que servir.

—Ryox... —gemí cuando nuestros ojos se encontraron. Mi corazón danzó cuando sus hermosos ojos, tan intensos como el sol, me sonrieron. Sus labios levemente se levantaron en las esquinas pero no duró lo suficiente, pero aun así mi alma tembló.

Ryox era un hombre que sonreía con la mirada. Sus labios pocas veces podían transmitir la felicidad que sentía aunque eran terriblemente eróticos.

Si querías conocerlo, tenías que mirar fijamente sus intensos ojos de color dorado. Pues ellos no mentían. Y en estos momentos me decían de la manera más ruidosa y chispeante lo feliz que estaba de verme y sostenerme. De besarme y tomarme.

—Necesito estar dentro de ti, o creo que moriré... —rogó mientras equilibraba mi peso para liberar su caliente longitud.

—¿A qué espera, capitán Ryox...? —mi voz se entrecortó cuando de un vigoroso empuje se abrió paso dentro de mis confines.

Cerré los ojos consumida de amor, pasión y deseo. Quise saborear este momento. Saborearlo a él. A su fuerza. A esa intensidad de la que me había vuelto adicta y de la que no me quería curar.

—Te extrañe malditamente demasiado, Mills. Lo juro —gruñó contra mi cuello mientras sus caderas se volvían enérgicas. No hace falta decirnos que le creía. Su cuerpo testificaba de lo cierto que eran sus palabras.

Y yo jamás podría tener dudas.

Aunque, no me engañaba, sabía que las *Exferys* (mujeres creadas específicamente para tener sexo con los Ghallyards), viajaban con ellos a todas las misiones, estaban más que dispuesta a satisfacer las necesidades de mi amante.

Para el consejo supremo, el sexo era vital. Sobrepasaba a una necesidad. Era un medio

para reafirmar la fuerza y centrar las mentes de nuestros soldados. Y sus guerreros más feroces merecían solo lo mejor y para ello fueron creadas las *Exferys*; única y exclusivamente para ello. Y Ryox, como capitán de los Ghallyards, no solo podía disponer de una, sino de varias. Incluso al mismo tiempo. Conocía y aborrecía su reputación, pues antes de mí, había estado con varias de ella.

—Tu cuerpo me canta, Mills. ¿Lo escuchas? —gemí perdida en las emociones que acechaban de cerca mi mente y en la idea de que solo yo era la afortunada de besar y tocar su cuerpo. Su alma—. Me pide que lo libere. Lo posea. *Lo ame*. ¿Quieres eso, mi niña?

Clavé mis uñas en la piel desnuda de sus hombros y Ryox siseó de dolor.

—¡Sí! ¡Sí!—canté mientras le ofrecía mis pesados pechos para que me diera placer. Ryox no dudó en satisfacer mi necesidad. Su caliente boca se aferró a mi pezón y succionó con fuerza haciéndome ver estrellas y sentir que mi centro de apretaba con cada sacudida de placer que recorría mi cuerpo.

EL clímax que asaltó mi cuerpo y mente fue fuerte, memorable y arrollador. Bastó solo unos pocos segundos después para que él me siguiera por ese precioso camino donde las emociones se enlazaban con las sensaciones y tu orientación se hacía pedazos.

Sus caderas se movieron implacablemente mientras alcanzaba la cúspide.

Amaba a Ryox.

Y mientras yacía ahí, entre sus brazos, rodeada de ese olor a lluvia, sol y madera recién quemada que desprendía su piel, supe que él siempre, y para toda la vida, sería mi hogar.

El único lugar al que siempre pertenecería.

No contemplamos por varios segundos en silencio. No podía creer que este hermoso hombre, tan fuerte, valiente y leal fuera todo mío.

—Tenemos que... —empecé a decir mientras desenvolvía mis piernas de su cintura pero

un ruido desde la izquierda de mi oscura habitación interrumpió mis palabras.

Alguien se encontraba oculto en mi balcón.

Ryox no dudó en correr hacia esa dirección para ver que originó el ruido. Podría tratarse de una amenaza. Pero solo encontró la puerta del balcón entreabierta y la larga y pesada cortina bailando con el viento.

Me relajé, tal vez solo se trataba del viento haciendo de las suyas...

Cuando abrí los ojos pude ver. Mi corazón se llenó de emoción y fue difícil contener el llanto. Sea lo que sea que me había dado Daria me había devuelto la vista.

Recé para estar equivocada.

No podía ser cierto.

Sintiendo mi cuerpo temblar por la realización de lo que había hecho, giré suavemente mi rostro y encaré al apuesto hombre que dormía a mi lado y horribles lágrimas saltaron a mis ojos.

¡No!

¡No!

¡NO! ¡NO! ¡NO!

Los dolorosos recuerdos se aglomeraron en mi cabeza. Exigiendo salir y manifestarse. Gritando por ser devueltos al lugar que pertenecían: mi memoria.

Ahogué un gemido cuando los recuerdos se ponían al día. *Qryus*... él... negué con la cabeza. Tragué dolorosamente y traté de levantarme lo más silencioso posible. Tenía que encontrar a Daria y huir de este lugar.

Tenía que encontrar a Ryox.

Me sentí tan culpable: ¡Dios, había tenido hace pocas horas sexo con mi hermanastro!

¡Mi hermanastro!

El mismo hermanastro que ahora se hacía pasar por el duque de Rothsay y que había cambiado la historia.

Que me había mentido.

Manipulado.

Engañado.

Me sentí sucia y desgastada. Estúpida y extremadamente dolida.

Y con cada paso que di para alejarme de él, podía recordar más cosas. Las cosas terribles que había hecho en nuestro planeta. A este planeta. Como me había drogado para poder sacarme de Hyru. No hubo dudas, Qryus estaba enfermo pero tristemente él no lo reconocía.

Su cabeza trastornada por los celos inventó un relación sentimental que jamás existió, ni existiría. Ni en Hyru. Y mucho menos aquí en la tierra.

Recordé lo que sentí cuando abrí los ojos y entendí lo que había hecho. Lo que me había hecho. A donde nos había traído. Le grité que estaba loco. Demente. Luego le recordé que éramos hermanos. Le supliqué que volviésemos a Hyru. Incluso le aseguré que nuestro padre nos ayudaría, lo que era una total mentira a él le esperaba la ley capital, porque no solo me había secuestrado sino que había traído Qhymeras sin el permiso del consejo. Poniendo en riesgo este planeta. Pero no me escuchó y me encerró en una cueva para tiempo después matarme frente a los ojos de Ryox cuando este llegó por primera vez a la tierra.

Luego resucité, pero estaba vez Ryox me encontró antes que Qryus. Jamás me había sentido tan feliz de ver su rostro como aquella vez después de pensar que jamás lo volvería a ver. Pero sin importar hacia donde huyésemos, Qryus siempre me hallaba y me asesinada. Y el ciclo se volvía a repetir. Resucitaba, escapábamos, Qryus me encontraba y me asesinaba.

Sin pena.

Sin remordimiento.

Pero esta vez algo cambió e hizo todo diferente. Pero, *¿por qué?* ¿Acaso se había cansado de perseguirme? Y si ese era el caso, ¿Qué significaba eso para Ryox y yo...?

Sentí el doloroso agujón atravesar mi vientre y llevé mi temblorosa mano hacia ese lugar, pero ya sabía yo que no había nada, aunque el dolor se sintió igual de desgarrador. No solo porque me había encontrado si no por lo que su herida nos había arrebatado a Ryox y a mí.

Qryus era un hombre malvado y cruel que me había hecho el amor como si le perteneciese. Y yo jamás lo haría.

Jamás.

Me sentí agradecida cuando encontré la puerta entreabierta. Posiblemente olvidó de cerrarla por completo cuando entró a la habitación y me encontró postrada en el piso.

Caminé silenciosamente por la pequeña cabaña haciendo una rápida búsqueda de Daria pero no la hallé por ningún lado; lo sentía mucho por ella, pero tenía que ir en busca de Ryox.

Necesitaba verlo una última vez. Tocarlo y ver su hermoso rostro.

Porque sabía que nada detendría a Qryus de asesinarme y esta vez sería diferente. Lo podía sentir en mi piel.

Al menos y podría irme de este mundo sabiendo que él se encontraba a salvo y sí, egoístamente también quería besar por última vez sus labios. Acariciar su piel e impregnarme de su olor. Aborrecí la idea de que fuese el sabor de mi hermanastro mi último recuerdo.

Salí torpemente de la casa. Escuché un ruido en la cocina pero no me detuve a ver que era; tenía que huir. Necesitaba llegar a Ryox.

Tenía que decirle que lo amaba.

Que siempre sería mi hogar.

Cual fuese el hechizo que había utilizado Qryus para nublar mi mente, este se encontraba

roto. Desecho. Empecé a llorar desconsoladamente mientras tropezaba con la maleza y las ramas caídas que cubrían el camino por el espeso bosque. Me dolía el corazón al pensar en lo estúpida que había sido.

Me había robado.

Y yo le había pagado... Mejor dicho, le había agradecido acostándome con él. Dejando que manchara mi piel que solo le pertenecía a un hombre.

Ryox.

Me dejé caer sobre el musgo que cubría gran parte del suelo del bosque y vomité violentamente.

Tenía que encontrar la manera de matarlo, maldita sea.

*Ryox*

Me senté frente a la hechicera. Mi mente limpia de cualquier pensamiento. Sabía que aquellos que tenían un tatuaje en forma de arco en el lado derecho de su cuello eran capaces de leer la mente; y ella lo tenía. Escondido bajo la capucha que cubría su cabeza, pero definitivamente lo tenía.

—Quiero que me dé su palabra, de que seré yo, y solamente yo, quien asesine al maldito ese.

Era diminuta, pero no me dejaba engañar por su frágil apariencia. Entre más inofensivos se veían los hechiceros, eran terriblemente peligrosos. Su cabello era de color verde neón que se veía horrible contra su túnica de color blanco.

La moda no se aplicaba para estas personas.

La pequeña mujer tenía agallas, se lo concedía; entendí porque le gustaba tanto a Benjamín.

Sus labios pintados de rojo, aunque no me sorprendería saber que sea sangre humana, se crisparon en las esquinas, sonriendo con malicia; me había leído la mente.

—No sé si eres consciente, pero Qryus es buscado por todas las galaxias por múltiples delitos que ha cometido a lo largo de los años. Sin contar, que en este planeta, agotó su cuota de piedad. —La miré atentamente—. Por lo que siento decirte que hasta que no me explique cómo es

que exactamente puede ayudarme a recuperar a mi mujer, ciertamente no va a obtener mi palabra.

—Mills, es una Vuary.

No me inmuté. Aquella era una información que la manejaban gran parte de los seres mágicos que caminaban en este mundo.

—Pero lo que usted ignora, capitán Ryox, es que Qryus, fugitivo de Hyru y con más de trecientos cargos en su contra por asesinato, extorsión, secuestro y robo, es el menor de vuestros problemas. La voz se ha corrido. *Todos* ya saben quién es Mills. O mejor dicho, de lo que ella es capaz de hacer. Y la quieren. La desean. Y están más que dispuestos a arrasar con todo a su paso con tal de poseerla.

Apreté los dientes, mis peores temores haciéndose realidad. Sabía que era solo cuestión de tiempo para que las criaturas más grotescas desearan los dones de Mills.

Ella tenía todos los poderes de los Vuarys. Para nuestra tragedia, ella no solo podía ver el futuro. Podía sanar y proteger. *Maldición*. Ella podía ser usada para tantas cosas.

Cosas buenas.

Cosas malas.

Y era mi deber protegerla. Siempre.

Metió su mano dentro de una bolsa similar a la que tenía Benjamín y extrajo un pequeño libro. Mi cuerpo se convirtió en un bloque de cemento cuando vi lo que era.

Maldita sea.

—Así que sí sabe que es esto —colocó el libro en medio de la mesa como si se tratara de un puto florero—. Perfecto. Eso nos ahorrara la parte traumática e incrédula.

—Deja de leer mi maldita mente —especté, fulminándola con la mirada.

Sonrió. *Malditamente sonrió*. Si no me decía pronto cómo es que con ese infeliz libro de los espíritus podía ayudarme a salvar a Mills, iba a clavar una gruesa y filosa estaca en su pecho.

Al igual que los vampiros, los hechiceros, hadas y brujas también podían ser exterminados clavándoles una estaca en el pecho. Siempre podías contarles la cabeza. Pero había algo placentero en asesinarlos mirándolos a los ojos hasta que se convertían en polvo.

—Creí que había sido destruido.

—No. Eso es solo algo que se les hace creer a las personas, monstruos o *bestias* —no me perdí la astuta referencia—, para disuadirlos de buscarlo y robarlo. Existen solo dos copias distribuidas por todo el mundo. Y *este*, es el libro original. —No perdió tiempo y explicó—. Como sabe, el *Batzchalat*, o como mejor se lo conoce *El libro de la ley de los espíritus*, es muy antiguo y peligroso. En cuyas páginas se encuentra grabados muchos rituales, hechizos, historias, maldiciones y pócimas que pueden ser usados para lo que sea. Y cuando digo lo que sea, me refiero a todo lo que su mente evolucionada puede imaginar. Y estoy dispuesta a intercambiárselo... por Qryus.

Mi piel se cubrió de una fina capa de sudor, pero me esforcé por mantener mi mente libre de pensamientos.

—Está diciendo —arranqué la mirada del pequeño libro frente a mí y la enfrenté—, que este *libro* es mi única oportunidad para recuperar intacta a mi mujer.

Asintió, pero no ofreció nada más. Esperando que muerda el anzuelo. Me levanté de la mesa y le di la espalda. Pude sentir la mirada intensa de Benjamín, pero me mantuve en silencio considerando mis opciones...

—Realmente no tiene más opciones.

—Si vuelve a leerme la mente, juro que la asesinaré —miré sobre mi hombro y me encontré con la mirada de Benjamín. Sin titubear, mi mejor amigo se acercó a ella y colocó una mano sobre su hombro. Pidiéndole sin palabras que no me provocara.

—No le tengo miedo... —se levantó bruscamente, haciendo que la silla cayera tras de ella.

—Pues debería.

Me di la vuelta y di tres pasos amenazadores. En lugar de retroceder, como supuse que haría, levantó la barbilla. Quise reír cuando Benjamín, que no daba crédito a lo que veía, trató de protegerla con su cuerpo pero ella lo esquivó y en todo caso, caminó dos pasos al frente para encontrarse conmigo.

«Tienes mucho trabajo por delante mi obstinado e ingenuo amigo».

—He asesinado a muchos de tu especie...

—Sí, lo sé —se encogió de hombros—. Pero también sé, que ha asesinado a sangre fría solo a los traidores —La capucha descubrió su cabeza pero no se molestó en volverse a cubrir. Su cabello verde me saludó—. Usted, Capitán Ryox de Hyru, duque de Rothsay aquí en la tierra, asesinó a aquellos que ayudaron a arrebatarse a su mujer. Que pusieron precio a sus dones y vendieron su alma a Qryus. Ellos merecían morir. Traicionaron nuestros votos. Nuestras leyes.

La miré con fijeza.

—También sé, que usted es un buen hombre. Y qué lo único que desea es poder liberar a Mills de la maldición que la mantiene atada a Qryus. Maldición que se hará solo más fuerte y difícil de liberar con otra reencarnación. Pero tiene que entender, que la única manera en qué podrá recuperar el alma de Mills es permitiendo que yo le ayude. Solo yo sé cuál es el ritual que usó Qryus para sellar sus recuerdos y así poder utilizar otras armas de persuasión para que creyese que es usted a quién debería tener miedo.

—Cómo sabe todo eso... —ni siquiera yo sabía con certeza que partes de su alma habían sido afectadas con el ritual que utilizó la última vez que Mills estuvo en su poder. Presentía que era uno poderoso. Pero ninguno de los hechiceros que capturé y torturé pudieron despejar mis dudas. O calmar mis temores.

Incluso, Qryus había sido prudente y asesinó sin piedad a la hechicera que le había ayudado a crear tal ritual. Ahora sabía que esa hechicera había sido la madre de Mabel.

Después de todo este tiempo me avergonzaba admitir que solo tenía conjeturas y suposiciones que no ayudan a mantener mi mente alejada de los peores escenarios.

En las reencarnaciones previas, yo siempre había tenido la fortuna de encontrarla primero. Y nos reconoceríamos. Porque su alma y mente estaban intactas. Nuestra conexión era fuerte aunque viviésemos en continentes diferentes. Una vez esclarecida la situación la traía a esta mansión que había pertenecido a la familia Douglas por generaciones y que amablemente me la habían otorgado como regalo luego de que los defendiera de los constantes ataques propiciado por los Vikingos.

Fue en ese entonces cuando me transformé en un licántropo que ellos descubrieron que yo provenía de otra galaxia. La familia Douglas creía mucho en la mitología griega y nórdica. Está demás decir, que adoraban a los seres místicos, por lo que consideraban un gran honor servirme. Tiempo después me confirieron el título que necesitaba para que nadie sospechara de mis orígenes, en cambio yo, juré proteger su legado. Para siempre.

—Si cree que es malo que esta vez a parte de no recordar nada, ella haya nacido ciega, solo imagina de lo que el maldito *ritual*, que le costó la vida a mi madre, será capaz de hacerle para que en la próxima reencarnación no tenga oportunidad de recuperar su memoria. Ni siquiera *este* libro podrá ayudarte. Eso te lo aseguro.

Mi pecho se sintió pesado. Había sido un golpe duro y catastrófico cuando descubrí que Mills había reencarnado y era invidente. Toda la alegría que sentí al saber que ya estaba caminando otra vez entre los vivos fue empañada cuando Lyrs me había confirmado que ella no tenía memoria.

Ni siquiera sabía quién era realmente Luisa.

El maldito de Qryus había tomado ventaja confinando los recuerdos de Mills en alguna parte de su cabeza. Su mente era un hermoso lienzo en blanco. Solo conocía lo que había vivido en esta vida. No solo no me recordaba sino que ni siquiera sabía de Hyru. De todo lo que

habíamos vivido.

De nuestro amor. De todas las cosas atroces que había hecho su hermanastro.

Pero tenía que hacer algo. Era cuestión de tiempo para que Qryus apareciera, de donde sea que se escondía, y la reclamara. El maldito bastardo no podía permanecer lejos de mi mujer.

Me acerqué a su padre, Vladimir III, duque de Beaufort, y le conté la historia. Le mostré las heridas que estropeaban mi piel. Heridas que había recibido por proteger a mi mujer. Mujer que ahora había reencarnado y era su preciosa hija. Y a pesar de todo ello, solo me creyó cuando me convertí en hombre lobo frente a sus ojos.

El pobre hombre se había desmayado, por ese entonces Mills tenía apenas cinco años.

Cuando despertó el duque recordó todas las veces que su pequeña e hija le había advertido de que iba a llover a pesar de ser un día soleado. Ella nunca se equivocó. Pocas horas después de su extraña premonición el cielo bramaba furioso y una tormenta abatía a Londres sin clemencia. Exactamente como ella lo había dicho.

En su ignorancia, lo había atribuido a su ceguera. Creyendo que su olfato estaba muy desarrollado, aunque nunca lo creyó del todo. Pero después de mi explicación, pudo ver que era más que eso. Que siempre tuvo razón su intuición y su hermosa esposa.

La difunta duquesa le había asegurado que el alma de su hija era especial.

Y lo pudo corroborar cuando Katherine, quien ese entonces tenía ocho años, le había pedido que no saliese de casa porque había soñado que su carruaje se accidentaba. Y él moría. No obstante, él duque no le había hecho caso. Estaba decidido asistir a una reunión comercial que se llevaría a cabo en Inglaterra para firmar un acuerdo, pero me confesó que su hija se había encerrado en su habitación. Cuando vio que ella iba en serio con no salir él decidió enviar a su abogado para que se encargara de lidiar con el tratado. Después de todo solo era reunión, más importante era su hija. La única parte que le quedaba de su esposa.

No había trascurrido ni media hora de la partida de su apoderado cuando llamaron a su puerta para comunicarle que su carruaje, el mismo que se dirigía a Inglaterra, había sufrido un imperfeto y había caído a un peñasco. Y todos habían muerto.

El duque ocultó aquella información de su hija, pero desde entonces escuchaba atentamente a las premoniciones que sin proponérselo ella le compartía. Cambios de clima. O política. Aciertos en las construcciones y etc. Y a pesar de no comprender del todo que pasaba con su hija, él la amaba.

Le dije que por ese motivo tenía que mantenerla a salvo. Lejos de cualquier matrimonio. Que yo vendría a por ella cuando encontrara la manera de liberar su alma del ritual. Y aunque él me solicitó detalles más exactos sobre el sello que gobernaba sus recuerdos, no pude más que pedirle que confiara en mí.

Hacia poco me había enterado que la salud del duque estaba bastante desmejorada y que ya no estaba en condiciones de mantener a salvo a su hija. Me había escrito una carta, carta que me fue robada y ahora sabía que había sido la madre de Qryus.

Zhyln.

Maldita mujer.

Debí haberla asesinado cuando se arrastró a mi puerta huyendo del desalmado de su hijo. Zhyln se había escondido en mi nave creyendo estúpidamente que si hablaba con el bastardo de su hijo podría hacerlo entrar en razón y que éste regresara a Hyru para enfrentar al consejo y pagar por sus delitos, pero se llevó la desagradable sorpresa de que Qryus estaba demente. Obsesionado.

No era un secreto que había desarrollado psicosis y algo me decía que con el uso de aquel ritual solo jodió más su cabeza.

Ahora era una amenaza latente no solo para mí, sino para los seres humanos.

—Está bien. Acepto el intercambio. Pero —Mabel estrechó la mirada—, quiero tu palabra de que liberaras a Mills de aquel ritual pase lo que pase.

Una sonrisa enigmática estiró sus delgados labios.

Los recuerdos de la última vez que había sostenido entre mis brazos a Mills abordaron sin permiso mi mente y abandoné la habitación sin mirar atrás. Necesitaba estar a solas con mis pensamientos. Con mis recuerdos.

Necesitaba llorar en silencio a mi mujer.

Llorar por todo lo que pudo haber sido y que gracias al maldito de Qryus, jamás será.

Sufrir amargamente y añorar la última vez que acaricié su redondeado vientre y sentí a nuestro hijo moverse.

Hace doscientos años atrás.

Grecia.

Mills se veía hermosa.

Su largo vestido blanco acentuaba el color dorado de su piel y pensé en ese instante, mientras la veía recoger trigo, con el aire jugando con su vestido y el sol iluminando su hermoso cabello rubio, que jamás la había visto más hermosa.

Su redondeado vientre se balanceaba con gracia y sus ahora amplias caderas me invitaban a acariciar su intimidad y hacerla gemir mi nombre.

Cuando me vio observarla sonrió y no dudó en acercarse a mí. La esperé con anticipación. Mojé mis labios sintiéndome ansioso. Sin perder tiempo la estreché entre mis brazos cuando estuvo lo suficiente cerca.

—Veo que alguien se levantó sediento de amor —ronroneó.

—No es solo *amor* lo que precisamente busco en estos momentos —rocé con mis dedos suavemente sus pesados pechos y sonreí con descaro.

Se sonrojó, afectada por mis palabras.

—Espero que nuestro hijo no sea un conquistador como su padre.

—No —negué mientras veía mi vida empezar y morir con ella—. Él será como tú. Puro y hermoso.

Sus ojos brillaron. Encantada por mis palabras. Entramos a nuestra pequeña casa e hicimos el amor.

Recuerdo que la toqué cómo si mi cuerpo supiera que esa sería la última vez. Y le hice el amor con una ferocidad que estremeció mi alma. La de ella.

La tomé con dureza y me derramé en su calor gimiendo suavemente su nombre. No desperdicié el tiempo y acaricié su cuerpo con mis labios y me detuve maravillado sobre su vientre cuando este onduló. Nuestro hijo haciéndose notar. De todas sus reencarnaciones, esta era la primera vez que habíamos permanecido el suficiente tiempo juntos como para formar una familia.

Nuestra propia familia.

Estábamos emocionados.

Ella aún más porque tendríamos un varón. Mills lo había visto. «*Oh, Ryox, nuestro hijo es tan hermoso*», susurró una noche con los ojos desbordados de lágrimas mientras cenábamos. Y yo me sentí tan dichoso, porque si ella lo había visto eso quería decir que íbamos a compartir muchos años juntos. Y yo no podría estar más emocionado. Tenía todo lo que siempre quise y, si no fuera por el infeliz de Qryus que sabía y estaba buscándola todo podría ser perfecto.

Lamí y succioné con desespero su sedosa e íntima carne hasta que gritó mi nombre y me premió con su esencia mezclada con mi semilla. Chupé con más ímpetu y bebí hasta la última gota.

Su sabor unido al mío siempre serían lo más erótico que podría experimentar.

La dejé dormida y salí a buscar agua para prepararle un baño, sin imaginarme que la siguiente vez que la vería sería con el maldito Qryus sobre ella leyendo un tipo de ritual antiguo en una legua que jamás había escuchado mientras le clavaba un puñal rojo en el centro de su hinchado vientre.

Nunca olvidaría su rostro. Sus lágrimas. El dolor en sus ojos que rasgó mi pecho antes de convertir en hombre lobo y arremeter contra Qryus.

El maldito había huido cuando Mills había pronunciado mi nombre. Me acerqué al amor de mi vida y la recogí entre mis brazos. Evitando que mis garras le hiciesen daño. Su pecho subió y bajó con fuerza. Regresé a mi forma humana cuando su mano, empapada de sangre, acarició mi rostro. Dejé caer mi frente contra la suya mientras lágrimas calientes mojaban su hermoso cabello. Guie su pálido rostro hacia mí y le sonreí. Su vientre estaba tan quieto que me sofoqué con un sollozo.

—Yo... yo ya no lo veo — susurró, con dolor y mi alma se partió en dos—. No, no puedo ver su hermosa carita —y empezó a llorar desconsoladamente.

—*Shhh*. No llores, mi amor. Por-por favor—su rostro se contorsionó de dolor pero respiró profundamente y su mano se aferró a mi rostro. Proseguí tratando de aliviar en algo su dolor—, el tiempo pasará tan rápido, que ni siquiera notarás que nos hemos separado —su rostro se desdibujó completamente frente a mis ojos por las lágrimas que ahora le hacían compañía a las suyas—.Y te prometo que cuando nos volvamos a ver, porque te juro que así será, tendremos muchos hijos. Todos lo que quieras.

Asintió y me apresuré a besar sus temblorosos labios. Aunque sabía que no era verdad lo que le había dicho sobre el tiempo. Yo sentiría el paso de cada día. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo le echaría en falta. Y lo más importante, mi alma jamás estaría completa hasta no reencontrarme con ella.

—Te amo, Mills. Y te amaré mil lunas más.

Cerré los ojos cuando su mano fría abandonó de mi rostro. Enterré mi nariz en su cabello e inspiré profundamente su aroma mientras la sentía desaparecer.

Cuando los Vuarys morían, estos se desvanecían en el aire. Se transformaban en una estela de brillantes y hermosas luces. Sin dejar un cuerpo para poder enterrar y llorar.

Mis brazos quedaron desnudos cuando su cuerpo desapareció por completo. Solo su sangre que manchaba las sabanas y mi ropa, eran el único indicio de que una vez ella estuvo aquí.
Conmigo.

Grité por lo que pareció horas. Mi garganta escoció y me sobrecogí al dolor. Perderla siempre sería la parte más difícil. Mas insoportable.

Y me sentí tan miserable.

Aquel día me prometí, mientras enterraba la pequeña ropa que ella mismo había tejido para nuestro hijo, que la encontraría y sin importar a qué precio yo lo mataría con mis propias manos.

Vengaría todos sus asesinatos, pero en especial, el de nuestro inocente hijo.

Un hijo al que no se nos permitió sostener.

Y besar.

*Lady Katherine*

Llegué a un claro. Miré a mi alrededor buscando un tronco dañado donde poder esconderme o una cueva, pero solo me rodeaba enormes árboles. Necesitaba ocultarme. Qryus ya debió notar que me había escapado.

Me estremecí cuando otro torrente de recuerdos azotó mi cabeza. Caí sobre mis rodillas y todo empezó a dar vuelta.

Había tantos recuerdos de mis vidas pasadas que era francamente doloroso sentir como trataban de acomodarse. Como luchaban entre ellos para encontrar el lugar al que pertenecían.

Daria había dicho que no me opusiera, que los dejara recorrer su camino. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Cerré los ojos y las imágenes empezaron a aclararse. Podía ver con claridad el rostro de Ryox.

Mi amor.

Lo añoré tanto en ese momento.

Me apoyé sobre mis manos y susurré lo mucho que lo amaba cuando el recuerdo más reciente de mi última reencarnación se reprodujo frente a mis ojos.

—Te amo, Ryox. —Pude sentir sus lágrimas mojar mi cabello y aunque me había sonreído vi la devastación en sus ojos—. Yo también te amo y te amaré mil lunas más —susurré una vez más antes de guiar mi temblorosa mano izquierda hasta mi plano vientre y acariciarlo con

reverencia. Nuestro hijo había estado ahí, pero Qryus lo había asesinado a sangre fría.

El dolor que experimenté cortaba profundo. Lastimaba con saña y marchitaba mi corazón.

Mis otras muertes habían sido igual de violentas pero esta última, donde me había arrancado la fe, había sido sin misericordia.

Ahora sabía que nada lo detendría. Tal vez era mejor si dejaba que me encontrara y me asesinara. Al menos, y así, Ryox no saldría herido.

Abrí los ojos cuando ramas secas crujieron atrás de mí. Sabía que era él, pero no podía girarme. No podía encararlo.

Después de todo, era mi hermanastro. Mi familia. Y a pesar de todo el sufrimiento que me había ocasionado, yo... —me odié y la bilis subió por mi garganta— yo, lo quería.

No como él quería, pero sí, lo amaba. Como amaba a mis otros hermanos. Como amaba a nuestro padre.

«Por el amor a todo lo sagrado, crecimos juntos».

—Cuando vas a entender que no importa hacia donde corras, yo siempre te encontraré. Y lo sabes.

Y él tenía razón.

*Qryus*

Está bien. Es probable que las cosas no sucedieran como os las había narrado al principio, pero eso no alteraba el maldito resultado. Yo no estaba loco. Demente. O enfermo.

Mills era mía. Y yo era ella.

Nos pertenecíamos.

¿Por qué nadie más podía verlo?

Y nada de esto hubiera pasado si ella hubiese correspondido mis avances. Mi hermanastra era la única culpable de que yo hubiera cometido todas esas atrocidades. Pero no estaba enojado con ella. Yo la amaba. Y cuando amas de verdad, perdona lo que sea. Y Mills ya había sido perdonada hace siglos.

—Miradme.

No obedeció. Su cuerpo se estremeció bajo el delgado camisón que cubría su cuerpo. Se me hizo agua la boca cuando recordé lo exquisita que se había sentido bajo de mí.

¿Acaso yo era el único que veía lo malditamente perfectos que éramos? ¿Todo aquellos que podríamos ser?

—Tienes una visión perturbadora y enferma del amor. Y lo sabes.

—Eso no fue lo que pensaste mientras te penetraba, ¿o sí?. Es más, recuerdo muy bien que me rogabas que no me detuviera...

—Creí que eras Ryox...

—Eso no es verdad. Gemiste mi nombre. Sabías a quién diablos te estabas entregando — se estremeció por la crudeza de mis palabras, pero ya estaba cansado de jugar a ser dócil y amoroso. Quería la pasión que había visto innumerablemente desbordar en su habitación mientras era poseída por el maldito de Ryox.

Sonreí a sabiendas, y caminé hacia ella. Mis palabras le estaban llegando. Me gustó cuando se mantuvo estoica y no trató de huir de mí; era un avance. Quizás y al fin estaba viendo las cosas a mi manera.

—Te gustó cada segundo de ello, no puedes mentirme. *No puedes mentirme* —mi longitud se hinchó, clamando su atención—. Disfrutaste cada segundo que permanecí dentro de ti — acaricié sin disimulo mi dureza. Estaba más que dispuesto a tomarla en estos momentos. A reconciliarnos y limar asperezas—. Me deseabas —ahogué un gemido. Quería desgarrar el delgado material y tomarla en la posición que se encontraba ahora. A gatas. Cuando llegué hasta donde se encontraba de rodillas, la rodeé despacio y me acuclillé frente a ella. Mills levantó la mirada, la derrota escrita por todo su precioso rostro.

»Me deseabas a mí. No al fraude ese que llamas el *amor de tu vida*. —sus pupilas se dilataron y refulgieron. Ya no eran oscuros, ahora era de ese color gris que tanto recordaba y amaba. Había olvidado lo hermosos que eran—. Yo te di placer con mi cuerpo y mi boca. Que no se te olvide que yo he reclamado este cuerpo y que ahora me perteneces. *Para siempre*.

La comprensión estalló en su rostro.

El brebaje que le había dado no solo era para eliminar su aura, sino también para volverla extremadamente fértil. Se necesitaba una sola noche juntos para que pudiera llevar a mi hijo en sus entrañas.

—Tú... ¡No! —negó con la cabeza, se irguió y llevó sus temblorosas manos a su vientre. Su rostro era un desastre rojo—¿Cómo pudiste...?

—Eres mía.

Negó y lágrimas de rabia e impotencia anegaron sus ojos.

—Y entre más rápido lo aceptes, más placentero será construir la familia que siempre estuvimos destinado a tener.

Mi mejilla ardió dolorosamente cuando su mano, embarrada de musgo, impactó contra ella.

Sonreí.

—Te odio.

—No —la miré directamente a los ojos—. Odias el hecho de que no me puedas odiar —sus hombros cayeron y desvió la mirada. Fue suficiente contestación para mí. Había ganado.

Mi pecho se infló de orgullo.

Me levanté y admiré la vegetación que nos rodeada. Aquí, en este claro, se vería preciosa la casa que construiría para nosotros. Para nuestra familia. Aunque primero tenía que asesinar a Ryox para quitar cualquier intervención que pondría en riesgo nuestro futuro. Pequeños detalles que estaba a días de solucionar.

—¿Mataste a Lyr?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? —preguntó con rabia mientras se levantaba con dificultad del barro. Golpeó rudamente mi pecho—. Ella no te había hecho nada... Tú...

Suspiré y acomodé la camisa blanca dentro de mi pantalón.

—Cuando irrumpí en la mansión ella y Daria, quien es una hada, por si no lo sabes —sus

ojos se abrieron con incredulidad y boqueó un par de veces—, como que descubrieron que no era Ryox.

Retrocedió un paso.

—Gracias a un brebaje, pude modificar mi apariencia para verme como el maldito ese, y aunque también había clonado el olor —una mueca de dolor contrajo sus facciones—, no imaginé que el efecto desaparecería una vez que te tocara, pero bueno, no se puede ganar siempre, ¿verdad? —me burlé—. En fin, ellas vieron que de echo era yo y Lyrs se convirtió en esa maldita bestia —se me escapó una risa de lo ridículo de toda la situación—. No te preocupes, ahora tu querida amiga está en un mejor lugar. Aunque Daria escapó y no la pude encontrar. Pero no es importante. Después de todo, es solo una maldita hada, ¿qué mal podría hacer?

Alejó la mirada. Conmocionada.

—Vamos. Es hora de regresar a la cabaña. No quieres que nos encuentren las Qhymeras que liberé una vez que llegamos aquí a la tierra, ¿verdad?

Cuando la había traído jamás imaginé que mi plan tuviera un error. Había traído a las Qhymeras con el fin de que ellas asesinaran a Ryox en caso de que este viniera en nuestra búsqueda, pero jamás pensé, que estas se aparearían con otros monstruos que ya existían en este planeta. Jodida manera de arruinar el ambiente.

Ahora existían Qhymeras mutantes. Una raza que era el doble de peligrosas y que atacaban en manada.

Era fuerte, casi invencible. Pero no lo suficiente como para enfrentarme a ellas y no salir gravemente herido. Tampoco podía darme el lujo de desperdiciar mi energía cuando todavía tenía que matar a Ryox.

Una vez que él y sus infelices Ghallyards, estuviesen fuera del cuadro, podría lidiar con las Qhymeras.

Sus días estaban contados. Como los de Ryox.

*Lady Katherine*

Ahora que mis recuerdos estaban completos y en orden, me llené de temor. Acaricié con miedo mi vientre y me maldije por haber sido lo suficientemente estúpida.

Si estaba embarazada, cosa que era una probabilidad, me sentí un poco tranquila cuando quise ver mi futuro y este no se había manifestado. No había nada. Solo oscuridad. Eso significaba que bien había muerto o, me habían arrebatado mis dones. Cuales quiera que fuese la causa todo era ganancia para mí.

Me esforcé por creer eso.

En el claro hice el experimento para saber si era capaz de herirlo y descubrí con deleite que de hecho podía tocarlo y causarle daño. Ahora solo necesitaba averiguar qué objeto podía usar para matarlo.

El objeto tenía que ser muy filoso, además de fuerte, para causar un verdadero daño.

En la cabaña debía existir un instrumento que me sirviera. Aceleré mis pasos. Tenía que llegar lo más pronto posible antes de que Ryox viniese por a mí. No dudaba de la palabra del demente de mi hermanastro. El asesinaría a Ryox e intuía que lo haría frente a mis ojos.

Era despiadado y sabía que él utilizaría esa oportunidad para recordarme que le pertenecía y que nada podría derribarlo.

Pero él tenía una debilidad: yo. Y la usaría a mi favor.

Me deseaba. Mucho. La silueta de su erección fue difícil de ignorar mientras lo encaraba. Esperaría el momento perfecto para usar ese mismo deseo en su contra.

No podía solo arrojarme a sus brazos fingiendo estar enamorada de él cuando hace poco le había demostrado como realmente me sentía hacia él. No. Tenía que tomar las cosas con calma. Primero, tenía que hacerle creer de que me había resignado a mi destino. Segundo, esperar y ver que la lujuria que despertaba en su cuerpo nublara su juicio para poder atacar.

Cosa nada sencilla de hacer considerando que la idea de volver a tocar su cuerpo o, de que él tocara el mío, me provocaba náuseas y constreñía mi pecho.

Pero mi amado Ryox valía todo el sacrificio.

Renunciaría a mi futuro si eso podría significar tener una verdadera oportunidad de que él pudiera disfrutar de un mañana sin la nube oscura que siempre representaría tener a Qryus con vida.

Me resigné a no tener un futuro.

Respiré profundamente y de manera disimulada acerqué mi cuerpo al de Qryus. Seguimos caminando. Los nervios devoraron mi estómago cuando los segundos pasaron y él no hizo movimiento para corresponder mi acercamiento. Me tensé cuando de improvisto me rodeó con su pesado brazo.

—Te amo, Mills. Y sé que puedo hacerte muy feliz. Solo danos una oportunidad. Esta vez no tiene porque terminar en tragedia.

No respondí. En su lugar, apegué con más fuerza mi cuerpo contra su costado. Cuando su cuerpo se relajó una lágrima deambuló por mi mejilla; había sellado mi destino. La espesura del bosque nos tragó.

Eso era todo.

Un día Ryox lo comprendería. O al menos, esperaba que así lo hiciera.

*Lady Katherine*

Para cuando llegamos a la cabaña mi resolución se había vuelto de hierro. No había marcha atrás. Qryus cerró la puerta tras de nosotros y me obligué a no estremecerme. Si lo hacía, por muy ligero que fuese el temblor, él notaría esa reacción y sospecharía.

El ruido que horas antes me había inquietado mientras abandonaba la cabaña volvió a resonar.

—Sigues sin escuchar a las piedras... —me tensé cuando un viejo hombre, de aspecto sombrío, emergió de la oscura de la cocina.

Retrocedí impactada por su presencia. No le conocía. ¿Qué hacía aquí?

¿Era parte de aquel horrible plan que me había comentado Qryus?

La pesada cadena que apesaba su frágil tobillo derecho, era lo que ocasionaba aquel ruido. Sus cadenas volvieron a resonar cuando este se acercó otro paso. Sus ojos estaban hinchados e inyectados de sangre. Riachuelos de sangre manchaban el piso.

Me sentí físicamente enferma al ver su tobillo prácticamente mutilado. El anciano había intentado escapar y quizá llegamos en el momento exacto en el que estaba a punto de cortarse esa extremidad.

—¡Cállate! —espetó Qryus. Lanzándole un mirada de desdén y odio. Suavemente me empujó con dirección a la habitación donde me había tenido confinada. No quería ir allí, estaba

impactada, pero mis piernas obedecieron y caminé lentamente.

—Las piedras de Zhilus atestiguan que ella será...

Con mucha fluidez Qryus arremetió contra el pobre hechicero. Si antes tenía dudas de que mi hermanastro era fuerte, ahora estaban totalmente cubiertas.

Levantó sin dificultad al anciano del suelo. Su rostro tornándose morado.

—Por favor... —me escuché suplicar. Mi cuerpo se movió involuntariamente hacia él y dejé caer mi frente contra su espalda. No estaba preparada para ver a alguien morir. Cuanto deseé en esos momentos volver a ser ciega. Qryus se puso rígido pero soltó de inmediato al hechicero.

No había resquicio de duda: su fuerza era igual a la de Ryox. O mucho más. Difícil decirlo cuando en ninguno de mis recuerdos los había visto pelear.

Qryus siempre había sido muy cuidadoso. Siempre se aseguraba de que estuviese sola.

La única vez que había venido a por mí y que no le importó que estuviese cerca de Ryox, fue en mi segunda reencarnación. Ese fue el recuerdo que me asaltó la primera vez que estuve cerca de él.

Ryox y yo habíamos estado viviendo en África, ocultos en una aldea, pero Qryus, después de cuatro meses, nos encontró. Yo había empezado a correr bajo la lluvia. Ryox me había alcanzado tiempo después y luego..., luego hubo la gran explosión. Era Qryus que esa vez había traído consigo un par de Qhymeras que aún le obedecían. Las mismas que atacaron a Ryox, pero me desmayé. Lo siguiente que pasó fue que me desperté sintiéndome desorientada en una enorme casa que estaba infestada de Qhymeras. Monstruos que me miraban como si fuese su próximo bocadillo.

Qryus se había acercado, tan alto y orgulloso, y me había dicho que había venido a por mí. Para estar juntos. Que me amaba. Que siempre lo había hecho. Cuando su atractivo rostro se acercó hacia el mío, sus labios listos para besarme, le escupí.

—Jamás te voy a amar —juré—. Yo le pertenezco a Ryox. Él...

—Bueno, siempre puedes reencarnar y enamorarte del hombre correcto, ¿verdad?

Abrí mi boca para volver a refutar su afirmación pero rompió mi cuello. Sí. Lo hizo. Sin siquiera pestañear.

Me sacudí el feo recuerdo, y di un paso atrás.

—Vamos —ordenó antes de escupir al viejo hechicero—, no merece mi tiempo.

Giré rápidamente y me encaminé hacia la habitación. Durante el corto trayecto sentí su presencia en mi espalda.

—Tienes suerte de que haya recuperado a mi mujer, caso contrario, estarías ahogándote con tu propia sangre en estos momentos.

Abrí la puerta y me sentí brevemente aliviada cuando la escuché crujir tras de mí antes de ser cerrada por completo.

Atrapada.

Era hora de empezar a trabajar en el plan. Abrí el camisón y lo dejé caer a mis pies. Qryus aspiró rudamente aire por la boca.

«No vengas a por mí, Ryox».

*Ryox*

Benjamín apareció en mi habitación a mitad de la noche, y con voz frenética pidió.

—Tienes que venir a ver esto. Es Lyrs.

Me erguí del sillón donde meditaba y visualicé la habitación donde estaba siendo tratada la *Murdockhy* de mi mujer. Llegué ahí un segundo después.

Benjamín se me acercó inmediatamente. Mabel estaba a los pies de Lyrs cantando un tipo de alabanza en un lengua que no distinguía.

—Ella está canalizando el aura de Mills a través de Lyrs. Está muy cerca.

Asentí.

—Dile a los hombres que se preparen.

—Ellos ya están listos —lo miré con gratitud—. Solo esperando confirmar la ubicación. La cabaña definitivamente es sospechosa y los hombres que han ido a revisar indicaron que se encuentra protegida por un campo de fuerza.

Compartimos una mirada significativa.

—Creo que es buen momento para desempolvar el viejo uniforme y ponérselo, capitán. — Colocó su mano izquierda sobre su pecho—. La hora de ir a por Mills y de que tengan su maldito final feliz ha llegado. Ya quiero ver la maldita cara de ese infeliz cuando mi mujer le pateé el

trasero.

Y eso hice.

La hora de ajustar cuentas había llegado. No sabía cual era el plan que tenía Mabel, pero confiaba plenamente en Benjamín.

«Voy a por ti, mi hermosa niña».

*Lady Katherine*

De golpe me desperté y miré a mi alrededor. Había tenido un sueño. Una premonición.

Una terrible revelación.

Corrí hacia la ventana y empecé a llorar. Angustiada comencé a golpear la ventana que aunque sabía y no se rompería no podía detener mis puños.

Todo el maldito lugar estaba hechizado.

Ese era el motivo por el que Qryus mantenía cautivo al hechicero. Y aunque yo no hubiese intercedido ahora sabía que no lo hubiese matado. Pues este era quien mantenía un campo de fuerza que rodeaba todo el terreno de la cabaña.

—No. Por favor. No. No vengas —susurré, sintiéndome acongojada.

La muerte de mi amado más cerca con el pasar de los minutos. Tenía que encontrar una manera para prevenirle. De...

—Sabes —me sobresalté cuando Qryus apareció en mi lado derecho. Sus ojos brillaron llenos de ira—, no creí ese maldito truco de que de pronto querías tocarme. Estar conmigo.

Amarme.

Me alejé de la ventana y corrí hacia la puerta. Cuando estaba a solo ocho pasos de llegar a

ella, Qryus se materializó frente a mí; choqué contra su fuerte pecho y caí de culo en la madera. El dolor se disparó inmediatamente por mi columna.

—¡Dios mío...! —gemí y traté de huir de él. Debí imaginar que su reacia reacción a tener sexo conmigo era señal de que no me creía. Pero tan exhausta como me encontraba, me sentí agradecida cuando cubrió mi cuerpo con la sabana, me dio un casto beso en la frente y salió de la habitación.

Dejándome sola pero encerrada.

Ahora podía ver mi estúpido error. Lo había subestimado y ahora pagaría las consecuencias.

—Qryus... *nuestro hijo...* ,por favor... —intenté desde otro ángulo. Quizá si le recordaba que estaba embarazada, él no me mataría. *Aún.*

Mientras tanto encontraría la manera de asesinarlo primero antes de que llegara Ryox.

Me agarró fortísimo del cabello y me levantó del piso. Sentí un llamarada en mi vientre y me encorvé un poco. Ignoraba si el dolor era de la caída o si estaba a punto de experimentar un aborto espontaneo. Pronto lo sabría. El cielo ya se estaba despejando dando paso a un precioso amanecer.

—No juegues conmigo, Mills.

Negué. Llevé mis manos a su rostro y lo acaricié tentativamente. Mis ojos llenos de lágrimas parecieron hacer el truco o, talvez, fue la fuerte explosión que estremeció el suelo y toda la cabaña, que me soltó de inmediato. Pero esta vez no importó el dolor que invadió mi cuerpo.

Ya era tarde.

Ryox había llegado. El campo fuerza había sido roto.

Y eso era todo.

*Ryox*

Llegamos hasta la cabaña y tal como lo informaron mis hombres un espeso campo de fuerza rodeaba el lugar. Volviéndolo impenetrable.

Esto no iba a ser sencillo.

Nuestras armas tecnológicas, eran exclusivamente para destruir materia y desintegrar cuerpos, no para combatir hechizos o conjuros. Para ello habíamos tenido a los Vuarys. Ellos eran los encargados de luchar contra fuerzas que pertenecía a otro plano astral. Y considerando que la única Vuary disponible en miles de años luz estaba en el interior de ese campo magnético, se podría decir que estábamos jodidos.

—Y ahora, ¿qué? —interrogué a Benjamín. Él tenía que tener un plan o una idea para destruir ese campo de fuerza.

—Ahora vemos a mi hermosa mujer hacer su magia...

Mabel caminó hacia al frente y bastó que colocara su pequeña mano firmemente contra el campo de fuerza para que este implosionara. Una fuerza y luz cegadora liberándose. Mis hombres, que habían rodeado el perímetro esperando mi señal para atacar, se cubrieron los rostros cuando la brillante luz acompañada de una fuerte ráfaga de viento arremetió contra todo lo que le rodeaba.

¡Por todos los malditos soles de Hyru!

No me había equivocado. Mabel era una hechicera muy peligrosa. Y me alegraba tenerla

de nuestro lado.

—¡Ahora! —grité y mis hombres obedecieron. La cabaña estaba desprotegida y no había que darle una oportunidad al infeliz ese para que escapara.

La puerta de la cabaña se abrió y la mujer que pensé que jamás volvería a ver caminó elegantemente hacia mí.

Daria.

Y no venía sola. Entre sus brazos cargaba a un anciano.

—¡Tío...! —Mabel corrió directamente hacia ellos. El anciano levantó la mirada y sonrió aliviado.

—Así que fuiste en contra de lo que pedí. Fuiste a buscar a la *bestia*.

Rodé los ojos. Juro que esos hechiceros me tenía cansados.

—Lo hice —la voz de Mabel sonó algo ahogada por el llanto que se esforzaba por mantener a raya. Daria colocó suavemente al anciano en el suelo. La pequeña hechicera no perdió tiempo y abrazó a su tío. Por tierna y conmovedora que fuese la reunión teníamos trabajo que hacer.

—Le diste el...

Su pregunta fue interrumpida por los estallidos de metralla dentro de la casa. Lyrs saltó frente a mí y se convirtió en el horrible monstruo que era.

Su delgado cuerpo transformándose por completo. Garras sustituyeron sus frágiles manos y un pelaje oscuro y frondoso rasgó su piel. Una hermosa licántropo. Sus ojos rojos me miraron con sed de sangre y asentí.

Ella iba a buscar a su ama.

A su mejor amiga.

No era un secreto que Lyrs no se perdonaba el hecho de haberle fallado a Mills. Y se culpaba. Mucho. Aunque habíamos tratado de convencerla de lo contrario.

Le había prometido a Mabel su venganza, pero ahora veía que tal vez, no sería capaz de cumplir con mi palabra. No si Lyrs llegaba primero a Qryus.

Ella lo destrozaría.

Y no iba a necesitar mi permiso. Cómo enojarme con ella, si yo haría lo mismo.

Mi atención regresó a la cabaña. No había transcurrido ni cinco segundos desde que Lyrs había desaparecido en su interior cuando el techo de la cabaña explotó. Fragmentos de madera volaron en todas las direcciones mientras los Ghallyards que se encontraban en el interior de la cabaña salieron expedidos.

Mis hombres se estrellaron con fuerza contra los árboles. La mayoría quedó inconsciente. Tendidos sobre la grava. Daria se apresuró a revisarlos. Ella era un hada cuyo don era sanar. Pero eran demasiados hombres heridos que dudaba que su energía bastaría para ayudarlos.

Qryus bajó con fuerza hacia el suelo e hizo temblar el terreno bajo nuestros pies, haciendo que por poco y perdiese el equilibrio. Mi corazón trastabilló, mi amada Mills estaba inconsciente entre sus brazos. Lyrs volvió a su posición original. Frente a mí. Sangre filtrándose de entre sus filosos colmillos. Miré con atención a Qryus y vi que su pectoral derecho tenía una profunda herida. La sangre empapando su cuerpo.

No os puedo explicar el placer que sentí al verlo herido. El maldito merecía ser desollado vivo.

Mills se estremeció entre los brazos de Qryus. De a poco recobrando la consciencia.

«El maldito la había noqueado...»

—¿Cuándo comprenderéis que no podéis hacer nada para detenerme? —sostuvo con más fuerza el cuerpo de Mills—. Ella es mía. Y ahora mucho más, pues lleva en sus entrañas... *a mi*

hijo.

Su declaración causó un dolor físico e inimaginable que recorrió mi cuerpo. Podía ser una mentira. *Tenía que ser una mentira.*

Pero no.

Su maldito rostro estaba limpio de engaños. Tenía esa confianza que solo la verdad te confiere.

Apreté los puños y me lancé hacia adelante, listo para darle su merecido, pero el infeliz sostuvo con más fuerza el cuerpo de Mills. Retrocedí. La historia volviéndose a repetir.

—¡Eres un maldito! —grité. La ira devorando mis venas.

No podía atacarlo con toda mi fuerza. No sin lastimar seriamente a mi mujer.

Pero de qué me sorprendía, si ese era el mismo truco que había usado innumerable veces en el pasado para salirse con la suya. Mis manos estaban atadas.

Y yo... *Yo iba a fallarle otra vez.*

—Suéltala y lucha. ¡No seas cobarde! —mi mandíbula protestó por lo fuerte que la estaba apretando.

—Cobarde, no —tuvo la desfachatez de me guiñarme un ojo—. Inteligente, por supuesto que sí. No soy idiota, me superas en número. Además, es cuestión de minutos para que este maldito lugar quede infestado de Qhymeras.

Sentí un nudo formarse en mi garganta. Tenía razón. ¡Maldita sea!

—¿Estás seguro, de que deseas poner en riesgo la vida de tu amada Mills? ¿Yo valgo más que su vida?—Sonrió con benevolencia. Aunque la herida que le había ocasionado Mills debería infligirle un agudo dolor él infeliz disimulaba muy bien su molestia—. Dejadme ir y os prometo que la cuidaré muy bien —ofreció, como si fuese un dios generoso.

—Estás demente —afirmé, enfrentándolo con la mirada.

Iba a insistir en que soltara a Mills pero la maldita aura roja que pertenecía a esos infernales monstruos emergió tras de él. La luz del amanecer regalándonos una vista terrible.

Una cantidad descomunal de Qhymeras atravesaron con rapidez las copas árboles y empezaron a atacar a los Ghallyards que habían sido curados por Daria.

Maldición, todo estaba sucediendo muy rápido.

Busqué con la mirada a Benjamín y lo encontré luchando ferozmente contra varias Qhymeras al mismo tiempo. Mabel se encontraba sobre sus rodillas, había dibujado un reloj de arena frente a ella y el libro de la ley de los espíritus estaba abierto en el centro de ese reloj. Su cabeza caía sin fuerza hacia atrás, sus ojos en blanco. Aunque podía ver a sus labios moverse ningún sonido estaba saliendo de ellos. Era una vista de lo más inquietante. Y no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo.

—¡Ahh...! Así que trajiste a la maldita hechicera.

Miré a Qryus sintiéndome impotente. El tiempo se nos agotaba.

—Suéltala —ordené.

—Oblígame —me retó a hacerlo.

El cuerpo de Mills se movió un poco entre los brazos de Qryus y la esperanza se encendió dentro de mí. Necesitaba que estuviese alerta para cuando arremetiera contra el bastardo. Si existía una oportunidad de salvarla y terminar con todo esto, ese era el momento.

—Retrocede... —exigió justo cuando Mills levantó la cabeza y me miró.

—*Mills*... —caminé hacia adelante. Mis ojos poniéndose vidriosos. Ahí estaba ella, la mujer que amaba, viéndose tan hermosa a pesar de las circunstancias.

—Ryox... yo —su mirada de añoranza clavó un profundo puñal en mi pecho. La culpabilidad escrita por todo su precioso rostro.

Quería gritarle que nada de esto era su culpa. Que si había un culpable, ese era yo.

Solamente yo.

Porque después de todo este tiempo no había podido encontrar al infeliz y asesinarlo.

Yo le había fallado.

Y era mi culpa todo lo que estaba ocurriendo.

—Perfecto —Qryus me miró con desdén—. Ahora que estás despierta, dile a Ryox que has cambiado de parecer y que quieres vivir conmigo. Que me amas —Mills se estremeció cuando la asquerosa lengua de Qryus salió y lamió su cara—. Dile lo mucho que disfrutaste estar bajo de mí. Y lo más importante, que estamos esperando un hermoso bebé —posó su enorme mano en su vientre y quise arrancársela de inmediato.

Mills desvió la mirada y empezó a llorar.

—Yo... yo lo siento... —su llanto se hizo agudo y astilló mi alma. Di un paso hacia ella; lo que daría por poder sostenerla entre mis brazos.

Mills es pureza.

Magia.

Amor.

Paciencia.

Ella era todas las cosas que yo jamás podría ser. Y a pesar del caos que nos rodeaba viéndola tan triste llorar recordé cómo me había enamorado perdidamente de ella el día en que mi hermano la trajo a su casa.

Jamás había sido tan feliz. Porque antes de ella no había querido a nadie llamar *mía*. Y ese sentimiento se convirtió como en mi droga personal. Anhelé tantas cosas.

Tener una casa.

Hijos.

Una eternidad con ella.

Después de un tiempo casi enloquecí cuando noté que mis sentimientos eran correspondidos. Fue exactamente cuando cumplió los diecisiete años. Nunca me gustaron las fiestas, pero por la hermosa Mills iría hasta el fin del mundo si eso hacía que me mirara con amor como lo hizo aquella noche.

Y allí estaba ella, robando tímidas miradas hacia mí. *Yo*. El capitán de los Ghallyards. Un hombre sin educación. Que tenía vasta trayectoria exterminando amenazas, civilizaciones, pero que tenía cero experiencia en cómo conquistar a una mujer. Solo sabía follar con *Exferys*. O con innumerables mujeres que ya ni recordaba sus caras o nombres. Pero Mills no era cualquier mujer.

Ella era una Jeycka. Mitad Vuary, mitad Hyhuany.

Simplemente perfecta.

Y esa perfecta mujer me miró y se sonrojó mientras me sonreía. Sus regordetes labios liberaron un pequeño saludo y yo asentí. Nos contemplamos a la distancia sabiendo lo que a continuación iba a pasar.

Y no me equivoqué.

Amarla había sido como recibir el impacto de un rayo. Besarla la primera fue un maldito disparo al corazón. Y eso que hasta esa fecha ya había recibido unos cuantos.

Cuando ella aceptó ser mía juro que creí que podría morir de tanta felicidad.

La amé hace más de cuarenta mil años. Y sabía que la amaría por el resto de mi vida.

—No te preocupes, querida —Qryus besó cariñosamente la cabeza de Mills, pero ella se alejó de su toque—Él ni siquiera vivirá lo suficiente para sentir dolor.

Lyrs rugió preparada para atacar, pero las Qhymeras se adelantaron. Tan ensimismado estaba en mis pensamientos que no noté que la cantidad de monstruos habían aumentado. Varios se lanzaron a atacar a Qryus.

—¡Lyrs...! —grité desesperado. No podía permitir que le hiciesen daño a Mills.

La Murdockhy no perdió tiempo y se lanzó hacia adelante para proteger a su ama. Sí. También protegiendo en el proceso al bastardo de Qryus.

El ataque de los monstruos se hizo más potente. Me lancé hacia adelante con la intención de usar el caos en mi favor e intentar arrebatársela a Mills. No podía transformarme en hombre lobo porque corría el riesgo de lastimarla con mis filosas garras. Pero Qryus, quien se esforzaba por evadir el ataque de una Qhymera, se percató de mi plan y sin titubear descubrió el pecho de Mills. Me paralicé. Una delgada cadena de oro rodeaba su delgado cuello y caía sin gracia hasta su ombligo.

—¡Detente ahí! —vociferó. Su pecho agitado por la lucha—¿Sabes qué es esto?

Miré a Mabel en busca de una respuesta, pero no se había movido de su posición y sus ojos seguían en blanco. Benjamín se veía exhausto pero no cesaba de proteger a su mujer.

—*Es un Xuls* — la voz del anciano resonó en mi cabeza. Miré hacia donde lo había visto la última vez pero ya no estaba allí—. *Una cadena maldita que evita que los seres mágicos o sagrados reencarnen...*

Sentí que las piernas me fallaban.

—No...

—Si yo muero, bueno, me voy a llevar a Mills conmigo —acarició la cadena que empezó a brillar—. Y esta vez, puedes contar que será para siempre.

—¡Maldito infeliz...! —grité, encolerizado por su maldad.

—*Me temo que Qryus es el único capaz de remover la cadena de su cuello* —el anciano prosiguió explicando—. *No hay manera de liberarla. Él tiene que morir. Solo así el Xuls no tendrá poder sobre el alma de tu Vuary.*

Lyrs arremetió contra una Qhymera que intentó atacar por la espalda a Qryus. Ella estaba

ya fatigada, pero tampoco sabía cómo ayudar a su amiga. Por lo que lucharía hasta su último aliento. De eso estaba seguro. Se sacrificaría si eso aseguraba el bienestar de ella.

—Dejadme ir —exigió otra vez. Su rostro pálido por la pérdida de sangre y el trajín de la pelea.

—¡Nunca! —juré. Estaba desesperado por encontrar una solución. No obstante, no tenía nada. Ni una idea.

—Yo... —fue interrumpido por la brillante luz que salió del piso donde se encontraba parado—¡¿Qué demonios?!

La tierra tembló bruscamente y una gran fisura dividió el suelo en dos. El cielo se volvió negro. Me cubrí los oídos cuando miles de lamentos rugieron embravecidos. Qryus soltó a Mills, su delgado cuerpo golpeó con fuerza la grava y no perdí tiempo en correr hacia ella. Necesitaba alejarla de esta locura. Ponerla a salvo. Qryus cayó sobre sus rodillas sus manos volando a sus oídos.

—¡Ryox, detente! —Benjamín gritó con todas sus fuerzas. Me detuve. El corrió hacia mí y colocó su pesada mano sobre mi hombro—. Ese es el portal donde las almas que no encuentran la paz vagan por la eternidad. Si te acercas demasiado serás absorbido.

—Pero, Mills...

Llamas en forma de látigo salieron de la abertura y apresaron a las Qhymeras que se encontraban cerca. Enfurecidas clavaron sus enormes garras contra la grava para evitar ser arrastradas hacia el interior del abismo, pero era tarde. Los bramidos de las Qhymeras se entrelazaron con los lamentos de las almas en el purgatorio.

—¿Y cómo salvo a Mills? —pregunté, desesperado.

Benjamín negó desviando la mirada.

—Lo siento...

—No. No. ¡No! —me alejé de su toque, listo para correr hacia donde se encontraba Mills.

El alivio me inundó cuando se irguió un poco. Se puso de rodillas y levantó la mirada.

— Mills...

—Detente, Ryox... —susurró pero la escuché fuerte y claro—Por favor... No vengas a por mí.

Aceleré mis pasos. Tenía que llegar e ella. Casi estaba ahí. Solo un poco más. Caí sobre la grava cuando fui embestido por Benjamín.

¡Maldición!

—No puedo dejar que hagas esto —gritó con el rostro rojo y los ojos brillantes. Estaba llorando.

—¡Soltadme! ¡Maldita sea! ¡Soltadme! Tengo que ir y salvar a mi mujer —me ahogué con mis palabras mientras trataba de liberarme de mi mejor amigo. Benjamín era fuerte. No me lo estaba haciendo fácil.

—¡No! —refutó.

—¡Aléjate de mí! Si ella muere... —me retorcí debajo de él—Si ella muere... yo... yo jamás te lo perdonaré.

Un enorme látigo de fuego salió de la fisura y succionó el aire. No perdió tiempo y se enganchó en la pierna de Qryus. Este abrió los ojos con horror; había llegado su fin y con él, el triste final de Mills.

—¿Qué...? —Qryus empezó a luchar, pero todos sabíamos que sería imposible liberarse. Estaba perdido.

—Es hora de que pagues por todos tus pecados —la hechicera se levantó del suelo y lo apuntó con su delgado dedo índice. Sus ojos ya no estaban blanco. Ahora tenía una mirada decidida en su rostro. Ella iba a vengar a su madre.

—Pues será un gusto arder en el infierno... —su brazo se envolvió en la cintura de Mills —, con Mills a mi lado.

Me transformé en hombre lobo sin importarme si lastimaba a mi mejor amigo. Corrí con todas mis fuerzas pero una parte de mí sabía que no llegaría.

El tiempo se me había terminado.

Pero esta vez no sería como en las anteriores donde podría sentarme en mi sillón y esperar a que los siglos se arrastraran hasta volverla a ver.

Esta vez la perdería para siempre.

—¡Mills!

—Te amo, Ryox. Y siempre seré tuya. Solo tuya —sonrió con dulzura. Sin una pizca de miedo en sus ojos—. Nunca lo olvides.

Antes de que pudiera llegar a ellos, el látigo de fuego los arrastró con fuerza hacia el interior.

Para cuando logré llegar a ellos, el portal ya se había cerrado y Mills se había ido para siempre.

¡No!

¡No!

Aullé enardecido hacia el cielo oscuro que lentamente volvió a aclararse. Luego de eso no recuerdo mucho.

Solo recuerdo el dolor que sentí al saber que había perdido al amor de mi vida. Pero que esta vez, sin importar cuanto esperase ella jamás regresaría.

*Ryox*

Después de un siglo esperando su regreso, lo acepté.
Mills se había ido.
Qryus había ganado.

Los seis primeras décadas, Mabel, quien ahora era la mujer de Benjamín, trató de buscarla en el inframundo, pero jamás la encontró. Fue entonces que ordené que libro de la ley de los espíritus fuese escondido. No podía permitir que cayese en manos equivocadas.

Suficiente daño había ocasionado.

Me escondí dentro de la mansión. No abandoné mi habitación. Me obligué a creer que Mills estaba en algún lugar esperando a por mí, pero era una mentira que perdió fuerza con el pasar de las décadas.

Ví a los terrícolas aceptar nuestros inventos. Maravillarse con los avances tecnológicos que le ofrecían los *Hyhuany* que se hacían pasar por terrícolas, sin si quiera cuestionar cómo era posible que pudiesen existir tales cosas.

Imagino que al igual que yo, a ellos también les gustaba engañarse.

Ciento diez años pasaron. Un tiempo demasiado largo para soportar la idea de que jamás tocaría su rostro otra vez. Aceptar que en su última reencarnación ni siquiera pude besarla.

Hacerle el amor.

O simplemente decirle cuanto la amaba.

Pero entonces... un día, Mabel, quien ahora se había casado con mi mejor y tenían doce hijos, me escribió una carta con solo tres palabras:

Ella ha regresado.

Sí.

Mills.

El amor de mi vida, caminaba otra vez entre los vivos y lloré de la emoción.

Ahora solo tenía que ir y esperar un par de años para poder acercarme. Los malditos años más largos de mi vida.

Pero tenía que hacerse.

Tenía que construir una nueva vida que pudiese disfrutar junto a ella.

Sin miedo.

Sin amenazas.

Porque ella jamás sería la Mills que conocí.

Esta era una nueva mujer.

Y que por mucho que extrañase a la antigua Mills, la mujer de la que me había enamorado, tenía que agradecer que los rituales de Mabel tuvieron éxito, pero bajo un costo.

Sus poderes habían sido retirados.

Según Mabel, aquella era la única forma de hacerse. El *Xuls* que usó Qryus era fuerte y mientras Mills fuese una *Jeycka* el artilugio tenía poder sobre su alma.

Con las nuevas noticias vivir aquí en Escocia estaba descartado. Pero encontraría la manera de darle todo lo que se merecía.

Era hora de trabajar en nuestro futuro.

Era tiempo de que le construyera un nuevo hogar.



España, Barcelona. Año 2020

Alondra

Podría recitarte, hasta sonámbula, las razones por las que debería renunciar al trabajo de mis sueños.

Ipsso facto.

Sin embargo, me quedaría con la misma sensación de desosiego al no saber qué era lo correcto. *Tacha eso*. Por supuesto que sabía que era lo correcto pero andaba de gilipollas suspirando por los huesos de un hombre que a todas luces pasaba de mí. ¿Pero quién podría culparme?. Las mujeres sufríamos de un gran defecto, y ese era, que, cuando nos enamorábamos hasta las trancas, o en mi penoso caso, estúpidamente ilusionada, como que hacíamos de *tripas corazón* y nos lanzábamos a por ello.

Sin paracaídas.

Sin escuchar razón o argumento.

Todo sea por alcanzar la dicha de ser amada por aquel imbécil que... o estaba ciego, o se hacía el listillo, pero, qué, por alguna razón que el cosmos se rehúsa a revelarnos, pasaba por alto la tensión sexual, que no nos imaginamos, invadía cada vez que convivíamos en el mismo metro cuadrado.

En la misma habitación. Respirando el mismo aire.

Pero venga, no me hagáis caso, que es posible que el imbécil solo sea *imbécil* y estaba esperando a que hagáis todo el puto trabajo.

Menudos hombres los que teníamos en este siglo.

En fin, había llegado al punto en el que me sentía atrapada entre lo que me dictaba mi racional sentido común y lo que quería que hiciese el empedernido de mi incauto corazón enamorado; el pobre inocente aún no recibía el memo de que el amor no estaba en nuestros planes futuros y tristemente se llevaría una gran colleja (bien merecida) por andar de despistado.

«*Las lecciones más valiosas de esta vida se aprenden de las mayores caídas, o cagadas*». Al menos, y eso era lo que siempre me decía mi madre cuando no estaba escuchando mi padre.

Era el eufemismo del año decir que estaba más que desesperada por recibir una revelación. Una pequeña señal. *Algo*. Lo que sea. Una clarividencia que me indicara lo que tenía que hacer. Porque por supuesto, no podía tomar por señal divina los atípicos consejos de una de las mujeres que mejor me conocía en este mundo. No cuando sus famosos «consejos» bailaban peligrosamente sobre la delgada línea de lo normal. *O lo legal*.

—Deberías secuestrarlo —aconsejó, seriamente Malena, una de mis dos mejores amigas. Nos encontrábamos reunidas en mi casa disfrutando de una copas de vino barato y tratando de decidir mi incierto futuro laboral.

Y sí. Si teníais una duda sobre a quién me refería con lo que de daba consejos de puta madre, dejadme deciros que me refería a ella, Malena González. La muy pija pensaba que era gracioso andar por allí de delincuente. O Mafiosa.

Mi cuchitril, como le decíamos de cariño a mi apartamento, era un pequeño espacio que no tenía divisiones y todo se encontraba jodidamente cerca.

Ya está, lo he dicho.

El baño pegado con la cocina. La cocina también era la sala. Y la pequeña sala/cocina era también el dormitorio. ¿Os dais una idea? Pero vamos, percibiendo ochocientos euros al mes, no era como que podía darme el lujo de regentar un piso decente y con vista al mar.

Ya quisiera yo.

Barcelona, además de ser una ciudad preciosa, también costaba una pasta vivir ahí. Y como aún no se había puesto de moda las celulitis no podía ni pensar en dedicarme en ser dama de compañía. O stripper. A mis pobres viejos les daba la de San Antonio.

Por otro lado, mis sobaqueras me la ponían difícil.

—Piénsalo. Mi idea es malditamente brillante. Podréis tenerlo retenido aquí, en tu cuchitril, hasta que desarrolle el *síndrome de holmos* y se enamore de ti. ¿Pilláis la idea?

La miré con los ojos abiertos como platos. No tenía ni puñetera idea de a qué síndrome se refería la loca esta.

—Imaginaos, será una hermosa historia de amor que podréis contar a vuestros nietos. Y bisnietos —suspiró dramáticamente—. Algo me dice, que vais a vivir muchos años juntitos y felizmente casados. Además, nada como secuestrar a tu esposo para que sepa que vais en serio con eso de “*hasta que la muerte os separe*”.

Le di una mirada en blanco. Francamente no tenía claro qué responder frente a una situación así. Me había pillado por sorpresa.

—¿Qué narices dices? —Margot, mi otra mejor amiga, y la que era la más sensata de las tres, le lanzó el paño de color verde que usaba para limpiar la estufa.

Allí vivían desde microbios hasta varias musarañas.

Como Malena (quien tenía los reflejos de una cacatúa) no pudo esquivar a tiempo el objeto previamente identificado y este le pegó de lleno en el rostro.

—Lejos de ser la peor idea que has tenido, Alondra podría acabar con diez años de cárcel

por intento de secuestro. Además, es síndrome de Estocolmo. No de *holmos*, flaca ignorante.

Malena, quien desechó con desgana el paño sucio dentro del contenedor de basura, la miró indignada. Yo contuve una carcajada. Ese par se la vivía lanzándose collejas e improprios, aunque se amaban en el fondo. Bien en el fondo, en tal caso.

—No le des más vuelta al asunto —Margot continuó diciendo, ignorando la mirada de muerte que le lanzó Malena—. Hasta un ciego puede ver que el imbécil sabe de sobra de tus sentimientos hacia él, pero, por algún motivo se hace el cómico. —Yo también creía lo mismo, pero eso me dejaba en la misma página—. Yo digo: «A qué le den por el culo». Es hora de que despliegues tus hermosas alas y emprendas vuelo...

Abrí la boca para concordar, Margot tenía mucha razón.

—Gilipollecés. —La interrumpió Malena y yo cerré la boca. Su ceño estaba tan fruncido que daba un pelín de miedo —. Él solo necesita un pequeño empujón para abrir ese corazón pillín. Y la bragueta de sus pantalones, por supuesto.

Margot la miró con desdén sin dar crédito a lo que escuchaba. Yo tampoco lo hacía pero sabía que por mi bien psicológico y físico tenía que callar y escuchar; cuando Malena ponía esos ojos locos nadie se encontraba a salvo. Por lo que era mejor no llevarle la contraria. La aludida prosiguió.

»Si tan solo abrierais vuestras mentes, entenderíais que el secuestro le vendría de perlas —declaró solemnemente nuestra loca amiga mientras metía de mala manera en el horno una tarta. Tarta que había logrado hacer, después de cinco largos y fallidos intentos, para levantarme el ánimo.

No era por criticar, Dios sabía que no tenía el corazón para ser mala con una de las mujeres que soportaba por horas mis diatribas, pero la repostería, así como el dar consejos amorosos, como que se le daba de puta muerte.

De puta muerte.

Si así como lo leéis. Os juro. Hasta mi madre me pedía encarecidamente, todos los días, que jamás siguiera uno de sus consejos. Como tampoco comiera nada que preparara sus manos. La pobre temía por mi libertad y salud. Y con justa razón.

Pero regresando a la cuestión, como os habéis dado cuenta, y si no lo habéis hecho, os explico. Yo era otra infeliz mujer enamorada del sexi de su jefe. Sí, me había enamorado hasta las trancas desde el momento en que me entrevistó para el puesto de asistente ejecutiva. Y no. Esta historia no estaba marchando como en los miles de libros que había leído en mis más de treinta años de vida. Si era sincera, me sentía un pelín estafada. No lo suficiente como para armar un escándalo o demandar a una escritora en específico, pero sí lo suficiente como para pensármelo dos veces antes de comprar otro libro romántico con esa temática.

No necesitaba gastarme una pasta, que obviamente no tenía, en el psicólogo, para entender que no era saludable leer esas historias que alimentaban mis ilusiones de vivir un tórrido romance.

Como ya venía siendo costumbre, no respondí; necesitaba tener un momento a solas con mis pensamientos contradictorios (y masoquistas) para saber qué hacer. No es como si fuese la primera vez que me planteaba renunciar, pero tampoco sería la última. En el mejor de los casos, me encontraba a años luz de superar mi amor no correspondido.

Por otro lado, era consciente, que cambiar de trabajo no haría que milagrosamente me sintiera menos atraída por Elliot Rothsay. Sí. Hasta decir su nombre me mojaba las bragas, pero eso era algo que mi mejor amiga no necesitaba saber.

Aunque mañana fuese el apocalipsis, yo moriría con ese secreto.

Y, principalmente lo haría, porque Malena creía que mi enamoramiento radicaba en nuestra interacción diaria.

Insistía, con aterradora devoción, que el ver desfilar su apretado trasero todos los días (luciendo apetitoso en los caros pantalones a los que mi jefe parecía ser adicto) era lo que

alimentaba sin tapujos mi amor por él.

Mis cachondas fantasías sobre él.

Pasaba horas asegurando que la solución para que me liberara de este «coñazo de flechazo que no hacía más que cabrearla » era renunciar. Poner tierra de por medio. Pero ya sabía yo que esa no era la solución. Y aunque mi mejor amiga pudiera (en cierto punto) tener razón, no obstante, yo no quería reconocer en voz alta que me había resignado a morir enamorada de Elliot.

Pero es que ese tío tenía todo lo que quería en un marido. Y mucho más.

Era rico.

Caballeroso.

Y poseía un magnífico cuerpo para babear. Por horas. E intuía que, *su paquete*, media más que el promedio. *¡Que el Promedio!* Madre mía, me ponía de mil colores de solo imaginarlo.

Claro, no era como que le mirase fijamente su entrepierna en cada oportunidad. Bueno, pudiese ser que en ocasiones lo hiciera, pero no más que por dos o diez segundos.

Palabra de niña exploradora.

Ser su acosadora personal no venía contemplada dentro de mis funciones de asistente, después de todo.

—Escucha —Margot me sacó de mi aturdimiento y desechó sin miramiento la idea descabellada de Malena. Apoyó su pesado trasero revestido de jean contra el pequeño mesón de mármol y me miró con cariño—, estar enamorada de tu jefe apesta, por lo que no te hagáis más daño permaneciendo a su lado esperando por un milagro que obviamente, después de cuatro largos años, está más cerca de convertirse en una leyenda que de hacerse realidad. No soy pesimista. Pero joder, a estas alturas, el gilipollas sabe de sobra que no te es indiferente —asentí castamente sintiéndome un poco ridícula por todavía justificar su desalentador comportamiento—
¿Estás de acuerdo conmigo, de que lo mejor es resguardar ese poquito de dignidad que os queda y

salir con la frente en alto antes de que haga algo que destruya no solo tus altas expectativas?

No necesitó que respondiera, la lágrima que sorprendentemente besó mi mejilla le dijo que el mensaje, por primera vez, había llegado fuerte y claro a mi incauto corazón. Podía vivir con mis ilusiones hechas trizas, pero no sabía si podría hacerlo con el corazón pisoteado.

Tenía que aceptar que la conexión que sentí hacia él, cuando nos conocimos aquella primera vez, solo estaba en mi loca cabeza.

Quizá era tiempo de mirar hacia adelante.

Más tarde esa noche y luego de que partieran mis mejores amigas, gracias a Dios la tarta se había echado a perder. Puede que haya sido porque Margot subió la temperatura del horno en un intento desesperado para librarnos de comer esa inmundicia cuando Malena no estaba mirando, me senté en mi pequeña cama y hojeé cabizbaja, mientras sorbía los mocos que se desprendían sin descaro de mi roja nariz, las revistas donde figuraba Elliot Rothsay. Lucía tan alto. Guapo. Y algo sonriente.

Me gustaba en todos sus ángulos.

Aparecía en la mayoría de revistas de negocios luciendo varonil y muy apuesto.

Ser el decano más joven de una de las universidades más prestigiosa de toda Barcelona tenía sus méritos y la prensa, tanto nacional como internacional, no perdía oportunidad para entrevistarle y adularlo. Pedirle entrevistas para conocerlo un poco más.

Les deseaba mucha suerte con eso.

Yo, que ya tenía casi cinco años trabajando para él, todavía no conocía ni la mitad de cosas que le gustaban. O que le irritaban. Había construido mi amor por él a base de las pequeñas cosas que descubría de su personalidad con el pasar de los días.

Por ejemplo: Elliot Rothsay podía ser compasivo, como también ingenioso. Le gustaba el cine de los años setenta así como odiaba la música de esta era.

Poseía una amplia colección de vinilos de música Jazz y clásica de los años setenta y ochenta, los cuales escuchaba con regularidad en su oficina mientras tomaba una decisión importante.

Adoraba vestir trajes de la firma Tom Ford, aunque, Versace, también le hacía justicia a ese apretado trasero cuando se descantaba por unos de sus trajes negros o de rayas diplomáticas. Y aunque Malena tenía un buen punto en eso de que ver su apretado trasero desfilar cada mañana frente a mi escritorio me ponía estúpida, (tremendamente estúpida), lo cierto es que me gustaba conversar con él.

Amaba aquellos momentos cuando nos quedábamos currando hasta tarde y él se sacaba su fina corbata de seda y lucía sereno y relajado. Venga, que tire la primera piedra quien no ha imaginado que el buenorro de su jefe se la monta en la oficina. Por lo que no os voy a mentir y decir que no había fantaseado que me ataba las manos con esa corbata mientras me obligaba a cabalgarlo sin piedad sobre su elegante silla negra.

Sip, iba a extrañar tener esas fantasías.

Su risa, tan profunda que estremecía cada molécula de mi cuerpo, y que solo yo podía escuchar, era mi antídoto para no morir de desamor. Quería creer con desesperación que aquellas risas que se permitía echar frente a mí significaba que de alguna manera él se sentía atraído. No es que ante la prensa no riera, pero, francamente, existía una gran diferencia entre la sonrisa educada que pegaba en su rostro durante las interminables entrevista y la risa desmesurada y sin tapujo que me regalaba sin contemplaciones en nuestras reuniones privadas, donde, además, ponía su vinilo favorito y se mostraba relajado y atento.

Joder, lo tenía mal. Muy mal.

Por momentos, me quedaba alucinada al recordar que trabajaba para el hombre que muchos admiraban, otros temían (aún no sabía por qué) y para otros era la fantasía caminante que ondulaba en sus sueños eróticos.

Además, si os soy sincera, no era como que él necesitara una asistente ejecutiva. De hecho, antes de mí, no había tenido ninguna otra y eso se debía porque su secretaria Daria Espinela, que era una voluptuosa mujer de cuarenta años, era eficiente hasta rabiar.

Pero ya está. Sus razones habrá tenido para contratar a otra asistente.

Antes de que fuese a trabajar con Elliot, tenía un año en paro. Mis ahorros casi desaparecidos. Solicité el empleo gracias a Margot. Ella me había hablado de la vacante.

Y siempre le estaré agradecida, pero era hora de moverse a otras cosas. Mañana a primera hora presentaría mi renuncia.

Sí. Eso haría.

Era hora de decirle adiós a Elliot Rothsay y moverme a aguas pocas profundas.



maneció pronto.

A

Cuando llegué a la oficina Daria ya se encontraba ahí, no era sorpresa. Posiblemente hasta vivía en esa oficina.

Cuando caminé rápidamente a mi escritorio me observó de pie a cabeza y frunció el ceño.

—¡Buenos días! —Pegué una sonrisa falsa en mi cara y fingí estar feliz. Encendí el computador deseando que las horas pasaran volando. Ni siquiera sabía como iba atravesar la reunión con Elliot. Había solicitado una reunión a la dos de la tarde donde le haría saber mi decisión de renunciar, Espera y no sufrir un ataque que terminara conmigo rogándole que me quisiera.

—Buenos días —murmuró.

Los segundos pasaron, pero no alejó la mirada. Era como si ella supiera lo que iba hacer.

¡Jesús!, ¿qué cojones le pasaba hoy?

—Por cierto —mis hombros se pusieron tensos—, Elliot adelantó vuestra reunión. Adelante, podéis pasar ahora. Te está esperando ansioso.

Quise vomitar por todo el lugar. La hora había llegado. Forcé una sonrisa; estaba tan jodida.

—Podéis tomaros todo el tiempo que necesitéis —la miré con la boca abierta—, yo me aseguraré de que nadie os moleste.

—Pero yo...

La pesada puerta tras de nosotras se abrió. Cerré los ojos y me resigné.

—Pasa, Alondra. Te estoy esperando—su ronca voz envió espasmo a todo mi cuerpo.

Bueno, el momento se había adelantado. Mejor, las agallas para hacerlo aún me acompañaban. Nada podía salir mal, ¿verdad?



Con piernas temblorosas me senté frente a su escritorio, sin imaginarme lo que la vida me tenía preparado.

—Antes de que me digáis aquello de lo que querías hablar conmigo —se sentó en su silla y se inclinó hacia adelante, su atractivo rostro a centímetros del mío, sus hermosos ojos dorados cautivando mi alma—. Contestadme una sencilla pregunta... ¿creéis en leyendas?

Asentí hipnotizada por su sensual voz.

—Perfecto. Porque te voy a contar una que estoy seguro y te encantará...

Epílogo



Ocho años después.

Ryox

La vida era buena.
—Podría mirarte por siempre —confesé en voz alta y Alondra se sobresaltó.
María, nuestra hermosa bebé de apenas un mes de nacida, empezó a llorar entre sus brazos.

—Genial —trató de verse molesta por haber despertado a la pequeña diablilla que no dormía más de dos horas seguidas, pero sus ojos brillaron de amor—. Venga, es vuestro turno de hacerla dormir. Os deseo suerte. Yo me voy a la cama. A ver si disfruto de aquel sueño reparador que me prometieron que tendría cuando pariera nuestro cuarto hijo.

Sonreí y acepté con gusto el pequeño bulto rosado que se agitaba con vigor. María era pequeña pero tenía mucha energía, igual que su madre.

—Te amo.

—Y yo a ti —suspiré cuando sus labios conectaron con los míos.

Besarla seguía siendo impactante. Maravilloso. Reconfortante. Me miró a los ojos con

tanto amor que puede ver en los confines de aquellos ojos grises todo el amor que sentía por mí y nuestros hijos.

—Son las doce, así que, con algo de suerte estaré fresca como una lechuga para cuando se levanten los chicos.

Caminó hacia la puerta agitando sus amplias caderas y ese trasero respingón. Reprimí una risa. Estaba enamorado de las nuevas curvas de mi mujer.

Seguía teniendo el cabello castaño oscuro y aquellos hermosos ojos grises, pero su cuerpo era una bomba de sensualidad. Me gustaba las libras que había ganado gracia a los embarazos, aunque sabía que ella las odiaba.

Voy a confesaros que aquel día en mi oficina, ya hacía muchos años atrás cuando le conté a Alondra nuestra increíble historia de amor... creí que la perdería.

Pude ver el miedo en sus ojos.

Digo, ella ya no tenía ningún recuerdo sobre nosotros. Ya no era una Jeykha. Pero yo seguía siendo el mismo. Podía verme como un hombre cualquiera en el exterior, pero convertirme en un hombre lobo siempre sería una parte de mí.

Siempre sería una bestia.

No sé qué parte de la historia fue más dura de procesar, pero no fue hasta que posé mis labios sobre los de ella que algo se encendió en su interior y supo que no mentía.

Que todo era cierto. Y que no debía temerme.

Jamás imaginé que sería posible ser tan feliz que cuando ella aceptó darnos una oportunidad.

—Bueno, solo somos tu y yo —María me miró fijamente. Era un bebé hermosa, igual que su madre. Aunque sus ojos eran de un profundo color dorado como los míos—Ya sé que tus hermanos han sido mayores cuando les he contado esta historia, *pero* creo que hoy es una muy

buena oportunidad para contártela a ti.

María estiró sus pequeños puños y mi corazón casi explota de emoción.

—Esta historia comienza con un terrible secreto, para dar marcha a la leyenda de un amor imposible...

—De imposible nada, pero si con mucha pasión. Qué no se te olvide —me giré y ahí, apoyada contra el marco de la puerta, se encontraba Alondra. Mi Mills. Mirándome como solo ella podía hacerlo.

Y le empecé a contar a María nuestra mágica historia sin quitarle la mirada a la mujer que amaba. Nuestra pequeña hija se durmió a los pocos minutos de iniciar con la historia. No la culpaba, era mucho para procesar. Pero pronto tendrá una edad, y al igual que sus hermanos, querrá escucharla una y otra vez.

Besé suavemente su cabeza y la recosté con mucho cuidado dentro de su pequeña cuna.

Tomé de la mano a mi mujer y la llevé hasta nuestra habitación.

—Desnúdate —ordené con voz ronca, acariciando mi longitud por encima de mi pantalón de dormir. Su mirada cayó a mi mano y no tardó en obedecer. Podía oler su excitación. Tan dulce y apetitosa como siempre que se me hizo agua la boca.

Salió de su pijama de seda y quedó completamente desnuda frente a mí.

—Ponte a gatas sobre la cama —sus labios se curvaron hacia arriba— porque como se lo dije a nuestra hija, hoy es un buen día para contar nuestra historia.

La tomé duro. Sin remordimientos.

Fui implacable mientras devoraba su coño. La lamí hasta que suplicó que quería tocarme.

Poseerme.

Pero no la complací.

En su lugar, alineé mi polla en su deliciosa abertura y me adentré de un fuerte golpe en su interior.

Sus paredes calientes pusieron un poco de resistencia. No la había tocado desde hacía más de cinco semanas atrás y era tiempo de que su cuerpo y mente recordaran a quién realmente pertenecían.

Le hice el amor tan apasionadamente como sabía y le gustaba. Y ella a cambio folló mi mente como solo ella podía hacerlo.

Era cierto que éramos el resultado de un terrible secreto. Una leyenda. Un amor prohibido. Pero joder si no lo volvería hacer todo de nuevo.

Solo por ella.

Por nuestros hijos.

Por nuestra familia.

Porque perderlos jamás será una opción.

Fin.

¡Hola, mis precios@s corazones de melocotón!

Si has llegado hasta aquí, solo os quiero agradecer por el tiempo que me habéis regalado.

Mi nombre real es Minerva Fierro pero escribo bajo el seudónimo de Mimi Ferrer. Me gusta acampar y los deportes extremos. Soy devota al café. Y una marginada de los *realitys shows*. Mi número de la suerte es el 4.

Eso de que dicen que los polos opuestos se atraen, es totalmente cierto; estoy casada con un hombre que no lee ni el menú en las cafeterías (ja,ja).

Venga, que más disparejos no podríamos ser.

Tenemos dos hijos, de tres y un año, a los que amenazo con irlos a dejar en la playa y no regresar jamás, ah, pero solo cuando me colorean el linóleo.

Y ya está. Eso sería todo.

Si queréis podéis seguirme en Facebook os dejo mi cuenta: @Mimiferrer. Prometo mantener mi perfil activo y lleno de chistes absurdos para que podáis divertirlos. No olvidéis que sería maravilloso poder saber que os pareció.

Os envió un abrázote y nos leemos prontito.

¡No os podéis perder mi próximo libro!

Marzo 2020

¿Quién dice que los hombres no se obsesionan?



